

# *La escuela del resentimiento*

JESÚS HERNÁNDEZ OLIVAS

---









# La escuela del resentimiento

JESÚS HERNÁNDEZ OLIVAS





**María Angélica Granados Trespalacios**

Presidenta Municipal

**Rebeca Alejandra Enríquez Gutiérrez**

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

**Flor de María Navarro Pastrana**

**Gustavo Macedo Pérez**

**José Iván Cruz Estrada**

**Arturo Loera Acosta**

**Victoria María Montemayor Galicia**

**Luis Fernando Rangel**

**Víctor Velo**

Vocales editoriales

**Ramón Alejandro Carrillo Mercado**

Programa Editorial

**f / CreaturaEstudio**

Diseño y maquetación

**Tzeitel Velo**

Corrección de estilo

**Isaí Omega**

Arte de portada

D.R. Instituto de Cultura del Municipio  
Coordinación de Fomento a la Lectura y  
Programa Editorial Municipal  
Av. Teófilo Borunda Norte # 1617  
Chihuahua, Chih. C.P. 31000

*e*

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2020-2021



**L**a promoción de la lectura es un reto para el funcionariado público de todos los niveles, por eso, cuando logramos establecer estrategias para eliminar poco a poco las barreras entre el público y los materiales de lectura, lo consideramos motivo de celebración.

Durante esta administración municipal concretamos un proyecto sin antecedentes en el estado: la digitalización de todos los libros publicados bajo el Programa Editorial Chihuahua, en sus ediciones de 2018, 2019 y la del 2020, que estamos poniendo a disposición de la ciudadanía en general. Nuestro objetivo es ampliar el alcance de nuestras colecciones y distribuir los libros físicos en las áreas y con las personas que así lo requieran, a la par que se pueden descargar en la página web del Programa Editorial.

El democratizar el acceso a las publicaciones editadas por las instituciones debe ser una prioridad, no sólo por la promoción misma de la lectura, sino porque cada uno de los libros que se encuentran en nuestras tres colecciones (Soltar las Amarras, Con Trayecto e Historias de mi Ciudad) son un testimonio de la creación literaria que se está generando en el municipio, donde se vislumbran voces originales, críticas, con gran capacidad de análisis y de ser universales expresándose desde un contexto local.

Nos enorgullecemos de ser un espacio de difusión del trabajo creativo de escritoras y escritores tan talentosos. Enhorabuena por ello y sigamos celebrando la vida del libro.

*1. Pequeños milagros sónicos  
[y un prólogo nunca publicado]*

## DE CUANDO LOS RESEÑISTAS...

*Y si te abruma esta ciudad nos da igual  
nunca nos ibas a escuchar de verdad*  
–«Adulto contempo», Sr. Amable

*La ingenuidad de la provincia:  
buscar que algo suceda*  
– Franco Félix

∞

«Habla de lo que conoces», preconizan frecuentemente quienes han vivido algunos años más que uno y así han convertido el consejo en páginas. Yo sólo sé de lo que amo y debo decirlo como ejercicio de sincera ignorancia: algunas personas, ciertos paisajes amplios, dos o tres rasgos familiares que he asimilado de buena gana para la serenidad espiritual, innumerables discos, libros, películas... Sin embargo, de lo que más creo saber, quizás, es de mis amigos, porque han sido cómplices durante mi vida, por eso les escribo estas palabras, porque son a quienes más admiro en el amor infinito e insuficiente que les he profesado.

Este texto pretende hablar, de forma parcial[y feliz]mente subjetiva, sobre una grabación musical, de su contexto y de la persona que la realizó, mi amigo Andrés Murillo/Sr. Amable; pretende también acercarse siquiera un poco a lo que esa grabación ha representado para mí durante los últimos años y, quizá, para un puñado de cómplices que han prestado su oído a las frecuencias emitidas desde este, nuestro nortecito desierto, desde la serenidad y a veces el resentimiento.

Al escucharlo una y otra y otra y otra vez, me di cuenta de que este álbum, llamado *Adulto contempo*, publicado en 2015 a través

del colectivo/disquera Futuro de la Economía, hablaba no de mí, ni de la ciudad de Chihuahua, ni siquiera de la experiencia personal e intransferible de su autor, sino que se trataba de un recordatorio de que algún día, después de trabajar ocho horas diarias, durante seis días a la semana, a lo largo de treinta años, todas las personas habremos de desaparecer: un *memento mori* traducido en un puñado de buenas canciones para el alma asalariada.

∞

«El presente del tiempo ido es la memoria, porque en ella no opera el olvido», es una frase preciosa de un documental precioso sobre la memoria que lleva por título *La danza del hipocampo*, realizado por Gabriela D. Ruvalcaba. Las películas, las canciones, los textos son fotografías de un momento ido. Que una canción o unas palabras se te queden en la cabeza como un gusano invasivo y triste, un huésped no deseado, es moneda corriente; pero que tú invites a que la pieza habite permanentemente en tu memoria, ese es el verdadero milagro que derroca al olvido.

∞

Antes de cualquier otra palabra, que la verdad sea dicha: la mía no es la voz [ni la pluma] autorizada para enunciar los hechos. Esta sólo es una versión, un demo de una memoria falible. Y ojalá que todas las personas tuvieran, por lo menos, su propia versión.

∞

Si la primera persona, en singular o plural, no hablara de este asombro que nos envuelve y nos permite [primero] sobrevivir al simple y aterrador hecho de existir, [para después] sonreír y conservar algunas memorias reservadas para cuando la Singularidad nos alcance [cualquiera que sea la excéntrica e intrincada forma que ésta adquiera luego de aparecer en el horizonte de la virtualidad], ¿quién

hablaría de ello? ¿Algún sitio *web* dedicado a la música, de esos que labran con base en carnadas para el cursor digital los siniestros caminos del *hype*? ¿El músico que aún se empeña en preservar y defender el monstruoso cúmulo de buenas costumbres que le inculcó la cultura popular del siglo XX? ¿Una *storie* de Instagram que desaparecerá cuando salga el sol?

Si no lo decimos ahora, ¿quién compartiría este asombro inminente, provocado por las mentes más lúcidas y rabiosas de nuestra generación? ¿Habría de esto el *influencer* de red social, con sus cientos de miles de seguidores comprometidos con una buena marca, campaña, compañía, etiqueta...? [Propuesta consumada del Capital: el seguidor como moneda de intercambio por bienes y servicios acumulativos] ¿Amigo, cuánto me cuesta un tuit que hable de la sinceridad? ¿En qué canal de YouTube transmitirán estos momentos históricos que vivimos entre la destrucción, la ruina y el divertimento en cámara lenta, fraguados con o sin sustancias rituales [pues el tiempo se ralentiza cuando reímos por las noches, madrugadas y amaneceres]? ¿Quién compartiría algunas de estas palabras, principios y fundamentos, en favor o en contra [la inercia del maniqueísmo es lo de menos] sobre esto que sucede por las noches, sobre aquello que estallaba los fines de semana en ruido y apagones de la conciencia para luego despertar en una casa desconocida con una canción obsesiva en la cabeza? ¿Será acaso el Licenciado en Letras Españolas, el Maestro en Literatura Comparada, el Doctor en Semiótica, el Doctor Honoris Náusea...? ¿Qué terrible beca, premio, ISO, certificación, sello o *#hashtag* debe acompañar y legitimar a toda esta música, a los textos e intertextos emanados del ruido, para que sean escuchados y leídos con un poco de atención y curiosidad legítima?

∞

Es claro, es lógico, es aritmético y frío: en La Capital hay más pú-

blico, pero eso lo hemos sabido desde hace décadas. Hay un hilo, pero no es oscuro sino bastante claro y obvio. Sabemos también, resignados, que todo esto se reduce a una cuestión de numerología y proporciones: escalas de lo burdo, de lo absurdo, «lo decadente, lo omnipotente». La única forma de no tener audiencia en La Gran Ciudad sería que sus habitantes estuvieran sordos; ¿o acaso lo están ya, después de tanto ruido de metro y claxon masivo en hora pico? Es burdo y muy duro, pero es lógico.

No, creo que no son las máquinas [«cuán loables son»] haciendo su trabajo a todo volumen en un área por habitante cada vez más reducida: «Es que eso ya lo escuché, eso suena como del 2019». «El *bedroom folk* ya fue, chavo». «Eso ya es tema como de hace dos semanas, güey, qué perrosito». «Lo que anda pegando bien cabrón es el *crank*. Naaaambre, ya hasta me junté con un par de cuates para armar un proyecto y aprovechar que ya mero es el Vive: verás cómo con esta banda sí tocamos en el festival virtual». Esa ciudad ya la escuché, suena al *Kollaps* de 1981.

Nada más dame una reseña breve, pequeña, en el momento adecuado para que haga ¡BOOM! Un guiño de ocasión que se olvide pronto. Dame un poquito, poquito, un poquito de *hype*...

∞

«Una pieza más» es una canción escrita, interpretada y producida por Sr. Amable y Marián Ruzzi hacia el año 2011, fue durante años mi equivalente personal e intransferible a los temas más dulces de Broken Social Scene y a ese grandioso momento de colectividad canadiense de donde salieron tantas alegrías, algunas masivas y otras más bien subterráneas.

Iré un poco más allá: todo lo que implicaba el colectivo chihuahuense CUU Desde el Espacio, fundado por Andrés Murillo y

nutrido por proyectos fugaces y geniales, era en ese momento un reflejo de aquella dimensión sonora que se manifestó en Canadá, por lo menos en cuanto a que se trataba de un imaginario pop heterodoxo, fértil y desenfadado, gracias a la promiscuidad musical entre las bandas y proyectos, sin importar que fueran de diferentes ciudades. Como testimonio de CUU Desde el Espacio quedó un disco recopilatorio, en cuya versión física de disco compacto aparecían originalmente los rostros de exgobernadores priistas del estado de Chihuahua, lanzando rayos por sus ojos hacia la catedral o con diabólicos cuernos en sus cabezas como evidencia de su verdadera naturaleza. Esos detalles del arte fueron finalmente censurados y la etiqueta de «#CUU» poco a poco fue adoptada por comercios e instituciones gubernamentales para darle identidad a sus campañas mediáticas. Nadie parece recordar aquel primer uso musical que apuntaba a la búsqueda de una identidad arrebatada por los colores partidistas de nuestro estado.

Vuelvo a aquella pieza que Marián Ruzzi y Andrés Murillo compusieron, la cual bien pudo incluso haber sido explotada hasta el hastío por alguna disquera nacional en ascenso y que tuviera [¿o no la tuvieron nunca?] una mínima noción de búsqueda estética desde y hacia el territorio nacional, más allá del centralismo, de lo que les encanta llamar La Escena. En el video animado que acompañaba la pieza, los trazos infantiles y maliciosos [o la obsesión como una búsqueda estética] del ilustrador también chihuahuense Luis Fernando Safa a.k.a. Caracrimen, eran un bonus perfecto para su masificación. «Es la vida, no la muerte lo que nos separa», escribía Luis entre los dibujos de zorritos y cazadores furtivos del videoclip animado, como un pequeño mensaje adicional desde su propia identidad chihuahuense, siempre en los límites de la vida y la muerte.

Sin embargo, en nuestra época de vértigo mediático la línea del tiempo se acelera y pacta cada vez más pronto con el olvido.

«Los tiempos cambian, carnal, tienes que estar muy al día en este negocio porque si te duermes, pierdes y no se vuelve a saber de ti, ya ves lo que le pasó a Los...».

¿Qué nos enseña todo esto? ¿Aprendimos algo realmente? No estoy muy seguro de las moralejas de mi época, pero aventuro una hipótesis para su investigación: hasta las masas se equivocan, se les duerme y los números se vuelven un simple suspiro, brevedad, un ingenuo «¿qué habrá sido de aquella banda?», pues si aquella maravillosa pieza de pop manufacturada entre esta ciudad olvidada por las lluvias y aquella otra condenada a su hundimiento pasó prácticamente inadvertida y al final fue olvidada en la infamia, ¿qué se puede esperar del resto de esa sensibilidad musical desencantada pero sonriente que ha desarrollado Andrés Murillo bajo el alias de Sr. Amable en el resto de su discografía o del cúmulo de proyectos musicales que aparecían bajo el sello de Cuu Desde el Espacio?

Por otra parte, la chihuahuense Marián Ruzzi sigue trabajando en su proyecto solista desde la Ciudad de México, aferrándose a alcanzar el éxito personal en sus propios términos y condiciones. A pesar de ser una dotada multinstrumentalista y compositora egresada del célebre Berklee College of Music, Ruzzi aún trabaja por ser reconocida en el durísimo contexto del pop independiente mexicano donde ahora se desenvuelve. He escuchado a alguien decir con sobrada presunción y seguridad que Ruzzi debería desistir de «pegar» con su proyecto, que mejor debería dedicarse a escribir canciones para artistas con mayor «potencial»... Sí, bueno, ya sabes, esa sólo es tu opinión y a nadie le importa. Ruzzi: resiste y persiste siempre.

Un reto final para la memoria: enumere por lo menos tres ganadores del Rockcampeonato Telcel y diga qué están haciendo en la actualidad. Corre tiempo. No se apresure, tiene una eternidad para responder.

## **Decálogo para una sana industria musical**

1. No descargarás música de internet.
2. Sólo escucharás la música que está avalada por la industria y el algoritmo.
3. Evitarás escuchar música local.
  - Evitarás escuchar música.
  - Evitarás escuchar.
  - Evitarás.
4. Rechazarás la música que se te ofrezca de manera gratuita.
5. Renegarás de la sinceridad musical.
6. No compartirás, por ningún medio, físico, digital o venidero [y a perpetuidad] música con tus amigos.
7. Evitarás música que te sea compartida por cualquiera de los anteriores medios y denunciarás al sedicioso que lo haya intentado.
8. Juzgarás la música por su apariencia y/o el número de seguidores/pulgares arriba.
9. Desconfiarás de las críticas extensas y en cambio buscarás un buen sistema de calificación (estrellitas, bolitas, caritas...).
10. Suspenderás el asombro hasta que la industria te dicte la orden contraria mediante un algoritmo.

∞

Tienes que irte de esta ciudad, aquí nadie te va a escuchar ni a leer. No mames, tú ya deberías estar haciendo algo en la Gran Ciudad. Tienes que irte para hacer relaciones, que te conozcan, que hablen de ti. Fuga a la Capital, yo sé lo que te digo, allá está el puro pedo. Mira, yo te puedo conectar con... Y así, *ad nauseam*.

Lo entiendo. Lo he entendido desde hace años cuando se fue la primera persona querida y volvió a los dos o tres meses, quizá

para la Semana Mayor, y me dijo con un acento cantadito y extraño: «La neta, la neta, yo ni quería volver a Chihuahua [pronúnciese *Tziguagua*, para evitar evidenciarse por una *ch*], pero la familia, ya ves... Vamos por una tchela, ¿no?» Y es que, ¿quién quisiera volver a este pinche lugar árido e inhóspito donde la canícula se lo devora todo? Además, acá hay puro bar de chaca y buchona, o sea, puro «naco» pues: qué aburrido es todo. Preferible irse al Periférico de la Juventud a conocer el nuevo antro, lo acaban de abrir, dicen que el dueño es de los Villaseñor, de los Terrazas, de los... ¿Ya lo conoces? ¿No? Qué pena contigo, amiga. Pero ahí nos ponemos de acuerdo por el *guats* para ir el fin. Besitos. ¿Quién querría quedarse en este pueblo anticuado, donde todos ya están acostumbrados al aroma a sangre fría? Los montados, el queso asadero, el chile colorado, la chilaca con queso, el sotol y la carnasada ya no son clichés suficientes para que la persona chihuahuense permanezca en su terruño. La Secretaría de Turismo falló rotundamente. El INEGI se colapsa con esta diáspora de migrantes nortños. Güey, hay que tirar fuga antes de que empiecen a extorsionar otra vez. Qué aburrido es Chihuahua.

Más allá del alegato retórico o la cansada utopía [tan desgastada por los años que lleva en el trajín de boca en boca], he de decir que nadie tendría por qué irse o fugarse de un lugar cualquiera como condición para entablar un diálogo con una audiencia, un simple cúmulo de espectadores o lectores... interlocutores al final de una comunicación humana o universal [que cada quien le dé el nombre que desee]. Emigrar de una ciudad tendría que derivar como una contingencia, un proceso natural o una feliz consecuencia del trabajo personal, ese que no puede ser nombrado eficazmente por ninguna palabra. Mígrar, pues, no debería ser la regla de oro, sino una posibilidad.

De la misma forma, tú que me lees puedes escuchar música en castellano, en esta clasificación, uso y costumbre de una lengua que también nos ha sido revelada a través de siglos, nombres, ruidos, geografías, destrucciones, conquistas, revueltas, gritos, proclamas, símbolos, naciones, medallas, temblores, penínsulas, desiertos, fronteras, atardeceres rojos y madrugadas tibias; todas estas que son [nuestras, tuyas, propias, de nadie] las palabras.

Incluso, puedes escuchar la música de tu ciudad y formar algún criterio de ello. Y no es una condición afiliarte a ninguna ideología o grupo social, pues a fin de cuentas, sólo se trata de escuchar lo que se comparte por el ingenuo afán de compartir y creer que alguien estará buscando, una y otra vez, con rabia, sueños y sonrisas, la búsqueda constante. Pero no me hagas caso, porque esta es sólo una idea, una opinión breve y fugaz de un cuarte de provincia.

∞

[No temas. Escucha.]

∞

Mira, *bro*, queremos algo directo. Breve. Como si le platicaras a tus cuates en la fiesta. Te doy una idea: imagina un día que estabas hasta el huevo, compáralo con lo que se siente escuchar el disco y ya con eso tenemos. Es más, invéntate un género o mira esta portada que te mando adjunta para que te des una idea. Ese estilo anda creciendo muy cabrón desde hace unas semanas y, si quieres posicionar tu texto, sería bueno que lo dirigieras en ese sentido... ¿No has probado esa droga nueva de la que andan hablando en Twitter?... Bueno, no importa, puede ser ficticio; eso es lo de menos. Es que tu reseña estaba muy larga, *bro*, nuestro *target* trae un promedio de atención de diez a quince segundos, así que tiene que ser en chinga, atraparlos, que hablen lo más pronto posible de lo que se anda es-

cuchando, no les des oportunidad de pensarla demasiado... O sea, sí entendí tu propuesta de reseña, nomás que ese pedo es como muy poético y va en otro tipo de *market*. Mira, te voy a pasar el contacto de un amigo que tiene una revista de poesía joven, a la mejor ahí te lo aceptan así con ese estilo. ¿Pero qué onda? ¿Me mandas la reseña de treinta palabras para mañana antes del mediodía?

∞

Nadie documentó dignamente la furia que se vivía en los años 2008-2012 en Chihuahuas. Sin embargo, cualquier palabra que empiece con «narco», a estas alturas de la tragedia nacional, sería necia tautología para describir el narcoestado impune que vivimos. Con esto sólo deseo recordar *Noche Pasta*, una bitácora digital que nació en Chihuahua en el 2008, cuya entrada inaugural es la siguiente, signada por «Intravenoso» a las 18:21 horas de, entiendo, un día de enero:

«Manifiesto!! Para lanzar un manifiesto es necesario: A,B,C

A) Irritarse, encabronarse y desesperarse hasta que la situación se vuelve insostenible, escuchar un disco de Mission of Burma, fumar mota y crear una cuenta en blogspot.

B) Conquistar y propagar pequeños milagros sónicos.

C) Acomodar palabras en forma de obviedad absoluta.

Cumplidos estos tres puntos y explicados cabalmente; ahora afirmamos:

- reseñamos lo que nadie reseña
- si algo te gusta a ti, lo más probable es que nos guste a nosotros
- no somos mejores que tú, pero tenemos un blog
- amamos la música
- sí, otra vez, amamos la música
- los comentarios no muerden
- esperen reseñas, noticias, videos, recomendaciones y masturbaciones mentales

- esperen muchas puñetas
- no nos tomamos en serio, hasta tom yorke hace bromas y se burla de sus bandmates y recuerden, sólo es música»<sup>1</sup>.

La siguiente entrada fue firmada por «amable» a las 18:53 y describía el sonido de la extinta banda regiomontana Mockinpott, con su EP de 2007, como irascible, con sintetizadores rastreros que entraban de manera sublime e inolvidable. Su favorita, afirmaba, era «Japón 4». Coincido.

En la escritura de estos dos personajes blogueros había asombro por lo inminente, vértigo por la urgencia, por eso la veintena de personas asiduas a esa bitácora no podíamos dejar de leerles.

*Noche Pasta*, bajo sendos seudónimos, era dirigido por Miguel Franco y Andrés Murillo. En esas bitácoras actualizaban el catálogo de música subterránea emergente, por lo general [y curiosamente] norteña, para después explorar alrededores que se dejaban entrever en otras bitácoras en línea; a estos últimos también se les llamaba algo como «blogs hermanos». Una selección personal: *Mi abuela es jazzista*, *El baile moderno*, *You are a ghost*, *Decireves* y el temporalmente célebre *Club Fonograma*. Ruidosas constelaciones en el norte de México: Blueshit, The Mueres, Yongol, La Revolución de José Luis Esparza, Los Maravilla, El Gil, Mi Querido Grupo Chuy... o el otro norte: Pipe Llorens, Zozaya [de las mentes del increíble Álbum y los imprescindibles Fuck Her or the Terrorists Win], En Ventura, Yo Maté a tu Perro, Juan Cirerol, Aléxico, Yo Linares!. Algunos de éstos siguieron su trayectoria, incluso con un singular éxito inesperado.

Luego, como algo grande que se gestaba en Torreón, vino Piyama Party de Luis Ángel Martínez [inventor de Los Mundos, esa otra exploración de una monomanía ruidosa] y nos volvimos muy «fans de Carcass». Las conexiones del norte se hicieron cada vez

---

1. <https://nochepasta.blogspot.com/2008/01/manifiesto.html>

más evidentes e intrincadas. El trabajo de Luis Ángel ha empatado de una manera certera con la de Andrés e incluso con el imaginario oscuro, anómalo de José Arturo Hinojos, de Blueshit, quien dirigió un par de videos para Piyama Party y después arrojarían al mundo el proyecto anómalo Paperas. Todos ellos, héroes personales del ruido.

*Noche Pasta fue* es uno de los pocos testimonios de todo el ruido gestado desde el norte y que se articuló de una manera subterránea a partir de los primitivos blogspots, en una suerte de foro/comunidad donde se discutía el trabajo de un puñado de bandas bien conocidas, pero al mismo tiempo registrando pequeños milagros sónicos que parecían salir de la nada.

En lo personal, creo que toda aquella música era no sólo el acto creativo desbordado de una generación de genialidades, sino una respuesta urgente a toda la violencia que vivíamos en el norte de México. Las balaceras, los decapitados y las extorsiones eran el pan de cada día en Chihuahua, Coahuila y Nuevo León, de donde salieron tantas bandas con rasgos casi de vanguardia artística sobre la violencia y el desenfado, con canciones que eran manifiestos en sí mismas, como es el caso de «Deporte extremo es salir» (2011) de Piyama Party (ft. Sr. Amable), «Nunca cambies» de Los Mundos o el disco entero de *CUU LP* (2009) de Sr. Amable, que incluía piezas como «Enero es un gran lunes (con Aléxico)» o «Me carfa», bofetadas en el rostro para sentir algo de nuevo:

«Voy camino hacia la escuela,  
mataron siete hombres en La Cantera  
Vialidad con sangre y tripas  
se oyen balas en lugar de risas  
Me carfa, me carfa, tía  
el Príncipe del Rap me enseñó más de lo que debía».

«Me carfa», expresión que representaba una maldición intraducible para expresar la condena de vivir en CUU durante plena matazón y extorsionadera, uno de los comienzos más brutales para un álbum manufacturado en Chihuahua. Desentrañar y analizar las canciones de aquel CUU Desde el Espacio requeriría de un libro entero, además de mucho valor y sabiduría para recordar tanta sangre derramada en las calles de la ciudad. Desde entonces me pregunto cuántos fantasmas vagan por las avenidas de CUU donde fueron asesinados y abandonados sus cuerpos. ¡Me carfa!

∞

La primera balacera que escuché en mi vida fue en el 2009, estaba en mi casa en la colonia San Rafael, eran cerca de las 3 p. m., me encontraba leyendo y escuchando *Noche Pasta*, específicamente a Valentina Fel, una artista argentina genial que desapareció del mapa un par de años después. «Sin control mi diversión», era la canción/video que estaba taladrando mi asombro aquella tarde, cuando de abrupto se escuchó una ráfaga de cuerno de chivo [AK-47] que retumbó a través del eco que hacían las paredes del patio de la casa. Asesinaron a dos personas junto al expendio de la familia Meza, a tres cuadras de distancia de mi casa. Al mirar a través de la ventana, pude ver cómo los vecinos se precipitaban hacia la escena del crimen para alcanzar a ver la sangre desde la primera fila, como si fuera una feria que recién llega al pueblo, sin importar si el tiroteo aún no terminaba, si llegarían a rematar a los heridos, sangrientas costumbres de la época que fuimos aprendiendo a base de repetición. Los muertos fueron dos hombres de entre 30 y 40 años, uno de ellos de complexión robusta, más bien corpulenta. Horas después se supo, era un luchador local y un acompañante. Me pregunto, ¿qué habrá sido de la genial y furiosa Valentina Fel?

∞

*Huellas de Mugre*, un compilado que se llame, que dé testimonio sobre la existencia de Dave Rata, originario de ¿Monterrey? exMockinpott, una de las mejores malditas bandas que haya dado este país. Dave, un músico inquieto y versátil hasta lo escurridizo e inasible. Banda tras banda, repleta cada una de gritos y guitarrazos, ha dejado un rastro de mugre; si le siguiéramos, terminaríamos perdidos en algún lugar donde él ya no está, en el laberinto donde las ratas son colocadas para estudiarlas, pero escapan finalmente: siempre una garrita adelante de nosotros.

1. Mockinpott - «Criatura» (5:22)
2. Ratas del Vaticano – «El cholo del salón» (1:08)
3. Era del Vacío - «A medianoche» (2:38)
4. Mockinpott – «Her/Professor» (2:56)
5. Ratas del Vaticano – «Soy un animal» (1:30)
6. Era del Vacío - «Buscando a un amigo» (2:48)
7. Narcoestado - «Juventud» (2:32)
8. Tercer Mundo - «Ser nosotrxs mismxs» (1:22)
9. Muerte - «A la verga» (1:58)
10. Mockinpott – «Down/Ondeado» (5:59)

Pienso la obra de Dave Rata como un *koan* necesario para la meditación después del ruido: ¿cómo capturar y encerrar una rata nómada en la jaula tibia y pulcra de un «mapa sonoro actual» del país, en las tendencias y la comentocracia virtual? Imposible. Ese mapa sonoro estará incompleto siempre. A las recopilaciones de «lo mejor del año» siempre les faltará la obra de este roedor.

∞

Estimado entusiasta de la ingenuidad:

Le informamos que hemos recibido su propuesta de cola-

boración para nuestra revista de poesía joven y en cuanto sea revisada por el comité editorial nos comunicaremos a la brevedad.

Gracias por su interés.

Saludos,

El Editor Rotante del Mes.

∞

Sabes que has encontrado a un amigo cuando ambos pueden estar juntos durante un buen rato sin hablar una sola palabra, tan sólo escuchando algunos discos recién descargados de manera obviamente ilegal: Panda Bear, Flaming Lips, Deerhunter, Dan Deacon; el catálogo de Nene Records, el de Nuevos Ricos, el de CUU Desde el Espacio...

«Ese día habíamos ido a la Rubio», me recuerda Andrés ahora que se lo menciono. Se refiere a un célebre «picadero» chihuahuense, clavado en las profundidades de la colonia Cuarteles, muy cerca, por cierto, al cuartel militar de la localidad, de ahí su sobrenombre: el Hoyo Funky, donde no sólo se ofrecían al cliente polvos, hierbas aromáticas y diversas materias intravenosas, también había cervezas clandestinas heladas para los aferrafsters.

Cuando íbamos al Hoyo Funky era, por decirlo de alguna manera, una buena época para elegir diversas bandas sonoras en las madrugadas de retenes, sirenas y cordones amarillos: una suerte de escenario para un cine *giallo* desértico. Había sangre en la noche. Había sangre en el día. No había «diferencia entre el narco y policía». Del silencio pasábamos al bullicio. Específicamente a la Casa del Bullicio, sobre la avenida Mirador, que hacía las veces de hoguera alrededor de la cual se reunían decenas de chihuahuenses ejemplares, y otros no tanto, para degustar elotes asados y bañarse en ríos de alcohol y ruido.

«Cuando todo se acabe, darán lo mismo el estrépito y el eterno minuto de silencio, y el Relajo (y sus bocinas, pregones, or-

questas, claxons, detonaciones en cadena) será la nostalgia posible, el método eficaz que le otorgue calor de hogar a la masificación de la agonía», escribió Monsiváis sobre el Relajo como ente abstracto y feliz del movimiento perpetuo de la vida. En estas palabras encuentro la descripción de la agonía y la certeza conjugadas en las madrugadas de Chihuahua circa 2009.

El Bullicio que gritaba por todos lados en nuestras noches, en las calles, en los patios, en las banquetas, en granjas y retenes, era precisamente el momento extático del bacanal y revelaba un ritual en honor a la vida en medio de la fiesta de muerte que bailaba en las avenidas: las costras de sangre y el vino derramado se mezclaban en el Bullicio, ahí donde todos hemos de desembocar si fuimos lo suficiente en esta vida; el carnaval de CUU hospedaba a quien pidiera refugio. La máscara de la muerte roja en el desierto.

Recuerdo [de lo poco que recuerdo de aquella época, de hecho] cómo luego de interpretar su repertorio en un bar local, Juan Cirerol fue arrastrado a la Casa del Bullicio. Lo llevamos apretujado en el carro de Julio Orrantía. Al encender el vehículo, las bocinas tronaron con las canciones de Juan; ya en el escenario había tocado algunas de ellas hasta dos veces ante la petición abrumadora del irrespetable público:

—¡Toca «Clonazepam blues», pinche Juan!

—Esa ya la toqué.

—¡Pues tócala otra vez! —gritaba la gente enardecida en alcohol y sudor.

El antecedente deja en claro que lo último que Juan deseaba al subir al vehículo de Julio era volver a escuchar sus canciones, ya aletargado por la cerveza, el ruido y el calor. Pero sin saberlo ya estaba atrapado en el laberíntico Bullicio de Chihuahua.

«Oigan, pongan otras rolas», pidió con misericordia Juanito. Pero la lógica étlica no presta concesiones si se le combina con

euforia y rabia, con la necesidad de pasar algunas noches memorables en medio de la sangre circundante. Juan era un ídolo incipiente en estas latitudes, lo que necesitábamos para calmar la incertidumbre de vivir en el olvidado norte. «Ni vergas, pinche Juan», se le respondió en coro dentro del carro. Y sus canciones seguirían sonando, aún más fuerte, cada vez más fuerte, en la Casa del Bullicio, donde todos gritaban y hablaban al mismo tiempo. Babel 614.

∞

¿A los cuántos libros debemos comenzar a leer un autor? Si es, digamos, a los tres o cuatro como mínimo, tendremos que dejar de leer de una vez y para siempre, por decir cualquier idea inocente, a Juan Rulfo, al menos hasta que se reporte con una nueva novela que se venda bien. Y para que se vendiera bien, Rulfo tendría que tomarse algunas *selfies* haciendo una simpática cara de pato o subir una *storie* de su proceso de escritura. Dejemos, pues, que descanse entre los muertos de sus textos, que con mucho esfuerzo escribió esas páginas como sepultura.

Si muero mañana, ya valí madre, pienso inevitablemente en la melancólica inercia de publicar estas y otras palabras que andan regadas por ahí en libretas. Si muero esta noche, por ejemplo, este texto adolecerá de la inexperiencia y, sobre todo, de no haber encontrado a un agente editorial que las hiciera válidas ante el mercado.

Mientras escribo toda esta perorata, en el fondo suena «T.D.P.» a.k.a. Te doy pena, de Sr. Amable, en su versión en directo desde el centro de CUU. «Estúpidas chicas que me dejan», dice Andrés al micrófono. Cuando uno muere o decide morir, pienso, también abandona a los demás: el rompimiento final. Estúpidas chicas que se marchan siempre a todos lados, que mueren o que intentan morir, pienso a veces con resentimiento. Y es que, ya se sabe, en el norte no podemos tener nada bonito ni duradero, porque siempre

se va a otra ciudad; o bien, vuelve con extraños acentos impostados que no reconocemos. Me doy pena.

∞

Andrés fue una de las primeras personas, desde cualquier círculo de amistades, a quien realmente escuché un discurso personal para desplegar su imaginario y sensibilidad, a veces velado intencionalmente acaso como mecanismo de defensa, pero con una tela finísima que se rasga al mínimo tacto: semitransparencias de canciones semimasivas. Si acaso encontramos referencias locales o crípticas en las letras de Sr. Amable, su función es la de tomar distancia prudente para defenderse un poco en la embestida y de pronto contraatacar. Andrés, para mí y quizá unos cuantos, fue capaz de tomar toda la bilis y rabia de vivir en Chihuahua durante la guerra nacional de Felipe Calderón y traducirla en un lenguaje musical sanguíneo: sarcasmos, palabras precisas y filosas, ternura y vulnerabilidad mezcladas en una declaración constante de principios y finales: finos alegatos.

Por otro lado, cuando el destinatario es explícito, es el recurso de la obviedad, donde el absurdo queda expuesto en la medida que el artificio es menor, pues «el pueblo es tan pendejo que votó por un inepto». También es cierto que hay obviedades en Chihuahua, porque acá en el norte la gente toma su distancia prudente; así también es la gente de mi ciudad, donde se pelea para tener un pedazo de tierra en la repartición [en una repartición que rima con Revolución, apañada por los Creel y los Terrazas]. La industria de la construcción es el nuevo terrateniente, que primero desplaza, luego derriba, después construye y finalmente revende; no pierdas tu licitación, amigo constructor, afíliate ya al mejor postor. Aquí no hagas mucho ruido porque te puedes quemar, luego pierdes el contrato, esos millones bien bajados [un desvío en picada, como jugada de fútbol]. Aquí no te juntes con ciertas personas porque te

ves mal. No vayas a sus eventos, esos son puros *jipsters*, aquellos son metaleros, son *millenials*, son... Dicen que andan en drogas, que se tatúan, que no usan zapatos formales, que sus carros están viejos y sucios, no tienen en qué caerse muertos... Lo que no saben, o no se dice, es que en esta tierra, desde hace algunas administraciones con tufo caudillista [que rima con priista], precisamente el más pobre es quien tiene asegurado un lugar en la fosa común; si ya no cabe, es lo de menos, un pedazo de concreto también cobija bien a un cadáver al mediodía, ya después el Servicio Médico Forense se encargará de darle asilo unos días.

Aquí lo que sobra es concreto, cómo no. Toneladas de concreto por toda la ciudad. Porque así le tapamos la respiración a la tierra, la sofocamos, corremos a la gente que la habita y compramos en remate sus metros cuadrados de memoria. Híjole, qué calor hace en Chihuahua en estos últimos años, ¿no se te hace? Antes no hacía este calorón, ¡no mames! Vamos a echarle más concreto a Chihuahua para que se muera de una pinche vez, asfixiada en licitaciones de concreto para los constructores priistas/panistas.

∞

El viejo hábito de enumerar amistades me resulta poco menos que inútil porque son demasiadas las que vienen a mi memoria, pero de lo que estoy seguro es de que Andrés fue uno de los pilares de una personal serenidad en la época más culera de esta ciudad norteña. Esa época que, no está de más añadir, no era más que un prólogo para lo que seguimos aguantando con la misma rabia añejada por los años, con diferentes administraciones partidistas, pero los mismos métodos de corrupción, desvío de recursos y pactos en lo oscuro.

Acá, en esta ciudad de la que nadie se acordaba, aguantamos esos días con fiestas improvisadas entre balaceras, porque «deporte extremo es salir», como decía aquella canción conjunta

de Piyama Party y Sr. Amable, con su correspondiente video memorable: «Dicen que estando afuera The Mueres de calor / chicos malos disparan sin temor». Salir a buscar una reunión era también una apuesta por la vida.

El humor siempre fue una parte fundamental para aguantar el sonido de las balaceras, un humor que ni siquiera llegaba a ser negro, más bien medio desteñido en un color local ya muy opaco y carcomido por el sol, como la playera negra de Iron Maiden que a las 3 de la tarde espera el camión de la maquiladora. No mames, «mataron al güey del expendio de enfrente. Le volaron la mente». Pues fuga y que searme la carnasada.

Recuerdo cuántas veces recorrí la ciudad junto a Juliarrantia buscando alguna fiesta emergente, luego de sortear variados retenes de policías: estatales, federales, ministeriales, militares... Cuando por fin llegábamos, sucedían algunas de las mejores fiestas de las que tenga memoria, como aquella titulada Moluscotón en beneficio del buen Cuiz Lardona, cuyos dientes habían sido derribados por un reportero de policiaca tras una posarra de Gobierno del Estado para periodistas [sí, los impuestos eran destinados a embriagar a reporteros de policiaca y demás fuentes periodísticas]. En aquel Moluscotón se presentó The Mueres, una terapia de ruido para el alma; Gay Duo, mucho antes de que alguno de sus integrantes regateara una entrada de 30 pesos a un bar para entrar a escuchar bandas locales; todo sucedió arriba del Videsa, una cantina céntrica rehabilitada por la Luz Horta para que la gente cayera a tranquilizarse de la guerra contra el narco. Siempre valía la pena sortear los retenes.

∞

La música y las risas colectivas eran la única manera que, al menos el que esto escribe, tenía para sobrevivir a la bala y sangre. Y así

hasta hoy. El acompañarse entre amigos fue, es y siempre será un refugio. Si se me juzga un cómplice, diré que sí, siempre, a todo. Que nadie me lea. Que se vayan todos los que tengan que irse de aquí, pero que se vayan de una pinche vez, que se vayan tras el sueño chilango, tras el sueño del éxito masivo y mediático. Que nadie nos lea ni escuche porque somos provincianos. Pero uno siempre elige de quién y desde dónde hacerse un cómplice de la sedición. Ni modo y mis respetos para quienes tuvieron que huir por su salud mental.

∞

¡Lee esta crónica de cómo le fue al joven becario Alejandro Chauristegui viendo un maratón de neorrealismo italiano bajo los efectos del LSD! No creerás lo que escribió... Click.

∞

Fui a ese festival [cuyo nombre es preferible olvidar colectivamente, por aludir a un concepto totalitario] porque me dijeron que ahí estaría un tal J Mascis y su dinastía del Dinosaurio. En cierto momento, el público era una imposible mezcla de agua y aceite, pues en el acto previo se había presentado Imagine Dragons con sus canciones destinadas a convertirse en música de un elevador que desciende hacia el infierno; por fortuna, en las primeras notas de Mascis los mozuelos huyeron despavoridos a buscar refugio en sonidos inofensivos y a beber la cerveza más cara del mundo para aliviar sus lenguas escaldadas, sangrantes, por las escamas que recubren los testículos de Satán.

En el pequeño cúmulo de público, atento, había un tipo que me recordó a un Lou Barlow joven, quizá más fornido y con más sustancias de euforia en la sangre. El muchacho de cabellera larga y rizada cantaba todas y cada una de las piezas que Dinosaur Jr. rabiaba frente al escenario, iniciaba repentinos bailes de contacto a su alrededor para, de pronto, detenerse en medio de la polvareda y gritar him-

nos hacia el escenario y también al cielo cuando el éxtasis lo requería: conocía todas las canciones; me sentí extrañamente acompañado.

En ese momento, ese doppelgänger de Barlow fue un hermano ritual, consanguíneo del asombro como método espiritual, de esos que uno siempre encuentra en los festivales musicales cuando estás solo en algún acto imperdible [por otro lado, la única y verdadera razón para la existencia de los festivales]. Ese momento fue sagrado, por todo lo que un puñado de canciones pueden decir de la vida en general y lo que representan al trasladarlas a la memoria individual.

Recuerdo, no sin un par de lagunas en la cartografía mental, ir como copiloto de Andrés, la mañana cayendo sobre nuestras piltrafas de carne y alcohol, luego de invadir por enésima ocasión el departamento de Tasta Faudoa. Esa mañana teníamos la misión, autoimpuesta, de encontrar un puesto de barbacoa abierto donde comer algo para bajarnos la borrachera y después ir a dormir en las respectivas almohadas. Al encender el automóvil, las bocinas escupieron pequeñas cosas de la furia [descripción de eso que todos fuimos alguna vez]; las guitarras desgarrando el alba de la ciudad, las calles de CUU desiertas, sólo un par de chicos gritando himnos para ese entonces lejanos a su época: *Little Fury Things*.

Ahora, luego de diez años o algo cercano, sé que los discos no terminan al ser masterizados y empaquetados para su venta, sino que trascienden a sus creadores hasta donde éstos no pueden imaginar. Esa mañana, veinte años después de su lanzamiento, escribí junto a mi amigo Andrés una parte secreta del *You're living all over me*. Un momento aleatorio, pero entrañado en el corazón y la memoria gracias a la música de J Mascis.

De vuelta a aquel festival cuyo nombre elijo no recordar, salí de inmediato, solo, después del acto de Dinosaur Jr., recién bañado en bilis y adrenalina sin cuantificar, con el eco en la cabeza de algunas canciones, sobre todo del *Where you been?*, el primer

álbum de la banda que pude conseguir cuando yo tenía unos 17 años. ¿Dónde estuviste todo este tiempo? ¿Quién eres ahora? Esa grabación de 1993 contenía «Out there», canción desoladora, oscura, desesperada y furiosa por igual, como la adolescencia. Era quizá 1999 o ya el milenio. Compré usado ese disco compacto sin mayor referencia de Dinosaur Jr., sólo por alguna recomendación indirecta de Cobain, como tantas otras bandas a las que llegué por la misma ruta. No imaginaba, o no quería aceptar, que alguien más escuchara en la ciudad la misma música que yo: la ilusión del ego adolescente inseguro, si se me permite el pleonasma de adolescente + inseguro. Terminé, como era de esperarse, detrás de un mostrador en una tienda de música «alternativa», siendo un patán salido de la imaginación de Nick Hornby, donde luego conocería justo a Andrés cuando me solicitó el precio del DVD recopilatorio de Sonic Youth, *Corporate Ghost*: «No está en venta», le respondí en la escena más Jack Black de mi vida.

∞

Hola, J: Una disculpa por lo de tu texto sobre la música chihuahuense, sabes que ganamos premio a la Mejor Revista de Poetas Jóvenes Virtuales de Memes 2019 y tuvimos que hacer una reestructuración de textos para la edición, por lo que el tuyo quedó fuera por tiempo indefinido y por no cumplir con los parámetros deseados, es decir que no contenía ningún meme. Agradecemos mucho tu interés y ten por seguro que en próximas ediciones contemplaremos tu propuesta, cuando el tema sea algo más... *clásico*. Quizá llegue a empatar con los criterios que entonces establezcamos. ¿Cuántos años dices que tienes?

Saludos,

Otro Editor en Turno.

∞

Alguna vez le dije a Andrés, luego de haberlo escuchado en el [en otros tiempos] bar chihuahuense Secõnjom junto a la alineación original de los «Tastaloyds», que su acto me había recordado el sonido de Dinosaur Jr., pero comprimido en una miniatura: con rabia, sí, pero desencantado y desesperado; desbordante y sensible al mismo tiempo. Contenido, en última instancia. Sin embargo, ahora en la distancia sé que fue pretencioso decirlo de esa manera y a la vez también injusto, pues creo que en la sinceridad de ese sonido espeso de Sr. Amable hay un eco de muchos otros puntos de partida: Malkmus, Albarn, Moore, Francis, Coyne, Shelley, Newcombe... Hay mil influencias más en su música y lo sé porque puedo apostar que el de Andrés es uno de los oídos más atentos y sensibles que conozco, lo cual siempre traduce al imaginario del 614 local, en el viaje geográfico y emocional de sus discos.

En esta línea de ideas, «De cuando los guitarristas...», pieza abridora de su LP, *Adulto Contempo*, es el saludo fraternal que Andrés envía a sus héroes personales, un homenaje que incluye también a Elías López (Maw, Et, Dánala, Arrecife...) como ejecutante invitado, coronando la lista de esa estirpe de grandes prestidigitadores.

A pesar de ser la premisa de este texto, no puedo hablar ni precisa ni extensamente del *Adulto Contempo*, porque la verdad es que, después de tantos años, aún no lo puedo digerir, superar, entender con eficacia, y no sé cuántos años más pasarán para que pueda hacerlo, por eso este balbuceo de los dedos que presento en forma de ensayo, de memoria, de crónica, de alegato... como algo que quizá nadie llegará a leer<sup>2</sup>.

---

2 Para una reseña toda lúcida y nada objetiva, Cf. Franco, Miguel a.k.a. Intravenoso: <https://medium.com/@ADarleAtomos/se%C3%B1or-amable-adulto-contempo-553598fb67a6>.

Este es desde un principio un disco desencantado, pero va adquiriendo ligereza conforme avanza hasta elevarse unos centímetros del suelo, al mismo tiempo que una sonrisa se desliza en vertical, como persiguiendo una idea maliciosa de divertimento. Aquí el humor está en matices de gris hasta rayar en lo negro [o lo opaco desteñido]. Quizá sea la razón por la cual no es fácil, al menos para el escucha en general, acceder a estas canciones filosas como cuchillas.

∞

[¿En cuál convocatoria debo colocar estas palabras para que luego (y sólo en caso) de ganar sean leídas? ¿Será que es ésta?]

∞

10 de mayo de 2015:

Aquí estamos, otra vez. Lo hemos intentado tantas veces, una serie de «intentos vanos por buscar la gloria», pienso con humor, ironía y algo de resignación.

Pareciera que cada vez asiste menos público a las tocadas; en contraste, las bandas locales cada vez ejecutan mejor sus actos en vivo. Evidentemente, si esto es cierto, y no puedo decirlo, hay algo que hemos estado haciendo muy mal. Quizá haya sido confiar demasiado en la gente.

Recurro a la reducción al absurdo para volver sobre mis pasos y preguntarme: ¿dónde me perdí? Y la cuestión la enuncio en primera persona, hasta rayar en el monólogo, porque intuyo que he sido yo el que falló, porque fabriqué expectativas genéricas mezcladas con ilusiones entre amigos, emociones que brotan y atesoramos de las noches extasiadas.

No lo entiendo. Quizá sólo soy un pésimo optimista con esto, es decir, el más grande entre los ingenuos. Quizá nunca pasará. ¿Y para qué?

∞

«Chica zombi», además de ser una atinada versión lírica de Magnetic Fields hasta adquirir un rostro de arquetipo chihuahuense, fue para Andrés un pretexto para jugar con la malicia del lenguaje y encontrar nuevos caminos para enunciar las cosas. Insisto en que estas palabras que lees son acaso una extensión de sus palabras, las que canta como proclama y ante las cuales levanto el puño izquierdo, porque no puedo decirlo mejor que él, así lo intentara en veinte páginas más.

En esa búsqueda también he situado otra pieza que rinde homenaje a la desaparecida Banda Invitada; la canción, en la versión de Amable, es un discurso de sociología sobre una geografía particular: «Bienvenidos a Chihuahua» es en voz de Amable una cartografía de nombres trascendentales para entender las coordenadas del cariño donde habitamos: Alessa Góngora, Fernando «El Mudo», Lucas, «Meme», El Cuiz... la lista podría extenderse cada vez más al pensar en una diversidad de amigos, conocidos y, ¿por qué no?, hasta enemigos.

Pienso en que ojalá todos ellos, todos ustedes, todas nosotras, asistiéramos alguna vez a las tocadas organizadas por Futuro de la Economía, el último avatar de CUU Desde el Espacio. Ojalá la lista de nombres se ramificara hasta alcanzar otras generaciones, geografías, épocas, cuerpos, mentes, sentidos, lenguajes y realidades que no imaginamos desde estas coordenadas resacas. Todos, pasen estas otras armas y abráncense.

Aquí tienen los sonidos de una vanguardia local e inigualable, que se ha gestado en fatigadas noches de sustancias y tocadas. Aquí están «los sonidos del mañana que nos llegaron ayer», sin mayor pose que la de seguir creando en este desierto del ruido. Aquí nadie es el mejor. Comparte tu música y sigue en el camino. Bienvenido a la solitaria escena del árbol que cae en el bosque.

Sonidos áridos y ardientes se inflaman en algunas regiones al norte. Entre más al centro y sur se adentra uno, la temperatura desciende, lo turbio se temple hasta acomodarse en la tierna tibieza del espíritu, ese estado de la materia que ya no hace daño al tacto, ni a la lectura, la vista ni al oído.

∞

«Querendíes» es una pieza del *Himnos al desencanto*, un paralelo imaginario de esta realidad, existe como parte del conjunto de himnos publicados en el 2012 por Sr. Amable, como una botella en un mar cualquiera del hemisferio sur. Aquel disco fue escrito durante la estancia de Andrés en Buenos Aires, Argentina. Las piezas fueron un certero tejido de coordenadas entre el sur latinoamericano y el norte mexicano que nacieron cuando su autor se percató de que ambas geografías eran por demás miscibles, pues al diluirse en el imaginario personal de la composición, las canciones también se vuelven sustancias que mezclamos en la memoria: coordenadas de un mapa mental.

*Himnos al desencanto*, desde esta distancia ajena en la que enuncio, me parece más una compilación de crónicas de viaje que un álbum musical, donde la principal cómplice de Andrés fue La Tasta. Y he aquí que me permito una licencia más para la digresión: *Morras Admirables EP*; estoy seguro que ella busca también su propio lenguaje cuando intenta apropiarse de todo lo que le rodea y lo que ha conocido para así expresar lo que aún necesitamos como «obra».

Me ha contado, por ejemplo, cómo en una madrugada feliz, Andrés tocó a la puerta del departamento vecino donde residía ella en Buenos Aires. «Ya terminé “Cereso”, venga a escucharla», dijo él. Sin embargo, mientras ella elige sus propias palabras, estoy seguro, su propia crónica, la voz de Tasta se encuentra en los himnos desencantados y en la adultez contemporánea de mi genera-

ción. Ella siempre estará gritando por ahí con acento chihuahuense, en Buenos Aires, en Los Ángeles o en CDMX. La geografía no le importa, porque se mueve, como su voz se mueve en los coros de varias composiciones de Andrés. Desde hoy le concedo el Premio Faudoa para Obra Jamás Publicada y la Beca Vicente Huidobro para la Desintegración del Lenguaje. Algún día te leeré «Altazor».

Retomo el camino previo: «Querendíes» pudo haber formado parte de aquellos [desen]cánticos, pero en esta realidad integran al *Adulto Contempo* hacia el *grand finale* de este disco épico que termina como una relectura conceptual de discos seminales, como es el caso del *Zen Arcade* de Hüsker Du, sólo por mencionar uno de mis favoritos personales. La historia del adulto burócrata que muere sepultado entre documentos de oficina y plásticos crediticios, pero con un buen bronceado de monitor.

Al final de la historia, se supone que la carroza parte a ritmo de polka/punk [sinónimos, para estos casos, del vértigo: ¿quién habría pensado que ambos géneros pudieran acariciarse con tanto candor?] hacia la funeraria Blas Perches, símbolo de muerte chihuahuense, donde el adulto acabará sus días luego de morir como res. Y es que la muerte nos redime. Libre de deudas, de guerras y del tedio cotidiano, el adulto contempo entrega las armas y alcanza la eternidad con una sonrisa.



Una vez me lo dijo un celeberrimo *youtuber* chihuahuista, hace ya unos cuantos años: «¿Por qué sigues en Chihuahua? Tú deberías estar allá haciendo algo muy cabrón. Ustedes, los que hacen música aquí, nada más se están escuchando entre ustedes», lo dijo con un gran repudio a lo chihuahuense, a los que se han quedado aquí y no han «trascendido» a partir de hablar desde el centro geográfico del país. En el momento sentí rabia y asco de sus palabras. ¿Cómo

era posible aquella afirmación? «*Entre ustedes, entre ustedes...*». Luego de tantos esfuerzos por crear música y narrativas desde esta latitud abandonada, lacerada, vilipendiada, resentida, sentí visceralmente todas las enseñanzas de la escuela del resentimiento, de los que nos quedamos en el desierto y nunca abandonamos lo que se supone que es el confort. Todos estos años soportando las balaceras, la impunidad, el aburrimiento y la infamia, para que una celebridad acomodada por el Opus Dei y un algoritmo clasista e ignorante de YouTube me viniera a decir que todo este esfuerzo ha sido en vano, que los milagros sónicos que aquí han florecido son mentira, son inválidos. Fue rabia lo que sentí esa noche ante esas palabras venidas del centro magnificado por sus números de la tibieza, lo sentí en un bar donde un tiempo antes o después yo habría de maravillarme religiosamente con la música de Maw en vivo, una sensación que, puedo asegurar sin equivocarme, pocas veces he vuelto a sentir en mi vida.

Estas palabras que han tomado de pretexto la música de Andrés Murillo y algunos otros milagros sónicos de la ciudad de Chihuahua emanan del asombro, sólo como un testimonio de que esto pasó, que todo esto no ha sido en vano. Sin embargo, sólo hasta años después lo entiendo, que esas palabras balbuceadas por un *youtuber* que triunfó en la Gran Capital sólo se referían a una verdad invaluable: «Ustedes sólo se están escuchando entre ustedes mismos»... ¡Pero claro! Qué belleza escucharse entre sí, con atención, cuidado y crítica constante. Nosotros logramos esto que parece tan poco a los foráneos: llegamos al punto de escucharnos y leernos entre nosotros mismos, con respeto y cuidado, como si nada más existiera en el mundo, como si esto que sucedió en Chihuahua fuera urgente, de vida o muerte, algo histórico e irrepetible. Tuvieron que pasar muchos años, muchas balaceras, muchas masacres en bares a los que solíamos ir a tomar una caguama entre amigos, demasiada

sangre y neurosis colectiva para que finalmente pudiéramos escucharnos a nosotros mismos: el verdadero milagro sónico.

∞

Tal vez algún día tendrán que leerte.

Leernos.

Escucharte.

Escucharnos.

Nah, no creo.

## EL CHUGUEISEO EN BABILONIA

Yo tenía una misión en la vida, pero no recuerdo cuál era...

Intuyo que ése es el argumento inicial para explicar esta divagación vitalicia a la que me he entregado como un devoto comprador de cachitos de lotería en Babilonia, sin saber si al final de la rifa está la muerte o la dicha. Las piezas que componen la imagen del azar siempre están flotando sobre mi cabeza; son reflejos fractales de un orden extraño, el cual no alcanzo a contemplar desde este punto interior; los fragmentos se niegan a sedimentarse en una sólida comprensión.

[Los niños gritones anuncian el número ganador o perdedor].

Hay quienes reniegan del azar por considerarlo un sinónimo de tiranía que se ejerce mediante un sinsentido inescrutable; sin embargo, olvidan que los sueños funcionan de la misma manera que el azar, pero en éstos lo absurdo y su orden aleatorio nos hace sentir en las antípodas de la incertidumbre, pues nos abandonamos a él y presentimos un sentido que encontraremos [acaso en la forma de una flor purpúrea sobre nuestra cama] al despertar. El conflicto de esta percepción radica en que no podemos trasladar la libertad onírica a la dimensión diurna, o al menos es lo que creemos en medio de la frustración.

Una de las razones por las cuales existimos es para, eventualmente, sintonizar, con nuestra falseada percepción, canales irrepetibles de la realidad espacio-temporal y sentir que, por un momento, habitamos en el corazón de la Certeza. Se piensa, por mero azar, que el evento puede registrarse en cualquier lugar y momento [«it is happening again», dice repetidamente El Gigante en el episo-

dio 14 de *Tuimpics*, incluso asombrado él mismo por algo que simple y abruptamente *sucede*]: ocurre en la somnolencia camino al trabajo, justo cuando esperamos la alquimia del rojo al verde; mientras preparamos la cena y recapitulamos las horas del día; cuando en una coordenada de la realidad se piensa en el nombre de una existencia que está en otra coordenada muy lejana [si ésta piensa a su vez en invocar a la primera coordenada, ambas se funden en un solo punto cardinal (prolegómenos a la telepatía)], incluso sucede en un bar cualquiera, un miércoles de octubre por la noche cualquiera, cuando sólo planeábamos tomar un par de cervezas e ir a dormir de nuevo en la rutina. Sin embargo, en el ambiente esa noche memorable flotaba un aroma como de algo inminente, quizá de esa certeza inesperada, que acaso sólo se puede recuperar mediante la escritura en primera persona.

Cuando he dado una tercera oportunidad a la embriaguez y solicitado la cerveza correspondiente, me percaté de que el sueño se ha exiliado fuera de los párpados, ha salido de su espacio onírico para instalarse entre las mesas del bar y se acomoda en un rincón para escuchar el primer acto de la noche; recuerdo a Donnie Darko, cómo una voluntad salía de su pecho sin avisar y se dirigía a la cocina, a la habitación arriba de las escaleras.

Las palabras «electripper», «hipgaze» o «folktronic» son certeras por lo lúdico que reviste la música de Andrés Murillo, quien durante casi diez años ha compartido una suerte de manifiesto bajo el nombre de Sr. Amable; la defensa de su convicción se hace cada fin de semana con reuniones de amigos en La Villa [un nuevo terruño para una jauría sonriente] con largas sesiones de escuchar música hasta la madrugada, pláticas intensas o en cotorreo sobre actos locales, nacionales, latinoamericanos, extintos o por venir [memo-

rable es el estreno en Chihuahua de ese magnífico documental sobre San Pedro El Cortez, *Basura*, con sotol curado en vibora que le dimos el día anterior a nuestro querido amigo brasileño Lucas]. En fin, todo es para decir que Andrés, mi amigo y cómplice, alguna vez me dijo casi como un aviso: «Tienes que escuchar a Maw en vivo».

Sólo hay cuarenta o cincuenta personas en este bar, quizá menos y sólo unas diez o quince nos dejamos hipnotizar por el acto en vivo de Amable, frugal y elegante por su naturaleza de electroacústico, pero íntimo como un ensayo con caguamas. Andrés entona himnos no sólo al desencanto [de toda índole: amoroso, político, cultural, artístico...], también invoca a la sonrisa colectiva de un grupo de amigos, como una digna imagen de la calma luego de una tormenta de incertidumbre generacional. De esta manera, Andrés trastoca el desencanto y lo convierte en memoria *imperenne*: recuerdos.

Pasan por mi mente momentos de mis años veintes [como en un desfile felliniano/fellinesco de la memoria] cuando un puñado de esas canciones rabiosas que Andrés disponía para mí como hogueras me salvaron de la locura, me identificó con él su sensibilidad para, finalmente, convertirlo en un hermano para mí [«¿Conoce a esta banda? Es una colaboración del wey de tal banda con el de su tana banda: son geniales», más o menos sus palabras habituales]. Por ello, aúllo sus canciones de una manera ritual, en vivo o cuando «solloro en casa». Todos los amigos esperamos muy pronto ser curados, nuevamente, por su música; una nueva producción en la que esta vez jugaremos con esa etiqueta del aburrimiento: el adulto contemporáneo; pero eso quizá pueda escribirlo en un futuro cercano...

Al terminar el *set*, la gente sale del bar para poder realizar el rito del cigarrillo en el frío de otoño, pues no hay mejor época para realizarlo en este nuestro norte. Por un momento me parece

que también el sueño exiliado está de acuerdo conmigo porque veo cómo platica con mis amigos como si los conociera de toda la vida; ha encontrado dónde anidar. ¿Así se siente andar en drogas?

El sueño se me ha hecho personaje en esta noche y pide una cerveza más para escuchar la siguiente banda, mientras yo me demoro con un cigarrillo más. De pronto los sonidos brotan por todo el piso del lugar, trepan por las paredes y se ramifican hasta el techo. Dos guitarras, un bajo y una batería con cuatro voces que se intercalan en turnos o se acompañan en coro. Una banda está dando a luz una criatura fantástica. Se llama Maw.

Dos de los integrantes de Maw, Elías y Juan Pablo, se han convertido paulatinamente en presencias necesarias de mi vida, no sólo por su música compartida en su otro proyecto *Et*, sino por su carisma y calidez como seres [el epíteto de la humanidad es meramente accesorio, un lujo]; los recuerdo como esos pilares que uno encuentra y abraza en los sueños cuando el cuerpo propio está a punto de elevarse sin voluntad, como si flotaran por ahí mientras uno se pregunta si está despierto o soñando. Los dos son delgados, se parecen y visten parecido a Kurt Cobain. Para mí que lo desconozco todo acerca de las seis cuerdas, son unos genios prestidigitadores cercanos al chico de Seattle que tanto extrañamos.

Alguna vez Elías y Juan Pablo me invitaron a tocar con ellos, de eso ya hace unos cuantos años, cuando ambos eran estudiantes de Bellas Artes. Benito Jiménez y yo los acompañamos en un par de estándares de jazz requeridos para exámenes en la licenciatura en guitarra. Intentar acercarse a las composiciones monumentales de John Coltrane y Miles Davis fue un ejercicio de autorreconocimiento para abrazar la ignorancia sobre las formas y misterios de la música, por lo cual estaré eternamente agradecido con Elías y Juan.

Ceci y Daniel «Sera» complementan el maullido integral de Maw: a veces descreo de ellos y de su presencia pues no sé de dónde han salido estas personas tan bellas y talentosas; de pronto y poco a poco se manifestaron en mis círculos de amigos; no sé qué hacen, ni a qué se dedican o qué música escuchan siquiera; nada de eso importa cuando por fin los conozco y los escucho a través de sus instrumentos, el bajo y la batería, respectivamente. Los veo, pues, como manifestaciones esporádicas de un subconsciente onírico-musical de mi ciudad.

Las canciones de Maw desfilan hacia el abismo sólo para jugar al funambulismo en la orilla de toda etiqueta musical [«géneros», que les dicen los más terrenales, los que gustan de las divisiones territoriales o estéticas, porque temen que al olvidarlas, sus cuerpos finalmente asciendan hacia el cielo y no tengan pilares de los cuales sostener las plumas de su ser]: explotan, se encienden, gritan, invocan, derrumban, se expanden. Luego, Maw sabe cómo calmar el océano: se contraen, flotan, se enrarecen, se sumergen lentamente para, de nuevo, explotar.

Miro alrededor y la gente se funde poco a poco, po-co-a-po-co. Pero el sueño ya se ha confeccionado por completo, sólido, sonriente, pleno en esta realidad. Yo también soy, pues, el sueño. Todos somos ese sueño que se instala sin prevenir con una llamada, un mensaje o un correo electrónico. El momento se sostiene en una vertical perfecta que se clava en la yugular del tiempo: entonces bautizamos como «historia» a esa herida tibia que es la noche en el bar. Para quien escucha por primera vez a Maw, siempre es una noche histórica de su memoria.

Todo intento de nombrar el sonido que emite Maw es banal [¿cuál es la onomatopeya para el sonido de una ballena o para el

momento final de nuestra vida?]: *shoegaze*, insisten en etiquetar algunos críticos de oído más bien cuadrado. Pero aquí, en Chihuahua, donde la palabra es flexible porque está sobrecalentada con el sol y después se temple abruptamente cuando cae la noche, nos parece anómalo nombrar las cosas por su nombre impuesto. Aquí, en estas noches del desierto, junto a las personas más queridas y lúcidas [radiantes] de mi generación, entre sonrisas y cerveza, la música [las cosas, las personas y el lenguaje] se *shoegazea* hasta *chuguearse*.

En cada pieza musical, Maw se vuelve una columna uniforme de agua que asciende casi hasta el cielo, pero en el último momento, antes de tocar el paraíso, lo niegan y deciden volver al océano y seguir nadando hasta lo abisal del sueño. Este sueño reversible obedece a que en su carne se escriben las historias de un imaginario sin tiempo ni lugar: imperecedero. En la memoria el tiempo se anula.

La certeza asciende como espuma, inminente también ocurre cuando caminamos por la calle y del otro lado pasa una presencia que nos seduce la voluntad: nuestra mirada se cruza [como perros mestizos en la calle, no sin unos mordiscos previos] con la de otra persona. Bañadas en queroseno, las miradas arden por un momento y se invitan mutuamente a iluminarse [eliminarse con caricias] entre las sombras. Sólo atinamos a decir: «Nena, no sé qué pedo con mi alma».

«Eres un gallina, McFly», anuncia Elías como preámbulo a la caída final de la noche: «Gallina». La última pieza de su repertorio, que es gigantesca y afilada, me atraviesa el pecho y se clava en el cora. Ahora «tengo el alma llena de ballenas y gallinas» —Abish me «sopla» la letra, viendo que soy un iniciado— y el Maw reverberará durante días en mí.

\*

«“¿Cómo se transcribe el sueño?”», escribía en mi libreta hace un par de días, sin saber que estaba preparándome para escribir este correo», escribía hace un par de días en un correo, intentando convertirme en un solo punto cardinal por medio de la memoria. «“De la misma forma en como vamos filtrando la ardua realidad: intuyendo. Y la intuición es un movimiento a través de la carne y la sangre que habita nuestra dimensión. El sueño espera siempre a ser diseccionado con los cortes trazados por una falible memoria”», complementé la entrada en ese blog análogo que es mi libreta», agregué en la misiva, sin imaginar a éste que ahora se [re]lee y se [re]escribe para intentar explicar[se] cómo opera el sueño dentro de nuestro plano diurno.

No lo he conseguido, el sueño es irrecuperable, un momento irrepetible, pero buscar su construcción en la realidad no está de más, para así prolongarlo hasta que se convierta en ruinas a donde uno acude a estar en silencio o gritar; esta escritura es, por lo menos, un intento por reconstruir más de un sueño lúcido: uno de esos llamado Maw.

\*

Yo tenía una misión en la vida y ahora la recuerdo: perderme entre sonrisas nocturnas y *chugueiseo* ocasional; la dicha, que le dicen. Me he sacado la lotería, pero ya no tengo miedo a que el premio sea la muerte.

## DE AMPERSANDS Y MÚSICA PARA VIAJAR [I]

Un árbol silente en el centro cabal de un bosque espera la luz de la Luna o del Sol. Su silencio es sólo aparente pues sus raíces están en una constante caricia con la Tierra. También la Luna y el Sol son parte de esta complejidad que hemos asumido como un vago cosmos apenas perceptible por nuestros débiles sentidos. Todo está vibrando siempre, en niveles metafóricos o en los que precisan de los límites y lo tangible; mis manos, la pantalla del ordenador, estas palabras, el lector y la mirada atenta también lo están.

La vibración es acaso la única verdad [aunque la verosimilitud sea un espejo herrumbrado por los siglos] sobre la que se sustenta la presencia de ese cosmos secreto. Desde lo subatómico y la estética propia de la incertidumbre hasta las magnitudes que alcanzan cúmulos de galaxias o el misterio [milagro, finalmente] de la materia devorada por un agujero negro, todo está en constante y sutil movimiento. Secreto a voces. Secreto a veces. Secreto: aves es.

La imaginería humana, en su inocencia permanente, ha elaborado un pensamiento con fines conciliadores, el cual propone que la naturaleza y el cosmos vibran en una frecuencia de 432 hertz, incluido nuestro ínfimo cuerpo. Así, pues, se deduce que el cosmos emite una música universal que todo lo envuelve y nosotros no somos más que un breve acorde de guitarra en esa partitura a gran escala. [Digresión necesaria del espíritu colectivo: «¿Quién escucha nuestra música cósmica?», nos preguntamos desde el primer sueño que tuvimos hace apenas unos segundos en el calendario cósmico de Sagan].

La música de **& (o Et)** proviene de aquella vibración univer-

sal. Pero la cifra [como toda cifra] es sólo un pretexto para designar estados determinados de la materia que conocemos en esta realidad. [Un símil para comprender el cuatrocientos treinta y dos podemos encontrarlo en las diversas métricas de la poesía: cada poeta encuentra la métrica adecuada para el tema que desea abordar; también hay quienes afirman que la poesía es en realidad la que encuentra tanto a su poeta como a la métrica donde anidará].

De la misma forma en que un pájaro dirige su vuelo desde la rama o, si el lector lo prefiere, una nave que despegó el 5 de septiembre de 1977 en una plataforma en Cabo Cañaveral, así & ha comenzado un viaje hacia otras latitudes cósmicas. Su música es una travesía por los cuerpos celestes más cercanos a nosotros. Su primera grabación se titula *Planetas internos* y es de corta duración [un «EP», como luego nos gusta llamar a todo: *Estoy tan chugueiseado que voy a escribir un texto para & EP*] y fue grabado en Matach.in, el estudio de Jonathan Hernández «Tan», antes genio que figura pero bien conocido en la música chihuahuense, no sólo por su trayectoria como integrante de varias bandas de culto recordadas por los nostálgicos hacia una incipiente cultura musical *alternativa* en los noventa, como es el caso de la hardcorera Mammuth [propuesta: aniquilemos para siempre la palabra «escena»]; también lo conocemos por esa pequeña joya de la psicodelia 614, su primer EP intitolado, que incluía cuatro himnos fugaces sobre la serenidad y toda clase de viajes. [En última instancia, creo que Jack Shirley, encargado de la masterización del *Planetas Internos*, sólo es un ingeniero de calidad que pulió un producto ya bien consolidado desde su manufactura; es un afortunado espectador que se queda en tierra despidiendo a una tripulación sumamente calificada]. En el metal que recubre esta nave espacial se aprecia una suerte de motivo sobre quiromancia: una palma abierta que flota sobre un fondo lisérgico y en ella se

puede leer el Futuro de la Economía.

El juego [viaje] de la composición en & se inicia con una idea aparentemente vaga: un acorde dulce y breve, alguna palabra que se murmura en la oscuridad o una línea de bajo que semeja una raíz fresca e inquieta; cada sonido encuentra su camino hacia el cuerpo celeste al que se integrará; para este momento los músicos no son más que conductores humildes de las vibraciones. La magnitud de la partitura escapa de nuestra imaginación, pero estamos seguros de que resuena, aún, dentro del sistema planetario al que llamamos hogar, incluso sin conocerlo del todo.

La finalidad de la música que comparte & es la unificación que tiene como consecuencia una posterior expansión musical y humana. No se trata sólo de la simple metáfora que evoca una travesía cósmica y la conquista del asombro extraterrestre para el ser humano; esto es, también, la imagen de una comunidad de músicos ubicados en una geografía semidesértica al norte de México, donde uno de los mayores retos es mantenerse unidos en épocas de sequía [musical, de fiestas o incluso en la sequía literal], o bien, cuando nos llueven balas. Quien escuche el planetario de & será uno con ellos, cómplice de un viaje que tiene como destino la integración con el cosmos.

### [III]

La casa donde viven Elías y su familia es una fortaleza diseñada para contener sueños. Es la misma desde que la conocí hace dos... tres... cuatr... no sé cuántos años, una jaula donde el tiempo se desespera en un aleteo. La única diferencia es que ahora hay más gatos. También se siente una vida diferente. Pero es la misma vida que conocí en un principio [permuto la conjugación: que conozco].

En este hogar no se cuentan los años con guarismos: se diluyen con los primeros maullidos de la mañana. «Están en el sótano, pásele», me indica el padre de Elías antes de volver a su trabajo en la carpintería que también es la casa. Encuentro a Elías. Está con Benito. Platican sobre el viaje a Monterrey para tocar en el bar Nodriza. Se ponen de acuerdo, pero no hablan de más: saben cómo funciona la economía del lenguaje y terminan todo con variaciones de una de tantas muletillas chihuahuenses [patines, cotorreos internos, lenguaje secreto de amigos]: el «kibi», una expresión que quiere decir todo y nada a la vez, que ha desembocado incluso en formas insondables cuando se juega con ella y se le desfigura, como el «¡kerrbbbbgfhghj!». Se entretienen con una revista o una caguama a medias. «¿Vamos por otra?». Pues vamos.

La mitología de la colonia Industrial, donde vive Elías y ensaya Et, cuenta que en los alrededores hay picaderos variopintos. Verdad o no, la zona también alberga un bazar colectivo cada jueves que acentúa la mágica atemporalidad de una zona antigua de la ciudad de Chihuahua donde el paisaje es dominado por las vías del ferrocarril y las casas de muros gruesos de adobe, en algunas de ellas con historias de tesoros enterrados y fantasmas que son guardianes del oro.

Camino al expendio platicamos del EP de Maw, donde Elías también es guitarrista y canta en «Padre nuestro», «666» y «No sé qué pedo con mi alma», entre otras. Me cuenta que esas tres piezas son las que escucharemos como invitación al sueño lúcido que es verlos en vivo [sobre una herida caliente también decimos que está «en vivo»; la música en vivo, pues, deja al oyente *en vivo*]. Pero los maullidos son tema de interés para otro texto que obedece a la construcción de un sueño.

Cuando volvemos al sótano, los demás han llegado y se preparan cada uno en la coordenada que le corresponde en ese mapa trazado por la amistad, complicidades y alegrías; satisfacciones que no se cuantifican.

Juan Pablo ha acompañado como una dualidad a Elías en otros episodios musicales [incluido Maw], desde aquellas tardes prolongadas en las que interpretaban estándares de jazz en la guitarra: «Bye, bye, blackbird», «Equinox», «India», piezas asumidas por encargo escolar, pero aceptadas con el asombro y alegría de niños que juegan después del horario de clases; ambos son alumnos aventajados [virtuosos en un sentido que privilegia la sensibilidad sobre la técnica o la rapidez] de Armando Núñez, institución de la guitarra jazz en Chihuahua.

Por su parte, César «Cerde», es una guitarra conciliadora, que aterriza el sonido gigantesco de los otros dos; es punto de equilibrio para Et, base terrestre para las operaciones en conjunto: «Es como un Lee Ranaldo», lo llamó Pablo Emilio luego de escucharlo en la más reciente presentación de la banda; símil preciso si evocamos a Thurston como el flujo principal de la ruidosa juventud sónica y a Elías y Juan Pablo como una dualidad indivisible.

Benito conecta el bajo, toma asiento e imagina que las notas son resonancias; se comparte, así, mediante la pulsación vital y subterránea de las notas de sótano. Siempre imagino que hace oración mientras ejecuta, así desde aquella banda seminal que fue Yongol, después Ave Lira y ahora en esa nueva extensión de su naturaleza expansiva llamada Tiil.

Marquito Zendejas, siempre con su sonrisa amplia y su cariño infinito [me pregunta si ya me entregaron mi playera de Et

en tamaño mediano: en efecto, y tiene pelo blanco de Donna, una coqueta gata del color de un sueño lúcido que habita la casa de Elías. Marco, además, me regala un llavero de explorador espacial: «Mira, está bien chingón porque está recolectando muestras», despliega el plano donde será trazada la ruta a seguir en la arquitectura que es cualquier viaje; su ejecución en la batería tiene siempre la justa medida que requiere la música para lo mismo dirigir, matizar o explotar; lo ha demostrado no sólo con Et, también junto a The Mueres y Sr. Amable.

Sebastián Gallegos, «Sebas», es un sexto integrante de la banda, mas no en lo musical: no es un extra ni un adjunto, sino un pilar en la imaginación visual de la banda; su aspecto, como extraído de la filmografía de Larry Clark o Harmony Korine, contrasta con su paciencia para prepararse un té, sentarse frente a su laptop y escoger cuidadosamente cada imagen que será proyectada en la presentación en Monterrey, no sin antes haberlas pasado por un filtro *ondeado*. «¡No te mames, Sebas! ¿Vas a hacer eso en vivo?». «Simón», contesta Sebas lacónico y tranquilo.

La conjunción [que más bien suena como conjugación en infinitivo de un verbo] está completa y lista para seguir dibujando el camino. El norte pautado es una melodía universal en 432 Hz y ésta es sólo una invitación para seguir esa ruta.

## DOS CARAS DE BIENO

### **Música para flotar (entre el sueño y la vigilia)**

Benito Jiménez, conocido en el barrio de Los Pinos como *El Bieno*, es sin lugar a dudas —y más allá del cliché que implica la premisa— uno de los artistas más prolíficos y versátiles que ha dado Chihuahua, estoy seguro. Los proyectos individuales o colectivos en los que ha trabajado durante más de 15 años de carrera son huellas de una búsqueda personalísima de reinención constante que apuntan hacia un objetivo sumamente difícil de nombrar a primera escucha, pero que podemos intuir; es su propia forma de trascendencia espiritual a la manera, por ejemplo, en que John Coltrane imaginó su célebre *A love supreme*: un ascenso místico desde la música.

La banda Yongol, considerada por sus escuchas como *de culto* debido a su fugacidad y el valor de su posterior legado, fue la primera gran exploración de Benito al lado de los músicos Federico Yarza (actual tatuador de fino puntillismo), Diego Ceniceros (pintor, docente y gran padre), César Mendoza (uno de los pocos genios que he tenido privilegio de conocer: un DaVinci del 614), así como el artista plástico y filósofo de lo cotidiano y el *sci-fi* Óscar Cardona en una primera etapa del proyecto; además, tenían a manera de Andy Warhol al también artista plástico y fundador de La Estación Gallery, Fernando Rascón. Inspirados por bandas como Mogwai, Sigur Ros, GY!BE, Radiohead o Denali, Yongol creó 8 piezas instrumentales que quedaron plasmadas en una legendaria maqueta del 2005, la cual podemos considerar como una de las primeras expresiones del llamado ¿género? *post-rock* en nuestro país. Claro que exagero si afirmo que «Epiphile Hermosa» está a la altura de cualquier momento cumbre del *Lift your skinny fists like antennas to heaven*, pero es que los pedestales y los pesebres están para ser pateados.

[Digresión: escuchando *Landlord is dead* de Do Make Say

Think, pienso que si alguna vez nombramos al «post-rock» con esa etiqueta ya tan manoseada, esto hacia el fin del siglo pasado, no fue como una descripción precisa de un sonido particular; quien así lo crea peca de inocente y optimista: no hay un sonido identificable o sistemático y obras como las de Bark Psychosis, Disco Inferno, Tortoise o Talk Talk lo comprueban. Nombrar de aquella manera a un puñado de propuestas de música por lo general instrumental y con altas dosis de sentimiento preciosista se trataba más de una despedida a lo que conocíamos como rock. Un adiós al rock que ora se evaporaba, ora se sintetizaba. A lo que sigue, pues. Y las combinaciones inéditas que ahora en la plenitud de lo digital atestiguamos, en este vértigo de la música inmediata, sólo vienen a confirmar ese pensamiento. Qué fortuna poder permanecer en silencio y apreciar, disfrutar y emocionarse hasta las lágrimas con una pieza musical. He escuchado a cabezas duras que se mofan de composiciones de «post-rock» porque son «monótonas», «aburridas» o «tediosas». Me siento feliz de sentir los sonidos sin ninguna etiqueta o categoría que les permita ser accesibles y entretenidos. El rock ya fue, el post-rock no existe ni existió como un género real. Los géneros ni existen. Sigamos.]

Al finalizar Yongol, Benito continuó tocando la guitarra y el bajo en diversas agrupaciones ya fuera fundadas por él o como colaborador asiduo, entre las que destacan Ave Lira, Colectribu, Et y más recientemente Tiil; con estas dos últimas bandas elaboró sendas obras conceptuales: la primera referente al sistema solar y la segunda articulada alrededor de diversas tradiciones espirituales. No está de más decir que ambos actos en directo eran imprescindibles por su fuerza y emotividad, Et por la fuerza que emanaba de una hermosa triada de guitarras [Elías, Juan Pablo y Cerda; con Marquito Zendejas en la precisa y potente batería] y Tiil, sin menospre-

ciar su base rítmica privilegiada con César Mendoza en la batería y Daniel Luján en el bajo, contaba con la presencia de Moisés a.k.a. Amrit Santokh Singh en el violín como melodía principal; quienes le hemos visto interpretar en directo podemos dar testimonio de cómo se eleva poco a poco el suelo y con su sonrisa nos purga más de un malestar en el espíritu.

De manera paralela a sus agrupaciones, Benito ha desarrollado un trabajo en solitario, utilizando para ello *software DAW* de producción musical para satisfacer una inquietud hacia la música electrónica de corte etéreo y minimalista, todo bajo el alias de *bIeNo*. A través de un centenar de piezas, Benito ha recorrido los caminos del *ambient*, el *drum & bass* y el *downtempo* para entablar un diálogo con la obra de Aphex Twin, Amon Tobin o Four Tet, sólo por mencionar tres de sus influencias y motivos más palpables. Composiciones como «Papel», «Serpiente de arena», «Fiesta de gallinas», «El afilador» o «Viendo a través del agua» corroboran el acierto de esa dialéctica musical. Apreiciar esta faceta de Benito Jiménez será tarea de otras generaciones más jóvenes que quizá retomen su obra.

Actualmente, el sendero espiritual de Bieno lo guía por una nueva faceta en solitario, únicamente acompañado por una máquina, vaya máquina: un pedal Memory Man Electro-Harmonix, con efecto *delay* y hacedor de *loops* o bucles —por otro lado, un juguete musical que toda persona debería experimentar una vez en la vida— con el cual ha compuesto una serie de piezas que utilizan la repetición como vehículo para moverse entre las fronteras de la forma y lo evanescente, del sueño y la vigilia, entre lo celestial y lo terrenal, entre el *ambient* y la melodía concreta; esta música que por momentos me recuerda tanto al trabajo de Vini Reilly con The Durutti Columnn y de pronto al Labradford más fino, el de *Mi media naranja*.

El peregrinaje espiritual de Bieno está lejos de terminar, in-

cluso cabe la posibilidad de que apenas esté por comenzar y todas estas maravillas musicales que nos ha regalado con tanta generosidad hayan sido tan sólo los prolegómenos del ascenso. Entre las certezas y la incertidumbre, lo que se puede asegurar es que El Bieno compartirá cada nueva etapa de su búsqueda, sin mayor pretensión que hacernos partícipes y aprender junto a él un poco del asombro y el misterio cotidiano que es habitar temporalmente en este mundo.

### **Microportales (para habitar)**

¿Cómo nombrar eficazmente lo que permanece oculto detrás de los sentidos, lo que se le escapa justo al sentido común y que, por no saber mirarlo, se pierde irremediabilmente en el olvido? Me pregunto esto mientras contemplo en la pantalla del computador, una y otra vez, las imágenes que Benito Jiménez, «Bieno», ha captado con su cámara durante años y que ha compartido siempre con una generosidad y cariño infinitos.

En sus fotografías encuentro rostros familiares y cálidos, paisajes imposibles, geometrías secretas y texturas efímeras; sin embargo, sería injusto y erróneo limitar su obra a simples y llanas etiquetas (retratos/paisajes/naturaleza/viajes), pues nada dicen de la esencia mágica de donde provienen estas imágenes.

Bieno Jiménez se ha dedicado a la fotografía de una manera cercana al ascetismo: con un mínimo de recursos y una elevada intuición, herramienta fundamental en la búsqueda y enunciación de lo sagrado. En su camino de espiritualidad, el obturador se ha vuelto mantra.

Cada una de estas fotografías puede entenderse como una entrada hacia espacios y momentos de una memoria acaso colectiva y universal. En conjunto, las imágenes forman una cronología de un viaje que dirige no hacia un destino en el futuro próximo, sino al

origen y principio del ser, a ese momento que hemos creído olvidar, pero que **Bieno** nos ayuda a recordar. Microportales de luz.

Viendo mi reflejo en estas fotos, pensando en la fatiga que representa ese viaje hacia el origen de todas las cosas, recuerdo un verso de una canción: «Sólo soy un animal que busca un hogar, para compartir un lugar por un minuto o dos». Me recuesto entre estos fractales y bosques, esperando (algún día) llegar a recordar aquello que ya no soy.

## RICHARD VALENTINO: LAS HUELLAS DE UN FANTASMA

Publicado originalmente en revista Replicante, Noviembre 2013:  
<https://revistareplicante.com/richard-valentino-huellas-de-un-fantasma>

Podría afirmar que encontré a Richard Valentino en mi último viaje al DF, pero este inicio es impreciso y desmerece la anécdota. En realidad, quiero decir que volví a saber de Richard Valentino en mi último viaje a la ciudad capital y a quien en realidad encontré fue al arquitecto Guerra, un viejo cliente de mi época de dependiente en una tienda de música en Chihuahua. El arquitecto no escatimaba gastos en ejercer su mayor afición: conseguir vinilos de Frank Zappa, Ornette Coleman, The Residents y Jandek, entre otros; este último era su favorito, según decía cada vez que un nuevo disco del texano llegaba a las vitrinas de la tienda: «¡Maravilloso, maravilloso!», repetía como si en sus manos tuviera una piedra preciosa recién extraída del inframundo. Nunca supe si su familia estaba de acuerdo con su pasatiempo monomaniaco.

Nos encontramos en el metro, de frente, en ese pequeño laberinto de la línea amarilla que es «La Raza», justo en un túnel acondicionado para presentar imágenes del cosmos. «¿Cómo estás, cabrón? Hace como diez años que no te veía». Las profundas comisuras al final de su sonrisa confirmaron el cálculo del tiempo.

—Creo que el último disco que te compré fue... espera, no me digas... ¡el *Moondog* de Moondog!

—Muy cerca, arquitecto. Fue el *Moondog & His Honking Geese Playing Moondog's Music*. Pero buen intento.

—Ah, eres un cabrón, como toda la vida —el arquitecto vio su reloj de muñeca y convulsionó en una mueca. Mira, ya voy tardísimo. Tenía que decirte algo desde que te vi cuando bajé del

vagón. ¿Recuerdas a Valentino?

— Sí, claro, nunca pudimos conseguirle nada, arquí.

— ¡Lo encontré y es maravilloso, no tienes idea!

Al escuchar al arquitecto hablar con tanta seguridad, la sangre se me volvió ténpano. No era posible que hubiera encontrado a Valentino. Lo buscamos para él durante cuatro años, en por lo menos veinte bases de datos en internet y una docena de catálogos de importación. No existía registro sobre Ricardo Valentino, alias Richard Valentino, músico que, según la leyenda, nació en el Bolsón de Mapimí, ese lugar casi olvidado por los cartógrafos del norte de México. Su vida también fue una historia olvidada en un libro terroso. Sus padres murieron en un incendio, otros dicen que fueron asesinados por ladrones cuando la familia se dirigía hacia el norte de Chihuahua y sólo Valentino sobrevivió. Los más arriesgados con la leyenda aseguran que Ricardo se convirtió en parricida en su juventud temprana, debido a su agudizada esquizofrenia paranoide, en el éxtasis de una crisis provocada por tanto ver la blancura del desierto sin horizonte. Estas experiencias habrían sido el punto de partida para la primera etapa de su música, allá por 1965, la cual era una forma primigenia de un *hardcore* mucho más sucio que llegaría con los años ochenta, muy a la manera en que los MC5 forjaban un referente paralelo y americano durante la misma época.

Valentino se ha camuflado con las dunas, el polvo, el adobe, las grietas de tierra seca, el rayo del sol al mediodía... No se sabe si aún permanece en alguna frontera de México o si finalmente murió en una mala racha de enfermedades, delirio y pobreza; preferíamos inclinarnos por la primera opción antes de darlo por muerto, porque el desierto siempre ha sido un nido de fantasmas sin nombre.

No es ilógico pensar que las leyendas quizá tengan sus correlatos en la proximidad de Valentino con la frontera, en especial

su estadía en Ciudad Juárez, donde precisamente formó su sello Sudio Records con el que editó gran parte de su obra hasta ahora incierta. Sin embargo, de esto no hay constancia, sólo esa conciencia de ironía que bien podemos rastrear en su nombre, émulo de ese otro músico de origen mexicano reinventor de «La Bamba»; al mismo tiempo, Valentino se sabía puente fronterizo, intuyendo que las fronteras no forman parte de ningún país: Juárez no es México, El Paso no es Estados Unidos.

Por muchos años dejé de lado la leyenda de Valentino, la cual conocí sólo por las historias del arquitecto Guerra y ese par de copias de un *fanzine* llamado *El Mandril de Hojalata*, fechado en marzo de 1987, que me mostró en una de sus siempre esporádicas y breves visitas. El arquitecto aseguraba que lo había conseguido en un viaje a Tijuana de manos del mismísimo Rafa Saavedra (que en reverberante paz descanse). A pesar de sus pruebas, en apariencia fidedignas, llegamos a bromear sobre la cordura de Guerra, ya entrado en años para ese entonces. Esa información desplegada en una miserable página de tamaño media carta, en blanco negro, con un diseño deplorable, aparece actualmente en la entrada de *Wikipedia* sobre Valentino, aumentada quizá por el movimiento natural de un mito.

Bajo la luz negra acondicionada en el pasillo del metro, que simulaba ex profeso un mapa estelar para una exposición artística, el arquitecto parecía tener veinte años menos de los que en realidad había vivido. Eso me hizo intuir la veracidad de su relato.

—Arquitecto, ¿dónde lo encontró? No se puede ir así nomás sin decirme los detalles.

—Sólo te puedo decir que Sudio Records tuvo presencia efímera en El Chopo, ¿dónde más, no? Pero no fue ahí donde lo conseguí, tuve que seguirle el rastro a un coleccionista chilango

que murió hace poco más de un año. Su esposa organizó una serie de subastas que tuve que seguir puntualmente una por una hasta que lo gané: un doce pulgadas de «Luz de Lumbre» con el lado B de «Chorizo para mi padre ausente». Mira, aquí está la foto —el arquitecto desembolsó su iPhone y digitó rápido hasta la fotografía que mostraba un disco sin funda ni protector, sólo la mano de Guerra sosteniéndolo, acaso trémula. En la etiqueta, la leyenda: «Chorizo para mi padre ausente / Sucio Records / SR-07 / 1973».

—¡No mame, arquí! Tiene que decirme cómo suena esto.

—No te lo podrías imaginar. Es una alberca de vísceras, fuego y lodazal. Sonido totalmente ritual. —Guerra miró nuevamente su reloj y reacomodó una mueca de preocupación—. En verdad me tengo que ir. Pero te prometo que pronto sabrás de Valentino. Adiós. Fue un gustazo volver a vernos.

El arquitecto me estrechó la mano, ensayó un apurado abrazo y transbordó con rumbo a la formación de una galaxia en la pared, casi corriendo, casi dando saltos de alegría. Un par de días después, preguntando entre un par de conocidos del arquitecto, supe que ese día iba con rumbo al aeropuerto Benito Juárez para tomar un vuelo a Bogotá. También me enteré de que ya no usa más el celular ni correo electrónico por convicciones románticas propias de su edad. Ahora, me doy cuenta de que él mismo borró las huellas que dibujó para mí, como en un homenaje preciso para Valentino y su leyenda.

De esto hace sólo un par de días. No he podido dejar de pensar en Valentino, en cómo será su rostro. Igual que en la tradición judeocristiana, tengo fe en un fantasma que ronda por ahí con una corona de cardenche en la cabeza. Hago ejercicios de imaginación para recrear el sonido de su *mexicore* pero no alcanzo a delinearlos siquiera. Mi escepticismo se derrumba cuando la mitificación le coquetea.

Escribo estas últimas líneas esperando mi vuelo a Chihuahua. Estoy orillado a pensar que el Duque Blanco y Sixto Rodríguez sólo —¿sólo?— son artificios, proyectos elaborados en secreto que nadie puede descifrar, apenas perpetuarlos. No importa, tenemos fe en ambas historias, ora como proyecto multidisciplinario, ora como artificio documental. Según mis cálculos, Richard Valentino hoy tendría más o menos la edad del arquitecto. Sé que en unos momentos estaré volando cerca del Bolsón de Mapimí y si pudiera mirar esa zona detenidamente, podría otear las huellas de Richard Valentino, dibujar un mapa perfecto de su trayecto. Sé que la información que existe al respecto adolece de coherencia y en ocasiones incluso de estética como un artificio ideado por mentes juguetonas. También sé que el arquitecto siempre fue bueno para contar historias, a veces para inventarlas. Sin embargo, también sé que hubo más personas en aquella época que alguna vez preguntaron por el mítico Richard Valentino, acaso como una curiosidad de boca en boca; sé que alguna vez entró a la tienda un autodenominado punk *straight edge* alardeando que había conseguido una cinta de Valentino y que nombraría a su banda en honor a un fantasma: le permití pasar al baño y le alcancé dos monedas para el autobús. También sé que creemos en la materia y la energía oscura, en un proceso específico y violento para la formación de estrellas, incluso tenemos fe en palabras como «partículas» y «átomos» sin que podamos tocarlas o verlas.

*Su pase de abordar, por favor.* Decido creer en las huellas invisibles de un fantasma.

## [UN PRÓLOGO PARA UN PRÓLOGO NUNCA PUBLICADO]

Hola:

Qué bueno leerte. Por acá tranquilo y no. Pensaba en poner una editorial de publicaciones gráficas por acá, ¿tú crees? Veamos qué pasa con esos planes. ¿Tú qué planes tienes? ¿Cómo se ve desde tu trinchera este 2015?

Oye, pues haz de cuenta que gané el FONCA en novela gráfica hace un año y fíjate que quería publicar lo que hice; la publicación no es obligación del proyecto y más bien es encaminarlo bien con alguna editorial y poder verlo en las librerías de por acá al menos, algún tratito con Educal o algo por el estilo.

Te cuento un poco. El libro va de Teresa Urrea, la Santa de Cabora, una niña de apenas 16 años que al sufrir catalepsia regresa vociferando contra Porfirio Díaz 10 años antes de la revolución, eso hace que el pueblo de Tomóchic entre en una locura colectiva y se levante en armas para después ser aplastado por el mismo gobierno, después de dos intentos fallidos. El pueblo es barrenado y Teresa huyó a El Paso, Texas.

Mi novela, más que intentar abordar el tema histórico, que podrías sacar de algún libro especializado —Heriberto Frías tiene uno muy bueno— es más bien un delirio, hablo de la colonización, de los yaquis, de la barbarie, de la provincia, del imperio, de la locura y el delirio, de la violencia ejercida y perpetuada y hablo un poco de mí y mi experiencia en Sacramento hace unos meses cuando me fui a vivir a un rancho, a estar en unas caballerizas.

Mi intención, como ves, no es hacer un libro de historia y al final, creo, que ni siquiera de Teresa Urrea. Creo que al final se va a llamar *Esperando a los bárbaros*, como el poema de Cavafis que dio

nombre también a una pintura de Neo Rauch, este pintor alemán de la escuela de Leipzig; no sé qué tanto andes familiarizado con estos temas, pero por ahí va.

Mi manera de trabajar fue muy tosca, como siempre, todo lo que ves fue hecho con tinta china y recortes de enciclopedias, con pintura en gran formato en papel *kraft* y pedazos de plástico que encontré en Sacramento en la mitad del desierto. Fui pintando y dibujando imágenes y a partir de ahí las fui acumulando una encima de la otra, como una especie de altar o algún síndrome de Diógenes norteño; algunas fueron caricaturas y otras fueron más figurativas, todo como un campo semántico sobre todo esto, me apropié de muchas imágenes a partir del proyector y esto fue lo que quedó.

En cuestión de texto, también hay mucha apropiación, no sé si reconozcas algo en sí, pero me apropio incluso literalmente de cascajos de párrafos de esto:

Sartre y su prólogo que hace a Fanom en *Los condenados de la tierra*, libro sobre la explotación, la esclavitud, la violencia y la barbarie. También un poco de *La náusea*.

Cormac McCarthy en su trilogía a Chihuahua y en especial de *Meridiano de sangre*, donde habla explícitamente de violencia, apaches y desierto.

Huidobro, este enigmático poeta chileno me ayuda a delirar con sus cantos de *Altazor* y toda esa característica poesía. De él tomo párrafos enteros de apropiación y resignificación a través del contexto en que lo voy ubicando.

*Tiqqun*, la revista terrorista francesa del año 2000: excelentes todos sus textos, te los recomiendo mucho.

También hay un poco de Stephen Hawking en la parte más mística del libro, cuando hablo sobre la naturaleza del tiempo y la luz.

Como ves, es una mezcla rara la que propongo y utilizo

ideas e imágenes a mi entera disposición. A veces pareciera que las tomo del río del tiempo que va circulando por encima de esto que llamamos realidad.

Me gustaría que lo leyeras y a partir de todo este putazo de información que te mando pudieras poner un prólogo a lo que ves. Y pues nada, siéntete libre de escribir como sea tu percepción de las cosas y en cuestiones de extensión, el mundo está demasiado delimitado por ello, siéntete libre de explayarte lo que consideres necesario.

No me queda mucho más que agradecerte y avisarte que cuando te vea voy *primis* en invitarnos esas caguamas que seguramente nos tomaremos mientras platicamos para tramar algo. Te mando un abrazo y espero tus comentarios sobre algo de todo esto. Aquí andamos.

**Luis Safa,**  
**por correo electrónico. 25 de agosto de 2015.**

## SANGRE, MACHETES Y RIFLES: UNA HAGIOGRAFÍA

*En el 1300 d.C, en Paquimé,  
tenían calefacción y drenaje,  
¡ahí, en el desierto!,  
mientras en Europa  
tenían la peste y cosas bien culeras.*

—Irani Beltrán

*Habrà tantas versiones de la memoria  
como hay personas para recordarlo.  
¿Por qué ella se retirará y por qué nos mira a los ojos?  
La hiedra escala en la música,  
las paredes se llenan de figuras numeradas,  
nacientes sombras se desbordan a través de las terrazas  
y los ojos de cada quien crecen habituados a la simetría.*

— Diana Estrada,  
en diálogo con *Esperando a los bárbaros*

Teresa Urrea. Su nombre se escuchó a finales del siglo XIX por toda la Sierra Madre Occidental en el norte de México, allá donde, en esa época, la sangre se mezclaba con el terregal en el rostro de los bárbaros. Antes de morir rebanado por el machete o mordido por las balas federales, alguien pronunciaba una plegaria dirigida a Teresa y se iba en paz, entregándose así al misterio de la oscuridad. El mito nos llegó hasta el corazón del desierto. Nosotros, ahora, somos los vestigios de un delirio fundacional: la Santa de Cabora.

Hay más de una teoría acerca del éxtasis de catorce días en el que se sumió de pronto la niña Teresa Urrea en su transición al Más Allá —geografía que rebasa al cuerpo, la carne y al género humano—. Algunos apuntan hacia la posibilidad de una ingesta de plantas sagradas que habrían sido encontradas por la niña en

un meandro del azar. Esto le habría provocado la catalepsia de dos semanas: se trataría, entonces, de un viaje iniciático experimentado por una suerte de chamana desértica y polvorienta.

Salta, pues, la pregunta de La Razón: ¿por qué habrían velado durante dos semanas el cuerpo inerte de una niña? ¿Por qué no enterrarla al tercer día, antes de que oliera a animal muerto?

La hipótesis —forma que adopta la esperanza a partir de la modernidad— postula que las pocas flores dispuestas para el entierro se marchitaron luego de unas horas, pero la casa —o el intento de ella, si hemos de ser fieles a la historia documentada— donde permanecía el cuerpo de Teresa Urrea tenía el aroma de un jardín rebosante de color y humedad. Los pocos yaquis que quedaban en Cabora se arrastraron como animalitos huesudos hasta el petate donde yacía la pequeña para presenciar y ser partícipes del milagro floral. Algunos, se dice, murieron a los pies de Teresa durante esos catorce días decisivos para la hagiografía norteña. Permanecieron ahí todos los fieles hasta que la niña resucitó.

Pero, ¿qué vio Teresa Urrea en esos días de sueño abisal? Es la búsqueda que el ilustrador chihuahuense Luis Fernando Safa emprendió para realizar su novela gráfica *Esperando a los bárbaros*<sup>3</sup>. Esta es una aproximación al momento en que la niña se convierte en santa y funda una mitología bárbara.

En sus trazos, Luis muestra una poderosa epifanía oscura, de esas que se manifiestan sólo por las noches, y profetiza que estas páginas se desplegarán en la umbría. Una de estas ilustraciones presenta a la Santa de Cabora cubierta con un manto de estrellas —en este caso recuerdan agujeros negros, monstruos voraces para la luz—, pero su rostro permanece en la oscuridad. Hay en su pecho una especie de ojo, una flor o algo sanguíneo que palpita y se abre

---

3 Dirección General de Publicaciones [Conaculta]/Oink Ediciones. 2016.

hacia nuestra mirada. La Santa nos mira y parece estar a dos pasos frente a nosotros; nos damos cuenta que al mirarla también habitamos su plano dimensional: ¡oh, coordenadas de la locura infinita!

En el fondo nos espera el misterio de la oscuridad primigenia. La Santa con sus promesas de sombra dirige a sus fieles hacia ese lugar que es una mancha en la siempre immaculada idea del tiempo, ahí donde la luz, al ser devorada por una anomalía en la realidad, dibuja una serpiente que se enrosca interminablemente hacia la nada.

Este es un trance que dirige hacia la última noche de las noches: la muerte primordial. El milagro de la Santa acontece en ausencia de la luz y somos partícipes de su momento extático en una vertical de locura de la niña Teresa Urrea.

En estas páginas se despliega un imaginario oscuro sobre el tiempo y su carácter simbólico; sobre el éxtasis de los santos puestos bajo el sol; sobre nuestra herencia de sangre, balas y bilis que llamamos Patria. Estos trazos son la mimesis de un trance que rompe las geografías dibujadas por los sentidos. Un Bachelard en Chihuahua escribiría sobre *La poética de los áridos*.

Teresa soñó nuestra muerte durante esos catorce días, soñó cada costado herido, cada hilo de baba con bilis, cada niña violada por el capital, cada maquila convertida en matadero de sueños, cada devaluación de nuestra existencia. Pacientemente, con dulzura, como un epílogo para la serenidad, Teresa soñó nuestra muerte y vio nuestros cadáveres que reposaban ante el sol del desierto. Luego retrocedió en su éxtasis para volver al pequeño cuerpo de jovencita, pero no era más Teresa, sino la Santa de Nuestra Locura: la Santa de Cabora.

## §

Hace muchos años que el último bárbaro fue asesinado. Lo colga-

mos y lo dejamos toda la tarde en la plaza. Pero ahora es diferente, ya no recurrimos a esos métodos, pues se nos juzgó en algún momento de «salvajes». ¡Habríase visto! ¡Nosotros, salvajes! Pero ahora nuestras leyes funcionan y regulan el progreso con una precisión sin igual. Ya no «exterminamos» bárbaros, tenemos reglamentadas las temporadas para cazarlos y servirlos a la mesa en restaurantes de lujo. «Este bárbaro ha quedado, bueno, delicioso; tráigame un buen vino importado para acompañarlo». En caso dado, aunque son infrecuentes en la actualidad, si el bárbaro escapa y luego es recapturado, se le encierra en una prisión y se le administran —en realidad, se las vendemos a un bajo precio que es, como se sabe, casi un regalo— dosis legales de drogas ilegales. Si llegase a registrarse sobrecupo en el Centro de Desbarbarización Social —nombre jocoso que hemos convenido para referirnos a esta selva de ambiente controlado—, lo de menos es disponer un motín, dos tres picados, uno de gravedad y santo remedio. Además, si solicitamos el Fondo de la Nación para Reinserción de Bárbaros, nos darán cinco millones libres de cualquier lupa fiscal. Nuestros dignos bárbaros, ¿qué haríamos sin ellos?

## §

En el primer capítulo, Luis ensaya un preámbulo sobre *lo que se es* bajo la luz incesante del sol norteño, donde las formas se diluyen y se integran al aire caliente y seco. Si uno permanece viendo estos espectros de la luz que rondan las páginas de *Esperando a los bárbaros*, muy pronto queda encandilado por su amplitud abrasiva. Son estas las «imágenes en el río del tiempo» o bien, fotografías del salvaje norte: el nuevo viejo oeste.

En el tráfico de las tres de la tarde, con el aire acondicionado averiado y el estéreo recién arrancado por manos furtivas, la

realidad se fractura, el cielo sangra sobre la aridez de la ciudad y se desgarras como una herida en el río. Nuestro destino acá en el norte es arder en seco camino a donde sea y experimentar trances cotidianos durante el retén militar, en el puesto de burritos y quesadillas de asadero, en las dunas, en la maquila, en la aduana, en los *malls*...

En el desierto, así como el animal recibe el castigo de su amo sin saber muy bien por qué, asumimos los latigazos del Sol y con ello la locura del tiempo y el espacio, porque el primero se dilata y se vuelve espejismo que no puede medirse ni seguirse en el tic-tac de un reloj; el segundo, se expande hasta enloquecer al que camina por el suelo árido: *¿cuándo termina este pinche desierto?* Nunca, el desierto nunca empieza ni termina, sólo te traga.

«La periferia se diluye», apunta Luis en sus trazos, porque de hecho somos la maldita periferia, ese no-lugar donde todo pierde peso y se eleva poco a poco con dirección al sol como plegarias chamuscadas de penitentes resecos. Acá no existes. Aquí no somos, porque no hay nada donde ser.

Y entonces, desesperados en esta celda de amplitud infinita, nos comportamos como salvajes, a pesar de haber recibido la bendición-diploma de la Secretaría de Educación Pública. El grito abierto mientras se habla de bulto se vuelve el rasgo de los bárbaros. El lenguaje de la barbarie: la carne, la sangre, el fuego, la tierra, el olvido, la desaparición, lo que se esfuma en las noches, fuga de las palabras en el tiempo. Aquí se articula la Nada.

Esta es la frontera con la locura: *¿No la sientes? ¿No te pesan ya esas monedas en la bolsa? ¿No ves los buitres que nos otean desde allá arriba, en algún lugar entre la luz y la ceguera? ¿Has escuchado de las sombras que reinan nuestro siglo?* Hemos construido una «estructura sin sentido lista para el colapso».

Los coyotes huelen sangre en la línea fronteriza, se acer-

can a los animales moribundos y lamen parsimoniosos las heridas y los huesos. A estos animalitos que quieren cruzar la frontera, ya el tiempo les borró las huellas muchos desiertos antes de llegar al río. Somos ya la gula de un tiempo antropófago.

En las fronteras no *se es*, se transita por los bordes, en la no definición, en la improbabilidad de un solo escenario, en las zonas erógenas de la realidad que partimos en asimétricas naciones y pueblos sierreños que piden no ser quemados o en vastos y fértiles terrenos de estados totalitarios. La frontera es el principio de (la) incertidumbre: la incertidumbre primordial.

Transitar los límites también puede ser visto como un estiramiento de la realidad hasta donde nos es posible en nuestras limitaciones físicas y mentales. Y es en los linderos donde el ser se da cuenta, se percata, dimensiona, muere de solo pensarlo, que habita en la locura del tiempo y el espacio, que no hay bordes que sean abismos o profundidades que no puedan convertirse en cimas. En el éxtasis de este pensamiento, los relojes sangran arena en «el delirio luminoso de nosotros».

## §

Hay cierto ritmo en las palabras que Luis arroja aquí y allá, desparamadas y apenas estructuradas en columnas que más bien anuncian su propio derrumbe. Al leerlas, uno siente la quijada trabada que sólo logra escupir cada tres o cuatro t-t-t-tiempos alguna palabra. Un español barbarizado. En el éxtasis de la escritura y el trazo, el castellano pierde su arrogancia y adquiere una textura diferente, masticado y devuelto en un discurso a destajo, con una suerte de estilo que sólo podría entonar Juan Brujo, pues de alguna forma la música de Brujería en conjunto representa una sola canción sobre la barbarie fronteriza. Así pues, *Esperando a los bárbaros* incluye a un Brujo que se vuelve cuenta cuentos:

«UN PUEBLO ENTERO  
OYE LAS PALABRAS DE TERESURREA  
TIENE LOS OJOS HÚMEDOS  
HABLA DESPACIO»

Y entonces el mexicore —aquel engendro que parió el Bol-  
són de Mapimí un 22 de septiembre de 1952— se vuelve arte poé-  
tica de sangre, niñas santas y machetes.

§

Ha llegado la noche y estamos bien sudados, olemos muy mal y traemos la cara empolvada, porque estuvimos todo el día esperando a los bárbaros. El patrón nos ha dicho temprano que nos pongamos a jalar y no estemos diciendo pendejadas. «¿Los bárbaros? ¡JA, JA, JA, JA! ¡Los bárbaros son ustedes, pinches indios pobres!». Pero mañana será otro día. Ya nos acomodamos en el cuarto de madera y lámina al fondo de la hacienda, pero nos movimos de rincón porque en aquél salen alacranes en las noches y se te meten en el culo; preferible morirse de hambre o de sueño que por ronchas con veneno. Ya nos dormiremos y en la mañana podremos despertar temprano para cuando lleguen los salvajes, cuando lleguen los bárbaros y veremos que, aunque muy jodidos, nosotros no somos ellos.

§

Hacia la treintena de páginas encontramos de nuevo un éxtasis, donde la iluminación deviene sombras y en el pecho de la Santa reside la tenebra de la divinidad. Encontramos dos gatos —por lo menos— siendo devorados por la imagen. Los dos animales están tranquilos: el de arriba, negro, mira de frente a una sombra que se dirige hacia él, pero sigue en su postura de espectador, como si viera un teatro que le es ajeno por cotidiano, como si eso lo viera todo el maldito tiempo, de camino al arenero o mientras hunde sus garras

en el cojín del sillón para las visitas; el otro felino —adivinamos, siamés— está abandonando el espectáculo y va camino a su rincón favorito de la casa. Santa seas, Teresa Urrea, patrona de todo lo que no vemos en nuestras sombras los bárbaros.

### §

Es nuestra Santa, la de pueblos donde ya no queda nadie, donde niños, mujeres y ancianos fueron sacrificados por el Progreso, en la horca, a machetazo sucio o con rifles comprados con impuestos. Luego, vinieron las leyes y se acabaron los bárbaros por decreto: santo remedio. Ahora nos preparamos con nuevo armamento y brillantes uniformes, salarios mínimos y plan de pago a plazos fijos; acumulando el capital en las capitales (¡más capital, más capital, más capital!): la carrera armamentística sustituida por la carrera del capital. La Guerra Tibia de los hombres modernos. Teresa es nuestra Santa, en estos pueblos de mi país donde ya nos preparamos para la segunda venida de Los Bárbaros.

## ***2. Última función: memorias, piensos y reniegos***

*Los textos presentados en esta segunda parte fueron escritos gracias al Programa de Estímulos a la Creación y el Desarrollo Artísticos “David Alfaro Siqueiros” en su emisión 2015.*

## SALAS QUE HUELEN A CADÁVER

Si atendiéramos únicamente a eso que ha venido a llamarse la «experiencia cinematográfica», un argumento que defiende las supuestas buenas costumbres del aficionado al cine, como la calidad de pantalla en la más alta definición —aunque quizá si el espectador consultara un oftalmólogo, éste le diría que necesita una nueva graduación para sus lentes—, las últimas tecnologías y las mejores y más cómodas butacas en las salas del país, tendríamos ahí que sólo veríamos unos dos o tres filmes cada treinta días —considerando que las películas «de éxito» duran en cartelera de 3 a 4 semanas—; y ya no se diga en la ciudad de Chihuahua y algunos otros lugares de, según entiendo, el norte profundo.

Las opciones en cartelera, en ocasiones —las más de ellas, hemos de decirlo—, lo único que tienen para ofrecer es el artificio desmesurado con una cobertura que de tan brillante termina por encandilar; malos filmes escondidos detrás de antifaces mercadológicos que se venden en compañía de combos: palomitas y refresco agrandados hacen olvidar la ansiedad al espectador, pues en esta sociedad de neuróticos, el «cinéfilo» no puede estarse quieto por dos horas contemplando la pantalla, necesita algo con qué entretener su fijación oral, su ansiedad, su depresión, su paranoia del mundo exterior. Los *blockbuster* se convierten, así, en una suerte de opiáceo legalizado y altamente redituable.

En esa cartelera que se renueva, o más bien se revuelca —como aquella socorrida gata que siempre era la misma— cada semana, encontramos siempre la saga de temporada, la nueva adaptación del clásico, a la que se ha llamado últimamente *remake*, como si el anglicismo nos pudiera hacer olvidar la palabra «refrito»; en esta cartelera desfilan los actores jóvenes de moda, cuyo tiempo de

vida como estrellas es cada vez menor, y si desean renovar su fama, un escándalo sexual es la condición obligada, pues así está en su contrato; al final de la cartelera encontramos la opción de cine nacional, que se presenta orgullosamente, como si no se tratara de un filme más bien simplón e inocuo cuya única función, para fines de cultura cinematográfica, es la triste plática que se da entre los somnolientos compañeros de oficina por la mañana, mientras esperan a que esté listo el primer café del día: «anoche fui a ver *Nosotros los nobles...* ¿qué hiciste tú?».

Estas opciones están sobrevaluadas. Pero seré claro, pues lo digo de una forma literal, ya que dicha oferta de cartelera *tiene* que existir y *debe* existir público ávido de ella, pues sin esas películas, la industria cinematográfica simple y sencillamente sería insostenible. Pero al llamarlas sobrevaluadas, no se trata de un argumento de esnobismo, sino de una afirmación categórica: se paga muchísimo por ellas. Cuestan más de lo que valen. Por ello, su valor es maquillado por campañas de difusión que tienen como finalidad colocar un producto en el mercado. ¿Dónde quedan todas las películas que viajan por el mundo de festival en festival, cosechando guirnaldas y galardones por su calidad cinematográfica? Esas películas, al menos en mi ciudad, se quedan en una sala de cine que no tiene palomitas de maíz a la venta y a las cuales asisten, por lo general, lo mismos dos o tres parroquianos, esos loquitos de cineteca que permanecen en la búsqueda de opciones de cine.

A pesar de este panorama, que pareciera fatal para el cine independiente —el mismo Robert Downey Jr. ha declarado que no volverá a hacer esta clase de cine, pues, afirma el niño mimado de la industria del cine, más en su papel de Tony Stark que en él, un actor de carne y hueso, ese cine es aburrido y poco redituable—. La verdad eso parece en nuestro país, que el llamado «cine de arte»,

«independiente», «alternativo», etc., está por morir. Pero lo cierto es que la producción de cine, con o sin apoyos oficiales, es cada vez mayor y apunta a su exponencialidad. Las tecnologías, como ya se sabe en este argumento que ya más bien forma parte del cliché de siglo XXI, cada vez son más baratas y están al alcance de todos. El director Peter Greenaway, alejado de La Industria desde hace años y cada vez menos prolífico en cuanto a producciones ortodoxas, afirma que pronto todos estaremos haciendo cine, verdadero cine, con una noción de guion, dirección, actuación, recursos estéticos, etc., con nuestros teléfonos celulares; por ello ha alentado a nuevas generaciones a dejar de lado la noción paradigmática del cine, pues al ser éste un arte tan joven —digamos que está en su adolescencia rebelde—, puede ser cualquier cosa que sus creadores imaginen. Pienso en que una película como *Tangerine* (2015), filmada en su totalidad con tres iPhones 5S, vino sólo a confirmar precozmente el vaticinio de Peter Greenaway.

Aunque, ciertamente, existe en este panorama una decadencia franca: las salas de cine. En España, como revela el documental *¡Copiad, malditos! Derechos de autor en la era digital*, las salas de cine han entrado en un declive producto del libre flujo de la información. Cada vez es más difícil ponerle un freno a este caudal de datos al que podemos hacerle una represa en nuestros discos duros personales y así abreviar un poco de sus aguas claras. Así como la revolución de la tecnología VHS puso en alerta a la industria del cine, de la misma forma la digitalización —que a su vez desapareció los videoclubes: basta ver la quiebra de Blockbuster— ha puesto en jaque nuevamente a los emporios de proyección, que cada vez necesitan invertir más y más recursos en tecnologías para hacerle llegar al espectador una muy cara experiencia cinematográfica que valga la pena pagar, añadiendo las consabidas palomitas y el refresco

que contienen un poco de anestesia simbólica para hacerle olvidar que en su casa bien podría ver todas esas ofertas de cartelera si las buscara un poco en *torrents* o páginas de visionado en línea. Pienso que al ser hidras cuyo alimento es la moneda en curso, las salas de cine no desaparecerán, sino que se adaptarán, estoy seguro de ello, pero lo cierto es que hay momentos en los que, por más perfume de mantequilla y caramelo que se les añada, estas salas huelen a muerto de tres días.

Vivan los foros, donde uno encuentra a *frikis* y cinéfilos obsesivos —este es el verdadero y lúcido pleonasma—, subtituladores que no reciben pago alguno más que ver su nombre al final de la película y donde también se resguardan celosamente los archivos *torrent*, que son indicaciones para encontrar el tesoro escondido en la red. Viva la nube y el hospedaje gratuito y anónimo, que nos permite compartir por el solo gusto de compartir: «Ahí te paso el vínculo para que la veas o la descargues»; huelga decir que nadie cobra por compartir el conocimiento, los más jóvenes lo saben mucho mejor que los viejos, porque éstos se encuentran muy ocupados resguardando los derechos de autoría: el dinero, pues. No conocen la remuneración espiritual del compartir la información a través de un *torrent*. «¿Un qué?».

Si éste que escribe sólo buscara la famosa «experiencia cinematográfica» también estaría muerto por dentro.

## AHÍ HABÍA UN CINE...

«Mira, ahí antes había un cine». Es la frase que uso siempre que paseo por el Centro de la ciudad de Chihuahua con algún amigo foráneo que me visita y me pide que le muestre algunos lugares locales. Quizá la frase se me articula en la lengua y se me escapa por los labios tímidamente cuando me aborda esa conocida sensación del chihuahuense nativo, que ha visto cómo el Centro de la ciudad ha sido transformado, a veces para bien, otras para controversia, en nuevos edificios que por lo general terminan al servicio de la burocracia y el papeleo.

«Es que ahí antes era un cine, en verdad, te lo juro. Ahí me tocó ver...» y sigo con mi perorata como para cambiar el tema y no evidenciar que el cine fue derribado para convertirse en una plaza con fuentes que bailan y brotan hacia el atardecer chihuahuense colmado de elotes y palomas que buscan su alimento al ritmo de, no sin poca ironía, «La marcha imperial», «My heart will go on» —mejor conocida como «La del Titanic»— o alguna otra afrenta al oído del transeúnte. Conforme uno camina las calles del Centro Histórico, la frase se repite y se vuelve muletilla: «Ahí había otro cine».

Así, caminando por las calles, sinapsis de la geografía que como impulsos recorremos, uno se percata de otro paisaje, uno que ya no está presente y sólo habita en los recuerdos, pues ha sido suplantado por toscas planchas de hormigón y estatuas de personajes que, por anacrónicos o ilusorios —fantasías de lo oficialista— resultan más bien ridículos. «Oye, pues de tanto que me has platicado de esos cines de tu ciudad, como que me dieron ganas de ver una peli: ¿vamos a ver qué hay en el Cinépolis de acá?».

Durante estos recorridos, con compañía o en solitario, en lo físico o en el ejercicio de la memoria, he indagado en esas salas

que conocí. Ahora el semáforo se pone en rojo y me detengo frente a la fachada de la otrora Sala 2000; de ella sólo queda la instalación de dulcería en la estancia principal; afuera se lee: «Templo del Cristo de la Zarza», pero el edificio ya ni siquiera es eso, pues arriba de ese letrero hay otro: «SE VENDE OMEGA INMOBILIARIA». Un palimpsesto escrito sobre mis recuerdos de un cine. Me pregunto si los fieles del Cristo de la Zarza comían palomitas durante el culto o si proyectaban milagros en la pantalla del recinto; me pregunto si le daban buen uso a ese cine transformado en templo que ahora está a la venta.

Imagino constantemente el tener el suficiente dinero para comprarlo y adecuarlo de nuevo como rincón de magia en la oscuridad; pondría incluso unos extractores de humo o un área de fumar para los cinéfilos que se empeñan en replicar el cliché del cigarrillo en combo con celuloide; en la dulcería no se venderían palomitas, se regalaría un trago de cerveza o la bebida que el espectador prefiriera; además de proyecciones, mis amigos y yo organizaríamos recitales, presentaciones, fiestas privadas que acabarían hasta el amanecer..., pero vuelvo a lo que tengo enfrente: es una sala mal cuidada que necesitaría unos millones sólo para ser remodelada y puesta en funcionamiento. Esta no es época para los soñadores.

Frente a la extinta Sala 2000 se ubica una de las clínicas más concurridas del Seguro Social en esta ciudad. Ya puedo escuchar los teléfonos de la inmobiliaria sonar: «¿Sí, diga?... ¿De dónde dijo que me llama?... ¿Secretaría de qué?... ¿El edificio del templo cristiano? ¡Claro, es suyo!». El aroma de las palomitas recién salidas combinado con el de folletos que prometen la salvación se esfuma: aquí ya huele a farmacia del Seguro Social.

Si he responder a una pregunta, como quien atiende el ladrillo perentorio de una tesis demandante, esa pregunta tendría que

ser de naturaleza personal: *¿Por qué persigues —con ese deseo y la carga obsesiva de la palabra «deseo»— escribir sobre edificios que ya no existen, que fueron derribados por el olvido o invadidos por una fe que en el fondo también tiene que ver con la luz y la oscuridad?* Estos lugares ya no son, sus cimientos están podridos o fueron quebrados por una constructora ganadora de licitación pública —pues la destrucción de la memoria se hace con todas las de la ley, ¡sí señor, cómo no!—; si ya nadie siquiera recuerda cuáles películas se proyectaban ahí. «No'mbre, dicen que en ese cine iba puro mariguano y pervertido a drogarse mientras pasaban la película: gracias a Dios que lo tiraron e hicieron ese estacionamiento». Y seguimos pagando la entrada al lugar, ahora con un carro, \$ 20 la primera hora, \$ 5 cada una de las siguientes; pero ya no hay películas, ni palomitas, ni siquiera porno.

Entonces me cuestiono de nuevo: ¿para qué escribir de eso que ya se ha ido? Me respondo de inmediato: estas palabras pueden conectarse con otras expresiones similares de la memoria, búsquedas estéticas que se aproximan a una misma fuente de donde emana la nostalgia por el pasado. Y es que algunos todavía nacimos análogos y nos negamos a ser digitalizados por completo. Somos los últimos abanderados de un romanticismo tardío y fútil.

A través de esta sensibilidad compartida, estas palabras parten de un pre-texto llamado *Cine al final*, un documental del año 2011 dirigido y protagonizado por Meritxell Soler, una joven cineasta de Catalunya que junto a su pareja y colaborador Julián Vázquez emprende un viaje hasta el sur de Argentina para buscar los últimos cines del mundo, en un doble sentido, pues se trata de las salas enmarcadas en Tierra de Fuego, último lugar de la Tierra, así como los últimos cines porque están a punto de colgar para siempre el letrero de cierre.

Siento la búsqueda de Meritxell como cercana a la mía, con un lenguaje diferente y las demás distancias que puedan ser

salvadas, pues ella se adentra en su propia película de viaje para recuperar algo que está a punto de perderse. Ella viaja para ser espectadora de una última función, la de los cines que están por dejar de ser, es decir, registrar el momento en el que algo se desvanece irremediablemente para habitar sólo la memoria, algo que yo jamás pude hacer porque era demasiado joven cuando estos cines desaparecieron, ya no pueden ser rescatados ni puede dedicarse un homenaje sentido como último adiós. Estos cines ya desaparecieron. La diferencia, pues, es que este trabajo de recorrer las calles de mi ciudad y recuperar alguna anécdota o un simple boleto de alguna vieja función se trata de una empresa quizá más arqueológica, recuperar un reino de luz que se ha ido.

Entonces, repito la pregunta necia para el investigador que trata de justificarse: ¿por qué haces esto? Quizá por la esperanza de encontrar algo en el camino, como los fieles del Cristo de la Zarza se empeñaban cada día en su culto, de igual forma busco las huellas que fueron sepultadas bajo las plazas con estatuas ridículas y los estacionamientos y las estaciones del nuevo transporte público. En el camino que uno recorre hacia la nostalgia personal puede encontrarse, quizá, alguna memoria recuperada. «Ahí, en la película personal de mi cabeza, hay un cine todavía».

## CINE COLONIAL: APUNTES SOBRE LA ESTÉTICA DE LO TERRIBLE

Cierro los ojos y me concentro, así como lo hacen en las películas, pero no lo encuentro. Me es imposible rastrear mi primer recuerdo sobre el cine. Sólo vienen a mi mente unas cuantas imágenes borrosas, una foto luego de otra, pero sin fecha ni lugar de registro. Sólo estoy seguro de que han pasado algunos años e incontables filmes desde entonces. El tiempo es de naturaleza misteriosa, ya lo sabemos, pues se trata de *eso* que le sucede continuamente al presente y le desfigura los rasgos hacia la mueca del pasado. Ya se sabe también que el futuro es sólo una falsa promesa.

Por fin distingo algo entre el carrete de imágenes que giran furiosas hacia el olvido. No es el primero, pero creo que es un recuerdo significativo, pues me ha revelado la que quizá sea la clave para rastrear y entender un poco sobre esta obsesión que tengo por buscar en la cinematografía estéticas insanas, malditas, sórdidas, rñosas, terribles, ondeantes; esta manía que de repente me dio por el surrealismo, el *gore*, lo extraño, la mugre y por todo este culto a la cochinado visual que sólo los mirones celebramos en la oscuridad y nunca nos atrevemos a revelar en las sobremesas familiares. Vienen a mi cabeza unos cuantos edificios que, hace muchos años, se alzaban en el centro histórico de esta árida ciudad de Chihuahua.

A diferencia de esas familias bulliciosas de domingo a las que nos da por colgarles la etiqueta de «funcionales», la mía era de personas más bien calladas y hogareñas durante los fines de semana. Yo, por lo general, estaba prendado a la programación permanente voluntaria del Canal 5 de Televisa, XHGC: Tortugas Ninja, Volver al Futuro, He-Man y Los Amos del Universo... Sólo en

contadas ocasiones salíamos de paseo, a días de campo, fiestas o, más difícil aún, a una sala de cine. Mi hermana mayor y yo fuimos niños algo huraños, tímidos y taciturnos: mirábamos y permanecíamos callados. Nunca fuimos, pues, de mucha convivencia con otros chicos y chicas de nuestra edad. Así, en nuestros juegos íntimos y el televisor, aprendimos a callar y observar.

De hecho, es justo recordarlo, cuando teníamos una de estas salidas al cine, en el intermedio de la película —«¿jen el qué!?»—, se preguntarán las personas más jóvenes— era yo uno de esos niños de cara triste que se quedaban sentados al lado de sus padres, ya fuera por timidez, excesiva protección o incluso un desinterés extraño por esa tradición ya perdida de corretear y echar maromas junto a otros niños debajo de la pantalla. Me limitaba a observar desde mi asiento y aprovechaba el intermedio para hacerme preguntas trascendentales propias de mi edad: ¿cuál sería el destino del villano? ¿Lograría el héroe darle su merecido, salvar el reino y rescatar a la princesa? ¿Dónde podría conseguir un arma láser como la de la película? Y, lo más importante, ¿me la comprarían mis padres?

Como otros niños de mi generación, también fui aficionado a la lucha libre mexicana y, por consiguiente, al cine de luchadores. Debo acotar que si durante mi niñez no acudí frecuentemente con mi familia al cine, la culpa de ello también fue del televisor, que cumplió eficazmente con la tarea de distraernos de la realidad y, de paso, me llevó a militar en los índices de obesidad infantil de mi país. Sin embargo, como el niño gordo y curioso que fui, revisaba frecuentemente la sección de esparcimiento en el principal periódico de la ciudad, donde un afortunado día encontré que en el cine Colonial se proyectaría una de las tantas películas que protagonizó Rodolfo Guzmán Huerta bajo el personaje de El Santo, en las que

luchaba contra toda clase de extrañas alimañas venidas de los más remotos rincones del espacio o de las tinieblas: momias, zombis, extraterrestres, karatecas, científicos locos, hechiceros, vampiros/vampiresas y hasta la mismísima Llorona.

Eran los últimos años del cine Colonial, al menos como sala de proyección, antes de ser convertido en el actual Teatro de la Ciudad. El Colonial funcionó bajo este nombre casi medio siglo, desde 1947 hasta 1992 cuando sus puertas fueron cerradas definitivamente luego de un periodo de franca decadencia, justo la época en que proyectaban estas películas de luchadores, dignas representantes de un arte *kitsch* nacionalizado.

Yo no tenía más de ocho años, eso es seguro, y aunque el formato VHS me permitía ver esos filmes en la seguridad de mi hogar, nuestro modesto televisor clasemediero —ganado por mi padre en una rifa, según contaba la tradición oral de mi familia— no se comparaba con la experiencia de una pantalla gigantesca. Insistí, pues, para que mi madre me llevara a ver aquel invaluable bodrio de mi cinefilia temprana.

Ubicado en el primer cuadro de la ciudad, la sala Colonial era ya para ese entonces una sala semiabandonada, lúgubre y algo insalubre, a la que acudían seres marginados de la sociedad en busca de un refugio para *monear* a gusto o *chutarse* en la calidez de un recinto y bajo el techo más seguro al que podían acceder. A principios de la década de 1990 las condiciones de aquel cine eran, pues, deplorables y por ello adquirió su mala fama entre los ciudadanos chihuahuistas de recta e intachable moral.

Al parecer todos sabían que al cine Colonial sólo iban «pervertidos y mariguanos», pero nosotros, como ya he escrito, no sa-

líamos mucho de casa y éramos una familia de personas más bien ingenuas. Además, la céntrica sala quedaba a sólo diez minutos en transporte público, lo cual nos daba la certeza de un viaje seguro en la siempre confiable y nunca lo suficientemente valorada Ruta Tres —huelga decir que me refero a una época en la que el transporte público de Chihuahua era funcional y no el doloroso engaño articulado con licitaciones en el que se ha convertido en años recientes—. Luego de insistir un largo rato, quizás alegando un par de buenas calificaciones en la escuela, mi madre aceptó llevarme de buena gana y sin cuestionar mucho las intenciones de su curioso hijo.

A mi memoria escapa ya el título de la película o si el Santo era acompañado por el Profesor Zovek, por Tinieblas o Blue Demon. No logro recordar tampoco el semblante de mi madre una vez que entramos en la sala, pero apuesto que había asco y miedo en su mirada al sentir el piso pegajoso y verlo tapizado de palomitas, envolturas, latas vacías, papel de baño y algunas jeringas usadas. El aire enrarecido de la sala atacaba nuestro olfato con una mezcla de orines, solventes, cigarro, escupitajos y humores corporales de diversa índole. Como reza la manda nacional más bien impuesta: una madre lo hace todo por su hijo. Buscamos dos asientos sin manchas sospechosas y nos dispusimos a ver al Santo, yo con una amplia sonrisa maliciosa.

Unas filas adelante de nosotros estaba un hombre concentrado en una labor de tres tiempos: inhalar, retener, exhalar. Y de nuevo: inhalar, retener, retener, retener, retener... Mi madre lo reconoció, era el «Garó», también conocido como el «Pajas», un adicto y ladrón ocasional con domicilio bien conocido en nuestra colonia al centro-sur de la ciudad, la San Rafael, era el principal sospechoso de haber sustraído del patio de mi casa una bicicleta roja

que pertenecía a mi hermana. El Garo ya se disponía a disfrutar de la película con una bolsa en sus manos cuyo contenido, sin ser palomitas de maíz ni refresco, lo mantendría *pegado* al asiento durante toda la función.

En el cielo de la construcción, unos extraños pájaros pelones revoloteaban de un rincón a otro.

—¿Y esos pájaros, mamá?

—No son pájaros, mijo... ¡son murciélagos!

¡Mur-cié-la-gos! No podía creerlo. Por primera vez en mi vida me encontraba con vampiros de verdad y, como una feliz coincidencia para el asombro infantil, también en la sala había un villano de neta, un maldito, ¡qué digo maldito!, un cabrón ser despreciable de nuestra sociedad, un «¡pinche drogadicto!», como se les dice aún en nuestros días a estos despreciables enemigos de nuestra gloriosísima y aséptica patria.

Lo que hubiera sido una visita esporádica al cine para disfrutar un churro de serie B mexicano, gracias a ese nido de ratas voladoras y «malvivientes», se convirtió en una experiencia iniciática hacia esto que me ha dado por llamar la *estética de lo terrible*. La función del Colonial, con su involuntaria experiencia más allá de la pantalla, fue una suerte de proyección, como ahora se conoce, en «4D». Esa tarde, la sala de cine adquirió un nuevo valor para mí y estoy seguro de que también para mi madre, quien a pesar de sus miedos más arraigados, soportó a mi lado una doble función: el terrible filme del Santo en pantalla y la ruina de nuestro terrible alrededor. Y todo para no interrumpir mi pequeña sonrisa maliciosa, mi gozo temprano de la gran pantalla.

Muchos años después, en esta ociosa búsqueda de mi rela-

ción temprana con el cine, entiendo cómo a partir de esa función algo anómalo, como un ave de mal agüero, anidó en un lugar de mi memoria y no ha dejado de morder ese punto oscuro enclavado en la base del cráneo que a muchos nos obliga a seguir viendo imágenes terribles y sofocantes en pantalla. Ahora es que entiendo el origen de filmes trascendentales en mi vida como *Peeping Tom*, *A Clockwork Orange*, *Blue Velvet* o *Trainspotting*, sólo por recordar unos cuantos donde lo inmundo y lo podrido de la realidad se mezclan con las fantasías que giran en torno al asesinato, la violencia, las perversiones o los placeres prohibidos, respectivamente, todas articuladas por la doble moral del contexto social.

A esta urgencia por lo sucio únicamente he encontrado alivio en la naturaleza del cine como arte de lo explícito, porque pareciera que sólo en la oscuridad los mirones dejaran de ser juzgados y perseguidos. La purísima *mala onda*, inevitable, inminente, insalubre. Cine sórdido o extraño para gente ondeada: Luis Buñuel, Alfred Hitchcock, Dziga Vertov, Věra Chytilová, Samuel Fuller, Maya Deren, David Lynch, Dario Argento, Stanley Kubrick, Alejandro Jodorowsky, Andrzej Żuławski, Jim Jarmusch, David Cronenberg, Arturo Ripstein —y, por supuesto, Paz Alicia Garciadiego—, Roman Polanski, Claire Denis, Ken Russell, Danny Boyle, Michael Haneke, los Coen... esos y otros tantos nombres han alimentado esta voraz monomanía visual que a lo largo de los años también me ha brindado nobles e inefables satisfacciones. Y todo se lo debo a mi madre, Chela.

Aquel edificio del cine Colonial fue uno de los pocos que sobrevivieron a la infame demolición masiva de recintos en el centro histórico de la ciudad de Chihuahua iniciada hacia los primeros años del siglo XXI durante la administración del exgobernador priista

Patricio Martínez, quien en su afán de limpiar la imagen del primer cuadro urbano optó por el camino más sencillo: destruir cualquier refugio para adictos y personas en situación de calle, porque ya se sabe que en nuestro país es más barato deshacerse de un adicto que rehabilitarlo, imagen especular de la arquitectura urbana.

A partir de la caída de estas salas, el centro de la ciudad terminó invadido por estériles plazas públicas con estatuas dedicadas a héroes nacionales, que por el reiterado aleccionamiento de la educación pública ya nos resultan anacrónicos y ridículos. Especialmente célebre es la estatua que Patricio Martínez mandó erigir en la central o «Plaza Mayor» luego de sufrir un atentado en las escaleras del Palacio de Gobierno. Victoria Loya es el nombre de la mujer que fue acusada de disparar a la cabeza del gobernador; ella asegura que no fue así, que alguien más fue quien disparo. «El ángel de Patricio», como es conocida en el imaginario local, se trata en realidad de un arcángel que descansa en lo alto de una columna de unos diez metros de altura, sobre una base giratoria (!) y que porta en su mano una espada (!! ) de la cual se desprende un rayo láser (!!!). Según se cuenta desde entonces, esta peculiar criatura celestial salvó la vida del gobernador, le concedió la fuerza necesaria para reponerse de sus heridas y poder acudir a la penitenciaría de Aquiles Serdán para propinarle una golpiza semanal a Victoria Loya... Según se cuenta.

Los estacionamientos también se convirtieron en una buena opción para gastar algo del erario chihuahuense, pues los carros de lujo que compran los diputados debían ser resguardados de los «malvivientes». Sin lugar donde escondernos, los espectadores quedamos así de rodillas ante el verdadero y más grande vampiro cinematográfico en México: Cinépolis.

Debo agradecer a mi madre también por su dulce permisividad, cuando, ya entrado en mi terrible pubertad, renté el VHS de *Trainspotting*, el clásico de Danny Boyle de 1996 que he mencionado unas líneas atrás. Había leído alguna reseña en la desaparecida revista *Switch*, que en ese momento previo a la masificación de la internet era para mí un referente obligatorio en cuestiones culturales.

Obsesionado por los fotogramas que la revista ofrecía a los lectores, así como la promesa de una banda sonora que me volaría la mente desde la secuencia inicial, corrí al Vídeo Cóndor y pregunté por la disponibilidad del título. El extraño encargado del videoclub —que ahora en la distancia me recuerda a un Franz Kafka medio calvo o un Robert Crumb joven pero decrepito— me dijo que efectivamente la tenía disponible, pero era del catálogo «pirata». Bendita la maldita piratería. Pagué los \$ 15 pesos correspondientes a la renta por un día del VHS y corrí a casa; sin embargo, a la mañana siguiente tenía clase de Física a las ocho de la mañana: ver la cinta tendría que esperar al día siguiente.

En mi habitual descuido de pubertad, dejé a la vista de mis padres aquella película y no la resguardé como hacía con cada extraña pieza filmica que caía en mis manos. Ellos, sin otra intención más que la curiosidad de amorosos padres, se aprestaron a ver la película ya entrada la noche. Por la mañana, antes de despedirme para ir a la escuela, mi madre me preguntó, con su infinita paciencia, ¿por qué andaba yo rentando semejante cochinado de película llena de drogas duras y sexo adolescente premarital! Me puse pálido e improvisé un argumento estúpido para defender aquel filme, como se me hizo costumbre desde ese momento —«crítica cinematográfica», que le dicen—. Argüí la más ridícula de las excusas: «Es que... es que... ¡es que la película te enseña sobre las consecuencias

de drogarte y de... de... de tener sexo sin responsabilidad y todas las otras cosas». Terribles pubertos que fuimos todos.

Hace un par de meses tuve la dicha de volver a ver *Trainspotting* con motivo de su vigésimo aniversario, esta vez en pantalla grande, pues fue proyectada a nivel nacional por la cadena de salas de exhibición ya mencionada anteriormente, que a lo largo de estas décadas ha devenido poderoso monopolio y de vez en cuando nos ha regalado alguna alegría fuera de los habituales estrenos taquilleros del verano. En fin, hemos aprendido a convivir con los colmillos del vampiro clavados en el bolsillo.

Cuando logro ver uno de estos clásicos en pantalla grande lo celebro con el entusiasmo de un adolescente: «¡A HUEVO!», me digo como en un triunfo secreto, pues son filmes que han trascendido al olvido de las masas y las modas; son joyas que han sobrevivido a cuatro películas de *Transformers*, cuatro de *Piratas del Caribe* y otras tantas jugosas franquicias que —en un viscoso doble campo semántico— se nos vienen encima.

Pido una entrada para *La vida en el abismo*, sonrío como aquella tarde junto a mi madre en el cine Colonial y me alegro infinitamente de la estética de lo terrible, porque sin estas imágenes de podredumbre y escoria no podría sobrevivir a la terrible realidad. Durante dos horas reí como un niño con las aventuras de Mark Renton, un heredero de la más pura tradición picaresca adaptada a la angustia de fin del siglo XX. ¡Pues claro! —pensé en la aséptica sala— ¡Esto es lo que quiero ver en mis salas de cine!:

¡Quiero ver a Mark nadar en mierda, en el peor retrete de Edimburgo! ¡Quiero sentir la adrenalina en mis venas con la persecución a ritmo de «Lust for life» de mi querido Iggy Pop!

¡Quiero ver en gran formato todos y cada uno de esos piquetes en los brazos de Sick Boy!

¡Quiero ondearme hasta el asco con la excitante historia basada en la novela de Irvine Welsh —y su memorable cameo, pues es él quien le brinda a Mark los supositorios de opio—, quien nos dice que el futuro es una maldita ilusión del capital y nada importa en realidad porque también, ante el desencanto, puedes elegir no elegir!

¡Quiero que me muestren todos los excesos del mundo en formato amplio, porque para eso existen estas malditas pantallas cinematográficas! ¡Que entren en mi retina y persistan obsesivamente estas imágenes de lo terrible y no me dejen, nunca, descansar!

¡Bailemos, mis mejores y rabiantes amigos, bailemos «Born slippy» del Underworld como en aquel año nuevo de hace diez años, cuando el amanecer nos alcanzó las sonrisas maliciosas de la complicidad! ¡Tomemos una sala del complejo más lujoso de estos cines y ocupémosla! ¡Prendámosle fuego y alimentemos la hoguera con los afiches de *Milagros del cielo*, *Nosotros los nobles*, *El pequeño gran niño*, *Compadres*, *¿Qué culpa tiene el niño?* y todos los demás bodrios por venir!

¡Denme la pinche pútrida suciedad o no me den nada, pues ya sabré dónde encontrar el paliativo para estas obsesiones!

## **Epílogo con sangrita**

Aquel cine Colonial se convirtió en el Teatro de la Ciudad, limpio y sobrio como malviviente venido a cristiano. Se ubica en la calle Ojinaga, entre la calle Tercera y la avenida Independencia, inaugurado en el año 2001; siempre recibe con los bolsillos abiertos a inofensi-

vos festivales de danza y sólo en contadas ocasiones ha recordado su origen como sala de proyección. Mi más feliz recuerdo en este lugar después de aquella proyección del Santo es la de *Macario* (1960) de Roberto Gavaldón, un filme que induce al trance gracias a su poder narrativo y visual, que bien puede ser equiparado —ociosamente, como todas las comparaciones— en un lenguaje nacional e intransferible con *El séptimo sello* (1957) de Ingmar Bergman: nuestra muerte jugando al ajedrez del hambre y la miseria con un campesino llamado Macario.

Cada vez que he vuelto al otrora cine Colonial para ver alguna de estas puestas en escena o proyecciones esporádicas, recuerdo con cariño y nostalgia por la cochinada el persistente aroma del Resistol 5000 y miro al cielo del teatro buscando algún mamífero alado sediento de mi sangre.

## ¿Y DÓNDE QUEDÓ EL CINE CHIHUAHUENSE?

### (Testimonio de otra propuesta rechazada)

A ver, tiremos unos datos para comenzar esto, como mucho les gusta a las instituciones convocantes: en 2019, en México se realizaron 216 largometrajes de todo tipo de género, que tuvieron la posibilidad de proyectarse en 955 complejos cinematográficos y 615 espacios alternativos de exhibición a lo largo y ancho de nuestro país, llegando a un total de 35.2 millones de personas espectadoras de cine mexicano.

Por si estas cifras más que impresionantes fueran poco, del total de esos filmes, destaca que 93 fueron óperas primas y además se produjeron 618 cortometrajes. Sobra decir que más de una de estas producciones fue hecha por personas chihuahuenses, según nos da cuenta el *Anuario Estadístico de Cine Mexicano 2019* realizado por el Instituto Mexicano de Cinematografía (IMCINE).

El *Anuario* de IMCINE es una de las herramientas más valiosas con las que cuentan no sólo las personas que se dedican a la industria cinematográfica, sino también quienes nos enfocamos al trabajo de generación de públicos y a la difusión del cine en nuestros muy diversos lugares de residencia. Las cifras que muestra anualmente, desde hace ya 10 años, son un testimonio duro de cómo el cine cada vez es más en lo cuantitativo y lo cualitativo.

Cada vez son más los filmes que se producen en diversas latitudes del país, incluso cuando no existen en todos los lugares escuelas de cine formales, pero sí una cámara y unas manos curiosas que la sostengan en un encuadre mágico. Cada vez son más variados estos filmes, pues la tecnología ha venido a, cada vez más, democratizar la imagen. Las diversas experiencias humanas, en los resquicios donde anida la luz, se muestran como inéditas en el panorama del cine na-

cional, y transforman este concepto homogéneo en un caleidoscopio de formas de vida a través de la lente: cine hecho por mujeres, cine hecho para niños, cine hecho desde territorios indígenas en resistencia, cine de las cotidianidades urbanas, cine diverso.

Y a pesar de esos números fríos de la estadística anual, y a pesar también de esa diversidad filmica inédita y asombrosa que se desprende de la revisión minuciosa de las cifras, todavía encuentro frecuentemente en redes sociales digitales o en las charlas análogas de café una pregunta que me incomoda y me reta al mismo tiempo, porque a la luz de la producción filmica nacional no logro entenderla. Esa pregunta dice así en bocas ajenas: «¿Por qué en México no se hace buen cine?».

Más que una duda legítima, quiero pensar que se pregunta eso con el afán de evidenciar un cine mexicano que llega a las salas comerciales de las dos grandes cadenas de exhibición, que por lo general se trata de comedias románticas con actores reconocidos por su trabajo en series de televisión y películas también ya conocidas. Es decir, las personas que preguntan retóricamente por qué no se hace buen cine, están accediendo sólo a la punta del *iceberg* de la cinematografía que en México se hace día a día con tanto esfuerzo, a veces con apoyos gubernamentales y otras tantas —no contabilizadas por el *Anuario*, por cierto— sin dinero oficial, sólo con muchas ganas e imaginación.

La conclusión a este planteamiento es más bien una nueva pregunta que me surge de manera genuina: ¿cómo hacemos para llevar el cine a la mirada del mayor número de personas? ¿Cómo hacer para que este cúmulo de personas sea lo más variado posible y que incluya múltiples experiencias humanas de diversidad chihuahuense? Buscar la respuesta no es sencillo ni simple, pero sí esperanzador, pues las tecnologías de la comunicación están de nuestra parte en la ardua

tarea de generar públicos y espacios para el cine mexicano, incluido el cine que se realiza en el estado de Chihuahua.

De la misma forma, la tecnología está de nuestra parte cuando pensamos que al llevar el cine a nuevos públicos y espacios, sobre todo aquellos situados en los márgenes de la experiencia social urbana —la sierra, los asentamientos periféricos, los municipios más alejados del estado—, más de una persona se asombrará con la proyección a tal punto de querer ella también contar una historia a través de las imágenes en movimiento.

He sabido en más de una ocasión que en las comunidades rarámuri de la sierra las personas se sienten identificadas y representadas al ver la proyección de *Tarahumara (Cada vez más lejos)* del director Luis Alcoriza, un filme de 1965 que es usado por asociaciones civiles del estado para poder realizar trabajo de reflexión comunitario con las personas. Estoy seguro de que más de un niño rarámuri querrá saber cómo él puede también hacer una película y mostrarla a su comunidad.

Pensemos incluso más allá. Imaginemos, por ejemplo, que podemos preguntar a esos niños y niñas qué es lo que quieren ver en la gran pantalla, hagamos un taller de cinematografía y produzcamos pequeñas grandes obras maestras del cine rarámuri que luego viajarán por los festivales del mundo para, finalmente, volver a su comunidad y ser proyectados ante el resto de la comunidad. Es tan ¿fácil? como llevarles una cámara, permanecer y escuchar atenta y respetuosamente lo que quieren hacer con esa herramienta. De esta manera encontramos parcialmente la respuesta a la pregunta principal: en la participación social está la generación de públicos diversos.

El ejemplo se refiere tan sólo a uno de los pueblos indígenas que habitan en la Sierra Tarahumara, pero podemos pensar tam-

bién en los otros tres: pima, warijío y tepehuán. ¿Qué les gusta ver en la pantalla? ¿Con qué historias se identifican? ¿Qué quisieran ver en un cine? ¿Qué experiencias tenemos por aprender de ellos y ellas a través del cine? ¿Cómo se imaginan un cine en su comunidad? Tantas preguntas y tan poco tiempo.

Pensemos este mismo modelo de *participación cinematográfica comunitaria* con las personas migrantes que pasan por Chihuahua, pensémoslo con las personas indígenas que viven en asentamientos urbanos en Chihuahua, Ciudad Juárez o Cuauhtémoc, por decir los más grandes; pensemos en la experiencia filmica que podría resultar de generar proyectos con las trabajadoras de maquiladora en la frontera, de los niños hijos de la violencia, pensemos las posibilidades del cine en la sociedad, como entretenimiento, pero también como espejo de la misma.

Un ejemplo de éxito de lo propuesto es el programa de Polos Audiovisuales del IMCINE<sup>4</sup>, que durante los últimos cinco años, por medio de sus módulos de capacitación, ha logrado generar proyectos diversos con enfoque comunitario en varios estados de la República. De alguna forma es tomar este formato, adaptarlo a la pertinencia cultural en el estado de Chihuahua y generar productos audiovisuales que verdaderamente representen a las personas participantes.

Al trabajar en coordinación con las instancias de cultura estatales, el programa de Polos Audiovisuales de IMCINE se apoya en gran parte en los recursos y capacidades de gobierno para lograr la experiencia de formación de cortometrajes documentales y vincular a los miembros de las comunidades. De ello, se deriva que las instancias de cultura gubernamental, incluyendo a la Secretaría de Cultura de Chihuahua con quienes han trabajado en los últimos 4 Polos Virtuales para su modalidad 2020 debido a las medidas de prevención por la pandemia de Covid-19.

tres años, tienen la posibilidad de fortalecer esa experiencia por medio de programas enfocados a la participación ciudadana en todo el estado de Chihuahua.

No está de más mencionar un ejemplo destacable de lo que se puede llegar a lograr con este tipo de metodología participativa y el apoyo necesario que requiere la producción cinematográfica, pues el cortometraje documental *Fariseos* (2018) del cineasta juarense Ángel Estrada Soto, en el cual cuenta la historia de Ramiro, un joven rarámuri de la colonia Tarahumara en Ciudad Juárez que es detenido y asesinado por policías. Ángel muestra la búsqueda de justicia de la familia de Ramiro y al mismo tiempo da cuenta de cómo funciona el sistema de justicia rarámuri en los asentamientos urbanos.

El cortometraje de Ángel Estrada, apoyado por las becas del programa Ambulante, es un esfuerzo más que encomiable por visibilizar a sectores sociales subalternizados por su condición étnica y económica, al mismo tiempo que es también un ejemplo de los alcances de una metodología tan sencilla y respetuosa como la participativa en las comunidades diversas del estado de Chihuahua: formas de aproximarse a la otredad sabiendo que uno también es el *otro*.

La Secretaría de Cultura de Chihuahua tiene a partir del 2020 la oportunidad de dirigir su esfuerzo institucional a la mejora de las condiciones sociales por medio del gran abanico de posibilidades que conlleva la palabra «cultura». El cine es una de las herramientas más fuertes que se tienen para esto, pues nuestra cultura está fuertemente asentada en lo visual y en las narrativas que durante el siglo XX florecieron en un llamado «séptimo arte».

Llevar cine a los confines del estado de Chihuahua es tan sencillo como tener un proyector de gama alta, una planta generadora de luz eléctrica, a gas o diésel y, lo fundamental, un público

ávido de imágenes en la pantalla; el resultado es un espacio alternativo de exhibición al que pueden llevarse los resultados audiovisuales comunitarios. Como dije, la tecnología está de nuestro lado, el cine es noble con sus asombros y posibilidades.

Sin embargo, no basta con generar, proyectar y ampliar los públicos del estado de Chihuahua, también es necesario tener un respeto absoluto por ese trabajo y por el que se ha hecho durante por lo menos medio siglo: a la Secretaría de Cultura le es urgente generar o fomentar la investigación filmica histórica del estado, para de esta forma poder conservar y preservar el legado cinematográfico que se ha hecho, se hace y se seguirá haciendo en Chihuahua.

También surge entonces la necesidad por recopilar y catalogar mediante los más altos estándares de archivo el material audiovisual que habla de la historia de Chihuahua, de su diversidad, sus problemáticas, sus momentos y coyunturas recientes, ya se trate de un filme producido con una intención cinematográfica, de documentos audiovisuales de lo que en su momento fue la Revolución Mexicana, o sobre los pueblos indígenas, el asentamiento de la industria en el estado, etc. Estas imágenes deben ser rescatadas y preservadas mediante una curaduría que rescate su valor como documento y lo ponga al servicio de la investigación académica y particular de quienes así deseen consultarlo.

A la par de este acervo, es necesario recopilar las producciones cinematográficas que se han realizado en el estado de Chihuahua con fines de exhibición de audiencias en las últimas décadas para preservarlas también, a la par de difundirlas al público en general. La opción más pertinente para esta difusión es actualmente la creación de una plataforma de visionado de acceso gratuito para la población, la cual respondería a la cada vez mayor demanda de contenidos en dispositivos móviles y computadoras personales.

Ejemplo notable para replicar es la plataforma de *Filmin Latino* que funciona parcialmente con recursos del IMCINE.

No es descabellado pensar en que la Secretaría de Cultura de Chihuahua puede fácilmente generar su propia plataforma de visionado para el goce y disfrute de todas las personas que tengan acceso a internet en sus casas. El modelo que se menciona es fácilmente replicable incluso con el apoyo del mismo IMCINE. De igual forma, existen esfuerzos independientes de plataformas cuyo código de programación es abierto y de libre acceso para quienes deseen y tengan el conocimiento para modificarlo y adaptarlo para sus propios fines: léase *PopcornTime*.

A la par de esta plataforma, la manera de difundir el quehacer cinematográfico del estado de Chihuahua también se puede dar mediante la coordinación con complejos y salas de exhibición a nivel estatal y nacional, así como plataformas de visionado en línea como Netflix; es fácil entablar pláticas para, en un primer paso, entender cómo funciona el catálogo de exhibición de estas opciones con el objetivo futuro de entablar diálogo y proponer cómo enriquecerlas con los filmes chihuahuenses. Las posibilidades son amplias y prometedoras.

Todas estas acciones están encaminadas a responder la pregunta principal: ¿cómo hacemos para hacer llegar el cine a más y diversas personas en Chihuahua?, para así ya no escuchar aquello del «mal cine mexicano», como un estigma que proviene más de un desconocimiento de todo lo que es y representa el cine en nuestro país y en nuestro estado.

Huelga decir que esta serie de acciones es también una manera de posicionar naturalmente, mediante la inercia de una bola de nieve que crece a su paso, el estado de Chihuahua como un destino para las filmaciones del país y del extranjero. Pues en la medida

en que comprendamos lo que existe en el territorio estatal y las personas que en él habitan, será mucho más sencillo poder comunicarse con una productora como Legendary Pictures y Villeneuve Films para preguntarles si ya contemplaron filmar algunas de las escenas para la nueva versión de *Dumas* (aún por estrenarse) en el desierto mexicano, tal como sucedió con la versión original de David Lynch en 1984. Los paisajes y la amplitud del territorio chihuahuense, si se quiere, también están del lado del cine.

\*

Posdata: Bien, ahí está todo esto, planteado como se redactó originalmente, en los usos y costumbres de las instituciones de cultura, pero en el fondo lo que esta persona piensa es que el estado de Chihuahua, a través de la Comisión Fílmica convocante, no tendría por qué ser *sólo* un paisaje en el cual filmar con derramas económicas y proyección hacia el exterior. O sea, ¿cómo para qué o qué? Mejor privilegiemos que las personas, todas ellas, en especial aquellas en situaciones de vulnerabilidad y subalternidad que jamás han tenido la oportunidad de ver o hacer cine, accedan a la creación y disfrute cinematográfico, a espacios de proyección y aprendizaje comunitario en los que nos enseñen sobre su realidad. Desde las instituciones, cedamos la cámara y guardemos silencio. Si no, ¿pa' qué?

### *3. Condición blanca*

Es el año 2008 y estoy estudiando la universidad. Las balaceras se nos han vuelto la noticia principal de cada día, a veces con variantes de violencia que encuentran su propia jerga: «encobijados», «levantones», «extorsiones» por «derecho de piso» (!), «narcoejecuciones», «narcoesto», «narcoaquello»... Los grupos del crimen organizado ya se instalaron en el estado de Chihuahua y nos están robando la tranquilidad física, mental y emocional. Hasta la fecha en que recuerdo y escribo esto, no he escuchado de un intento serio por describir el daño emocional y trauma que sufrimos desde esos días de sangre y balas, para cuantificarlo, para entenderlo, para superarlo, pero de algo estoy seguro: los medios de comunicación y el gobierno no contribuyeron en nada para darnos tranquilidad colectiva, al contrario.

Recuerdo en particular la tarde en que me arrebataron la tranquilidad. Cine club de Filosofía y Letras, clase de apreciación cinematográfica con mi querido maestro César Sotelo. Veíamos el clásico musical *Cabaret* (1972). No alcanzamos siquiera a ver un par de escenas cuando los celulares de quienes tomábamos la clase comenzaron a sonar una y otra vez. Eran mensajes para alertar sobre un supuesto toque de queda que habría anunciado uno de los grupos criminales que disputaban la plaza de la ciudad de Chihuahua ese año. César Sotelo detuvo la proyección y anunció, furioso, triste, pasmado, temeroso, profundamente indignado, que debíamos irnos a casa cuanto antes. De camino a casa, vimos desiertas las principales avenidas de la ciudad, sólo habitadas por un silencio terrorífico. Así comenzaron las pesadillas frecuentes.

\*

Es marzo del 2010. Hace un par de meses que egresé de la universidad y entonces consigo mi primer trabajo como corrector de estilo,

luego editor, en un medio de comunicación local: Omnia Noticias. Estoy, pues, en primera fila [aunque sería más preciso decir: palco privilegiado] para presenciar y documentar el horror de la «guerra contra el narco», cada evento más violento que el anterior, como si cada día se tratara de una competencia macabra del crimen organizado por superar sus propios límites.

\*

Es julio del 2010 y mi compañero Guillermo «Memo» Alcaraz es asesinado de varios disparos afuera de nuestras oficinas. Es sábado por la tarde y es mi día de descanso, me toca ver la fachada de Omnia en los otros periódicos locales. Recuerdo que sólo llegué a cruzar un par de palabras con Memo en alguna ocasión; pienso en Gaby, su pareja y también compañera de trabajo en la oficina. Pienso en Gregorio, el reportero de policiaca [el mejor, el más sensible, el más cuidadoso y pulcro con su cobertura que conocí en mi vida], pienso en lo que se debe sentir cubrir el asesinato de tu propio compañero de trabajo. El lunes por la mañana, cuando llego a la oficina, veo por primera vez las marcas que una bala deja en una pared.

\*

El horario de oficina ha terminado, todo el equipo está en casa, aunque esto es más bien un decir, pues al trabajar en un medio de comunicación desarrollas un horrible vicio de estar pendiente todo el día, todo el tiempo, de aquello que está sucediendo fuera de casa: «monitoreas» a otros medios para ver quién tiene la noticia primero, comparas los enfoques, retrocedes a los archivos para complementar lo que estás leyendo, vas a la cama y sueñas lo que acabas de leer, así en un bucle que ningún departamento de recursos humanos de ningún medio de comunicación tiene en cuenta a la hora de

hacer la nómina y revisar los registros de entrada y salida laboral.

«¡La noticia nunca descansa!», presumen altivamente los dueños de estos medios de comunicación, quienes por lo general son experiodistas venidos a empresarios cuya labor más cercana al periodismo es buscar chismes políticos para escribir apresuradamente una columna de opinología, donde siem-pre recurren a metáforas gastadas y ridículas sobre el juego de ajedrez: «¿Quién será el alfil para la candidatura del PAN? / El PRI hizo un enroque a la campaña panista». El horror.

«La práctica usual consistía en otorgarle a un hombre una columna como recompensa a sus servicios distinguidos como reportero. De esta manera se perdía un buen reportero y se ganaba un mal escritor», decía Tom Wolfe en *El nuevo periodismo*, como una descripción trasladable y precisa para la plétora de medios digitales que invadieron la banda ancha de Chihuahua durante aquellos años, casi todos financiados total o parcialmente con recursos públicos por la vía de la famosa [y hasta la fecha en que esto se publica jamás regulada] «publicidad oficial» que proviene de los tres niveles de gobierno. Los medios ~~eran~~ son vocerías oficiales que se esconden detrás de la palabra «objetividad», como si ésta pudiera ser alcanzada o siquiera deseada por el periodismo.

\*

16 de diciembre de 2010. Jueves por la noche. Marisela Escobedo se prepara para ir a descansar en la tienda de campaña que ha instalado frente al Palacio de Gobierno de Chihuahua, en la plaza Hidalgo y junto a la Cruz de Clavos colocada en memoria de las miles de mujeres asesinadas en Chihuahua al menos desde 1993. Marisela está ahí para demandar justicia para su hija Rubí Marisol Frayre, asesinada en el año 2008 por Sergio Rafael Barraza, pareja de la jo-

ven. Rubí tenía sólo 16 años cuando fue asesinada y después botada en un basurero por Sergio, todo esto sucedió en Ciudad Juárez, uno de los puntos más lastimados por la guerra iniciada y jamás asumida por el expresidente genocida Felipe Calderón. Sin embargo, el plantón de Marisela también es una acción sumamente incómoda para el nuevo gobernador, César Horacio Duarte Jáquez, porque señala no sólo a su administración, sino a la de toda su estirpe priista, desde el gobierno de José Reyes Baeza, incluso más atrás. La impunidad es un laberinto deletéreo del que poco sabemos la ciudadanía de calle. Pero Marisela hace tiempo que dejó de ser una ciudadana común, se ha convertido desde el 2008 en una experta en temas forenses, jurídicos, ministeriales... se ha convertido en «activista», una palabra que se vuelve cotidiana conforme la violencia de la guerra se devora a las personas amadas.

El plantón de Marisela le recuerda al gobierno de César Duarte y la estirpe priista que ella ha hecho todo el trabajo de investigación para esclarecer el crimen de Rubí, pues fue ella quien localizó a Sergio Rafael en Zacatecas, fue ella con sus propios recursos económicos y de inteligencia, fue ella quien hizo el trabajo que la justicia en pacto con la impunidad jamás hizo. Fue Marisela quien les puso a Sergio Rafael en el juicio donde fue absuelto y liberado por la triada de jueces Catalina Ochoa Conteras, Nezahualcóyotl Zúñiga y Rafael Boudid. Es jueves por la noche, vísperas de Navidad. Marisela está lejos de casa, pero es más importante permanecer en la plaza y resistir hasta el final. Es 16 de diciembre de 2010. Marisela se prepara para ir a descansar...

\*

16 de diciembre de 2010. Jueves por la noche. El horario de oficina ha terminado, todo el equipo está en casa. Pero la noticia nos arre-

bata la tranquilidad del descanso. Marisela fue asesinada. Intentó escapar, intentó entrar en Palacio de Gobierno, pero —una vez más— le cerraron las puertas. Su cuerpo quedó tendido en la banqueta fría. Al enterarnos, nadie quiere aceptar, no podemos creerlo, pero sí, pero no, pero sí... Ella mismo lo dijo: «Si me van a matar, que me maten frente a Palacio de Gobierno», pero no quisimos escucharla. Como siempre pasa con los ídolos, con los maestros de vida, con la familia y otras personas que entrañamos, la creíamos inmortal. Y es que lo parecía.

En ningún momento recibimos una orden para cubrir la noticia, nos organizamos casi por inercia. Desde la fuente policiaca, Gregorio Prieto nos actualiza información que surge a cuentagotas, la más importante es que existe un video captado por una cámara de seguridad instalada en Palacio de Gobierno. Nadie quiere mirarlo, porque sabemos que quedará grabado para toda la vida también en nuestra memoria.

Patricia Mayorga es nuestra jefa de información. Después de mi educación universitaria, es Paty quien me ha seguido enseñando sobre periodismo, edición, sobre los temas de interés social de Chihuahua, lecciones sobre la sensibilidad y empatía, pero sobre todo me ha enseñado de la amistad y la reciprocidad y cuidado de trabajar en equipo. Es ella quien mantiene al equipo de información más unido que nunca, es ella quien nos dirige pero también confía en nosotros y nosotras para cubrir tal o cual fuente de información, al mismo tiempo que nos da el ejemplo de ética y profesionalismo al aventurarse con todo cuidado en coberturas más bien peligrosas en la Sierra Tarahumara. Si no fuera por Paty, por su calidez, su humor agudo e interminable, sus consejos y su amistad incondicional, todos estos días de violencia habrían acabado con mi salud mental y mi estabilidad emocional. Gracias a ti, Paty, después de lo

de Memo, fue que dejé de tener miedo y vivir paranoia al salir de la oficina y caminar hacia la estación de autobús. En más de una ocasión pensé en renunciar a este trabajo, porque toda esa información de la realidad me rebasa. Pero fue principalmente por tí, Paty [y Goyo, Nabil, Sarahí, Jairo, Ray, Sandy, Cruz...], que lo intenté y lo logré. Y en el camino he aprendido una o dos cosas del periodismo. Y siempre te estaré agradecido por eso.

\*

Por un lado, la violencia invocó una serie de términos para designar las atrocidades que trajo a la vida de la ciudadanía: los «narcomensajes», los «levantones», etc. Pero al mismo tiempo que replicaban este lenguaje de la sangre, los medios de comunicación se empeñaban [hasta la fecha] en introducir eufemismos para hablar de las muertes violentas: «perdió/le arrebataron la vida». No, fue asesinado. La vida no es un calcetín para extraviarla ni una apuesta deportiva para perderla. Aunque, eso sí, los medios de [in] comunicación se encargaron muy bien de hacer ver a la violencia como una actividad acaso recreativa, un deporte digno de ser transmitido en tiempo real [«¿quién llegó primero a la escena del crimen? ¡Tráeme imágenes frescas!»], pedían los editores para incrementar la audiencia], por lo tanto, susceptible de apuestas: van diez mil y un título de propiedad para el Cártel de Juárez contra tu Sinaloa. El término «ejecutómetro» [hasta la fecha vergonzosamente vigente en más de un portal «informativo», incluido Omnia Noticias] es una clara muestra de cómo la muerte se convirtió en una burda cuestión de cifras.

\*

Es el 2011. La cobertura del asesinato de Marisela y el seguimien-

to que hicimos no le ha gustado para nada a nuestro «jefe», o sea, al dueño del periódico, Antonio Payán. Pareciera que a alguien no le viene bien el registro puntual de los hechos, ni el acercamiento a las víctimas y la exposición de planteamientos que hacen alusión al poder detrás de un crimen. Aunque no sabemos muy bien a quién no le conviene, y quizá para nuestro trabajo sea mejor el no saber, pues acaso Marisela «sabía demasiado». Pero tampoco queremos autocensurarnos —esta práctica tan común en los medios que reciben dinero público de los gobiernos—; lo que queremos, por lo menos, es dejar un registro puntual y respetuoso de toda esta locura que está pasando en Chihuahua. Aquí es cuando inicia el declive de nuestro equipo de trabajo periodístico. Las coberturas de Paty se fueron haciendo menos y cada vez más difíciles; el departamento de recursos humanos/administrativos argumentaba que los horarios de entrada y salida, que los viáticos, que la chingada... A la nómina no le importa la información: esa es una regla que no hay que olvidar cuando se labora en los medios de comunicación.

Lo que terminó por derramar el vaso y desbordar todo el equipo de redacción fue el despido del señor Cruz Loera, uno de los más cuidadosos redactores periodísticos con los que uno podría trabajar. Cruz era no sólo la pulcritud de cada nota generada en la redacción, también era un pilar del equipo, con su serenidad y humildad nos cobijaba al resto; de él aprendí innumerables lecciones tanto de corrección de estilo periodístico como de ética y calidez humana. A partir de su despido, nada volvió a ser lo mismo, tanto en lo personal como en el proceso de edición del portal y las ediciones impresas. Fue el mayor error y la más grande afrenta que pudieron haber cometido contra nuestro equipo periodístico.

\*

Es 2012, año electoral para el país, época ideal para estancar la ya difícil labor cotidiana del periodismo. Trabajar en un medio de comunicación durante época electoral implica estar obligado a redactar incluso contra tus convicciones y tu propia ética, todo por el sueldo. A toda costa tratas de no hacerlo [bueno, hay quienes se sienten cómodos con ello, no cabe duda], pero al final vienen las órdenes de «arriba», en un sistema vertical de poder que nunca terminas de entender porque no asistes a los desayunos con los políticos que acechan voraces las presidencias, gubernaturas, diputaciones, senadurías y municipalidades. Tú sólo eres alguien que debe acatar órdenes para poder cobrar su nómina quincenal.

\*

Es abril de 2012. El candidato por la coalición del Partido Revolucionario Institucional y el Partido Verde Ecologista de México, Enrique Peña Nieto y su esposa, la exactriz de telenovelas de Televisa Angélica Rivera, visitan la Sierra Tarahumara durante la campaña electoral. En su visita, Peña Nieto se **disfraza** de rarámuri y promete erradicar el hambre, la pobreza y la marginación en las comunidades indígenas en Chihuahua y blablablá, acompañado del gobernador César Duarte y el exgobernador de Chihuahua Patricio Martínez.

Payán está particularmente interesado en que se difunda la visita del candidato a la presidencia de México y ordena estar pendientes de los boletines que surjan [pues la fuente principal de un medio de comunicación comprado por los intereses políticos son justamente los boletines «oficiales»]. Una tuerca o un tornillo en mi sentido común salen disparados cuando leo el boletín de la oficina de Enrique Peña Nieto, el cual deseablemente yo debe-

ría replicar sin cambiar ninguna palabra o signo de puntuación. Copiar y pegar. Por alguna razón, por odio ciudadano o rencor irracional contra el sistema, decidí nombrar aquella nota como «A pesar de veda electoral, candidato Peña Nieto graba anuncio de campaña en Sierra Tarahumara». Me hierva la sangre y le deseo todo el mal a Enrique Peña Nieto. Todo es irracional en este punto. Entra una llamada al celular de mi jefe, es Enrique Serrano, coordinador de campaña de EPN en Chihuahua. Me siento tan liberado, ejercer la furia a través de una publicación. El jefe me manda llamar a su oficina. Malditos priistas, malditos panistas, pienso camino a la jefatura administrativa. «Me acaban de llamar para avisarme de esta nota, ¿qué tienes que decir al respecto?». Que fui yo, que siempre quise escribirlo, que en estas manos siempre ha estado el odio contra el sistema y los partidos, que fui yo y nada puede hacerme cambiar de opinión. Soy el periodista con menos credibilidad de este estado. Quiero prenderles fuego a todos los priistas, quiero que ardan y sean destruidos ante la mirada pública. Si en este momento tengo alguna posibilidad de exponer a estas alimañas y encaminarlas a la hoguera, yo soy el responsable, aquí estoy y daré la cara. Que muera la estirpe priista de Chihuahua. Nos hacemos de palabras, lo llamo «corrupto y vendido» —una mera descripción técnica— y termino por renunciar a ese trabajo que bajo estas condiciones de cinismo es francamente insostenible. Ahí te *wacho*, Payán. Es momento de buscar otro trabajo.

\*

Buenas tardes, estimada Lic. Mussolini:

Se comunicaron conmigo del departamento de la universidad

para informarme sobre el puesto laboral que están ofreciendo en su oficina. Estoy buscando nuevas opciones para desarrollar mi formación profesional, por lo cual envío mi currículum para que sea evaluado y ser considerado en el proceso de selección.

Saludos cordiales...

## [UN INTERLUDIO] ESCRIBIR EN CÁMARA LENTA

...Está bien, si tanto insistes, con esa mirada ojerosa y tu corbata mal anudada, te lo voy a contar, porque creo que ya estás en edad de saberlo y has llegado al momento de tu vida en el que te preguntas: ¿qué carajo he hecho todos estos años?, ¿cuándo dejé de andar en patineta y me compré este carro?, ¿hace cuánto que no escucho una banda en vivo que me sorprenda?, ¿en cuál de mis incómodos pantalones de vestir traigo ese agujero en el bolsillo por donde se me cayó el asombro en alguna alcantarilla camino a la oficina?

Pues bien, conseguí aquel trabajo hace un año y medio, luego de pasar por una de esas etapas a las que comúnmente la gente gusta llamar, seca y fríamente, «desempleo», quizá porque no encuentra un concepto que designe eficazmente la ausencia de responsabilidades cotidianas sin imprimirle en dicha acción una carga moral condenatoria y peyorativa.

Antes de conseguir el empleo, viví cerca de medio año como un auténtico sibarita frugal —defiendo el oxímoron— disfrutando de la risa de mis amigos más queridos, en las calles o en mi departamento, pero acompañados siempre de bebidas nocturnas; tenía tiempo para deleitarme; por las noches el tiempo se dilataba en todas esas lecturas que había postergado desde que salí de la universidad y nunca pude concretar debido a la carga de trabajo en aquel infame medio de comunicación. Si tengo que usar la palabra nuevamente, fue una memorable etapa de desempleo; no sabía que mi preocupación por el dinero me llevaría a despedirme de esos días y a entrar en una especie de pesadilla.

A pesar de que las responsabilidades y mis tareas diarias consistían básicamente en la edición y el manejo de la palabra escrita,

para lo cual, debo decir, estudié mi carrera universitaria y por lo tanto debía sentirme afortunado por ello, cada mañana extrañaba la holgazanería, despertar tarde y cocinar sin prisa el desayuno para después dedicar el día a leer, pasear o escribir. «Entrevistar a los ingenieros, constructores y empresarios de Chihuahua, todo sea para aumentar mi currículum y pagar la renta», pensaba en los momentos de mayor carga laboral. Prácticamente pasé todo el año 2013 encerrado en una oficina, en ocasiones hasta por 12 horas continuas y con una sola comida al día, y todo para ganarme, irónicamente, «el pan de cada día».

Uno permanece sentado frente al monitor como una obligación hacia la angustia, con un grillete marcado con la fecha límite de uno o varios proyectos, con la esperanza de que llegue la quincena y con ella un fin de semana de derroche y placer momentáneo que nos haga olvidar el estrés acumulado durante las últimas dos semanas. Una fotografía de un acelerado proceso de deshumanización.

Hacia finales de ese año, descargué de manera gratuita *Escritos para desocupados* (SUR+ Ediciones, 2013), el libro que Vivian Abenshushan escribió a partir de que decidió abandonar la ocupación laboral, justo después de tener una revelación en las calles de Buenos Aires cuando vio un estencil de Mr. Burns que aconsejaba:

«MATE A SU JEFE: RENUNCIE».

Sin embargo, de todo esto me enteraría tiempo después, ya que mi trabajo de ocho a eme a ocho pe eme no me permitió en ese momento dedicar la atención que la publicación de Vivian requería: uno más a la larga lista de lecturas pendientes.

Las jornadas de trabajo continuaron cada vez de forma más abrumadora; yo, cada vez con menos ánimos de realizarlas;

el ambiente en la oficina, enrarecido como una consecuencia natural. Decidí abandonar mi puesto, sin importar qué fuera a decir cualquier persona ni el dinero que dejaría de percibir. ¿Qué alegraría? Culminar proyectos personales pendientes, el más socorrido de los argumentos eufemísticos que en el fondo esconde la última verdad del horario de oficina: preferir el desempleo y la eventual pobreza monetaria en lugar de la idea de éxito inculcada por medio de refuerzos condicionantes cada quince días. «Abrazaré el supuesto fracaso porque desde aquí parece un lugar más reconfortante», me dije al tomar la decisión.

Dejar mi puesto no fue fácil, pues requería de encontrar a una persona que me sustituyera y aprendiera todo lo necesario: «capacitarla», le dicen a esa recta final hacia la alegría desocupada. La presión durante los últimos meses era terrible, pasaba semanas soñando cada día con el trabajo pendiente de la oficina. No hubiera podido soportar esos días, antípodas de aquella idílica etapa de previo desempleo, sin la lectura de Abenshushan.

En el inicio de *Escritos para desocupados* uno se encuentra ante una serie de preguntas que parecen haber sido redactadas luego de que la autora estudiara un comportamiento que en la actualidad se ha vuelto universal a partir de las decisiones que, por un lado, tomamos sobre nuestra profesión y lo que queremos hacer luego de salir del colegio superior, así como de los estándares de consumo que son difundidos por la mercadotecnia como propaganda de un estilo de vida destinado a alimentar ese ente que llamamos capitalismo:

«¿Siente usted que trabaja cada vez más y tiene cada vez menos (tiempo, dinero, deseo, ímpetu)? ¿Cree que sus vacaciones son demasiado cortas o demasiado caras o demasiado aburridas? ¿Ha sentido, al menos una vez en la vida, el deseo de llegar tarde al trabajo o de abandonarlo antes de hora? [...] ¿Ha pensado que

las horas que tarda en desplazarse al trabajo y en regresar a su casa podría emplearlas en hacer el amor?», pregunta Vivian. Sí a todo, respondo.

El lector desliza la mirada por estas preguntas y voltea a su alrededor, pensando en que quizá haya una narradora furtiva parapetada en la habitación, escribiendo en tiempo real los pensamientos y voluntades que el lector no se atreve a decir en voz alta. Vivian Abenshushan, en el lugar de ese tímido lector, quizá demasiado cansado por su jornada laboral, toma la palabra y la ejerce como un arma; extiende su discurso libremente por una variedad de caminos estilísticos: confesional, lúdico, pragmático, incisivo, autorreferencial, leeeento y pasmado.

Cada capítulo de *Escritos para desocupados* se desarrolla con la paciencia de una asceta, la desocupada por excelencia. Abenshushan aborda el ocio como el motivo central de su escritura y adopta el movimiento ralentizado para desarrollarla; sin embargo, las implicaciones que trae el pensar con serenidad y tiempo libre van mucho más allá del eje empleo/desempleo y de ahí que esta dualidad sólo sea el punto de partida para que la autora ponga en la [sobre]mesa temas como la tibia industria editorial mexicana, la disertación a pie de página sobre el contraensayo como género literario urgente o incluso la reapropiación del arte y la libertad de información que proporciona la piratería. En definitiva esta no es una escritura para desesperados, o lo es sólo en un sentido terapéutico. Aquí se transita a la menor velocidad posible.

«[...] (aquí debería continuar este alegato, pero he ido a tomar un baño de agua caliente para pensar) sé que hundo el dedo en una herida a punto de infectarse, una herida personal (que cada quien indague en la suya)», nos cuenta Abenshushan con esa holgazanería que impregna cada uno de sus párrafos dispersos y nos

invita a tumbarnos al sol junto con ella para acompañarla en esta nueva estirpe de desocupados que tiene la rabia muy fresca en la piel.

Creo firmemente en que la escritura crítica encuentra su forma en la naturaleza del mismo tema que le atañe, es por eso que Abenshushan recurre a ese contraensayo que nace en las periferias de la literatura y desde ahí puede abordar cualquier tema que esté en el horizonte. Y aunque ella misma describa este estilo como «vago», depende siempre del contexto de la palabra: la vagancia puede referirse, en una óptica quizá de madre preocupada por el bienestar económico de su hijo, como la acción de no hacer nada de provecho; la otra forma de la vagancia es el movimiento continuo, el libre flujo de la voluntad humana, la actitud que adopta un discurso desprovisto de intención moralizante u ortodoxo. De ahí que los niños inquietos, curiosos, vivos a más no poder, son tildados como «vagos» para posteriormente ser medicados con ritalín: se anestecia el movimiento.

De la misma forma, porque no he encontrado una mejor para expresar la serenidad adquirida a partir de la lectura de Abenshushan —y las personas más cercanas a mí lo entenderán cabalmente, luego de bombardearlos con una reiterada recomendación del libro—, escribo estas palabras como palimpsesto confesional y sumamente necesario sobre este texto que representa una suerte de código abierto incluso para el futuro de la literatura mexicana. Vámonos más lento cada vez.

## **Epílogo**

A la semana de haber abandonado mi trabajo, disminuyeron las pesadillas con fechas de entrega límite; a las dos semanas, habían

desaparecido por completo y mi cuerpo despertaba fresco y ligero. A las tres semanas comencé a elaborar nuevas ideas para encauzar mis inquietudes personales y acaso —cito el uso común de la frase— «llegar a vivir de ello». Después de un mes, mi capacidad de sorpresa tocó de nuevo a mi puerta y ahora cada mañana me pregunto qué libro, disco o película descargaré durante el día para seguir por el camino hacia una espiritualidad del asombro.

A pesar de todo, la sensación de incertidumbre permanece latente, porque siempre será difícil caminar por las periferias de las convenciones profesionales. Si de algo estoy seguro es que no deseo que un nuevo trabajo de oficina ocupe mi tiempo, porque éste es un terreno libre y soberano que defenderé mediante el movimiento. He visto entre mis amigos el despertar de su curiosidad sobre cómo sobreviviré al desempleo: mi respuesta es compartir a su correo electrónico *Escritos para desocupados*, acaso para que en su bandeja de entrada haya algo más que notificaciones perentorias de Hacienda y promociones de aerolíneas y restaurantes. Gracias a Abenshushan, la invitación a recontextualizar la desocupación permanece abierta a pie de página.

Para descargar de manera gratuita *Escritos para desocupados* de Vivian Abenshushan y conocer una miscelánea del ocio, hay que visitar [www.escritosdesocupados.com](http://www.escritosdesocupados.com) [¡que viva la Creative Commons, la libre distribución sin fines de lucro!].

\*

Es octubre del 2016. Estoy en las instalaciones del Centro de Derechos Humanos de las Mujeres (CEDEHM). Es una reunión en la que hay cerca de cincuenta personas reunidas en el vestíbulo de la organización que se ha encargado de llevar el caso de Marise-

la Escobedo, entre otros. Casi todas las personas defensoras aquí presentes se identifican como defensoras de derechos humanos, de algunas he leído e incluso cubierto alguna manifestación o hecho lamentable sobre los casos que defienden. Es extraño estar de frente a ellas y saber del dolor que han padecido en los últimos años. Todas coinciden en algo: tienen medidas cautelares del llamado Mecanismo de Protección de la Secretaría de Gobernación federal. También coinciden en una idea generalizada: ese mecanismo no sirve para nada. Sólo son reuniones interminables, tareas de revisión, dolores de cabeza, rabia incontenible... El Mecanismo les da de todo, menos protección genuina e integral, mucho menos acceso a la justicia de los casos.

Aquí están también representantes del Mecanismo, personas que quizá tienen intenciones legítimas para hacer avanzar las investigaciones, pero que están inscritas en un régimen de opacidad y fango burocrático; sin embargo, a pesar de lo exhaustas que están estas personas defensoras, es el momento para poner sobre la mesa las irregularidades de los procesos, los pendientes de cada caso y señalar a los responsables en cada institución de gobierno.

Uno de los defensores toma la palabra, es Gabino Gómez, representante de la organización campesina El Barzón, así como del CEDEHM: expone cómo una empresa minera, extranjera por supuesto, perdió a diez personas y jamás se hizo responsable: «Y para la empresa es como si se hubiera perdido un martillo; a la mejor les hubiera podido más». Y Gabino cede el turno a otras defensoras de derechos humanos. La siguiente es una madre de un joven desaparecido, ella ha sido acompañada por el CEDEHM para buscar que se haga justicia por la desaparición de su hijo. Es breve y directa: «Piensan que la desaparición de nuestros hijos nos vuelve paranoicas o locas, pero no es así. Todos los días buscamos a nues-

tros hijos y exigimos saber la verdad de lo que les pasó».

Estas reuniones convocadas por el Mecanismo y articuladas en las instalaciones del CEDEHM son momentos dolorosos pero necesarios, porque los casos de violencia y desaparición no van a resolverse solos y la confianza está depositada sólo en quienes están pendientes de las averiguaciones y avances; no está de más señalar que estas noticias nos siempre son traídas por las personas representantes del gobierno. Las personas defensoras son quienes hacen la mayoría del trabajo, así como sucedía con Marisela Escobedo.

«Le apostamos a defendernos con la ley en la mano. Enfrentamos 33 juicios y les ganamos. Me siento muy orgullosa porque para los mestizos yo era la vieja loca que acompañaba a esos indios», expone la abogada Estela Ángeles sobre el caso de defensa de tierras de San José Baqueachi, municipio de Uruachi, Chihuahua, una comunidad rarámuri que se conformó como ejido y a la que ha acompañado desde hace años. En el año 2009, el abogado y compañero de Estela Ángeles, Ernesto Rábago, fue asesinado en la ciudad de Chihuahua sin que hasta la fecha —pareciera tautológico señalarlo— se haya resuelto el crimen. «Tercos, les dice la gente. Yo les digo tesoneros. Y muy valientes», finaliza Estela.

De pronto me pregunto qué hago aquí. ¿Qué tengo que ver en todas estas situaciones tan dolorosas además de atestiguar la valentía de un puñado de personas que sólo conocía por las notas que se hacían sobre ellas en los medios de comunicación cuando sobrevenía algún incidente violento? Y me respondo: estoy aquí porque he decidido acompañar, escuchar, guardar silencio y, en la medida de lo posible, documentar esto que sucede en Chihuahua desde hace muchos años. Estoy aquí como parte de un proceso para aprender y sensibilizarme, pienso como para tranquilizarme ante las atrocidades narradas por las personas defensoras, como quien

cuenta sobre un día laboral cualquiera. No tengo ni idea de lo que sienten estas personas y el valor que requieren para venir a expresarlo en una mesa convocada por la Secretaría de Gobernación.

Estoy aquí, en gran parte, por Alianza Sierra Madre A.C., organización a la que comencé a apoyar en labores de comunicación desde noviembre del 2016. Su directora, Isela González Díaz, de formación antropóloga, acompaña a dos comunidades rarámuri del municipio de Guadalupe y Calvo: Choréachi (también conocida como Pino Gordo) y Coloradas de la Virgen, dos localidades serranas en constante pugna por su territorio contra personas mestizas que invaden sus tierras de manera violenta: más de una persona de estas comunidades ha sido asesinada por defender al bosque como un ser vivo que forma parte de la comunidad. Para ellos, los árboles no son un «recurso» para cortar y explotar en el sentido *chabochi* — palabra peyorativa rarámuri para referirse a los mestizos malos —, sino que el bosque respira, vive, se expande, duerme, sueña. Es uno más junto a las personas rarámuri.

El asesinato más reciente sucedido en Choréachi fue el de Juan Ontiveros. Uno se pregunta por qué estas personas de semblante tan tranquilo serían atacadas por alguien. La respuesta está en los factores circunstanciales que caracterizan a la Sierra Tarahumara desde la guerra de Felipe Calderón, e incluso podríamos ir más atrás. La explicación más burda por lo general es que las tierras de familias indígenas en la sierra son sumamente valiosas para el crimen organizado, y quienes obligan a los rarámuri a trabajar para ellos como única alternativa para sobrevivir. El rezago social en el que se encuentran las comunidades rarámuri en toda la Sierra Tarahumara es otro factor que permite entender cómo el cultivo de la amapola es la única opción de vida viable que encuentran las familias. Sin embargo, también están otros factores como la tala ilegal del

bosque y la apropiación de tierras que carecen de un reconocimiento de posesión desde el Estado-nación mexicano. Estos pueblos indígenas están abandonados y marginados de toda política pública.

Recuerdo una reunión en las oficinas de Alianza Sierra Madre, el asesinato de Juan sucedió hace muy poco, Isela pregunta a los presentes si quiere o pueden ver un video de Juan Ontiveros en el que expone las problemáticas que enfrenta en la comunidad y hace alusión a las personas implicadas en el despojo de tierras. Sin embargo, los compañeros de Juan que se encuentran en las oficinas de Alianza Sierra Madre no pueden con la tristeza en sus rostros y sus corazones. Se miran entre sí ante la pregunta de Isela, como para ver quién se avienta a hablar, quién le responde sobre la propuesta de ver a Juan en video hablando de su lucha por el territorio contra particulares de la región, bien identificados por todas las personas rarámuri que habitan Guadalupe y Calvo. Pero el silencio rarámuri es ensordecedor, lo dice todo en un instante e Isela lo sabe porque lleva décadas trabajando en la promoción y defensa de derechos humanos entre las comunidades indígenas de la Sierra Tarahumara; Isela sabe que ese silencio revela un dolor que aún no ha sido asimilado y por lo tanto es imposible trabajar en las implicaciones legales del caso. «Mejor no, ¿verdad?», les dice al tiempo que cierra la computadora. La directora de Alianza Sierra Madre sabe que no es prudente, porque ver a Juan les pondrá muy tristes. «Y si uno se pone triste, se enferma», dice Isela al explicármelo luego. Ella sabe sobre el pensamiento rarámuri sobre la salud y la enfermedad, íntimamente ligadas a las emociones, en el que es mejor guardarse de aquello que nos pone tristes porque quiere decir enfermedad y a veces no hay medicina que sea suficiente para curar ese dolor. Mañana será otro día.

\*

Son los primeros meses del 2017 y sigo en aquella reunión en las instalaciones del CEDEHM. Recuerdo que estoy aquí no sólo por mi relación con Alianza Sierra Madre, sino también porque represento a la Red Libre Periodismo, una organización fundada por Paty Mayorga y un puñado de periodistas que desean dignificar el oficio y al mismo tiempo unirse como colectivo para protegerse de las cada vez más frecuentes amenazas que provienen del crimen organizado, por un lado, y por otro, de las agresiones pasivas de las instituciones de gobierno, que pueden traducirse en condiciones nulas para ejercer el periodismo en medios de comunicación «oficialistas», agresiones y amenazas directas por la cobertura de temas específicos, o bien, la carencia de prestaciones de ley en los medios donde se labora. Por ello, en esta reunión del Mecanismo para Personas Defensoras de Derechos Humanos y Periodistas se me asigna la mesa de trabajo sobre periodismo.

La verdad es que guardo silencio la mayor parte del tiempo, porque siento que no sé nada del tema, la verdad me siento un impostor cuya única experiencia en el periodismo ha sido detrás de una pantalla, corrigiendo y editando lo que los verdaderos periodistas elaboran. Jamás he estado en una cobertura de crimen ni he investigado a personas involucradas en actos de corrupción o de crimen organizado, por ello nunca he sido amenazado y mi vida está en franca tranquilidad [o bueno, eso creo]. Yo soy, pues, sólo un observador en esta mesa. Pero al mismo tiempo, soy un aprendiz. Disfruto enormemente asistir a las mesas de defensores y defensoras de derechos humanos y periodistas porque, entre otros aprendizajes, me da la oportunidad de estar frente a personas que sólo conocía al redactar notas sobre ellas. Esto es para mí como una convención de personalidades del estado de Chihuahua. Me abstengo de solicitar autógrafos.

Frente a mí se encuentra Miroslava Breach Velducea, la corresponsal de La Jornada que tantas veces he leído. Para mí es algo así como un mito, ¡una idolaza!, que me ha inspirado desde mis días de periodismo y los posteriores que ahora trato de comprender. La representante del Mecanismo que está aquí para tomar notas y hacer la minuta nos pregunta si en las últimas semanas hemos tenido algún incidente que ponga en riesgo nuestra integridad o si estamos cubriendo algún tema especialmente delicado. De inmediato volteo hacia Miroslava, su semblante es de fastidio, como si le estuvieran haciendo perder el tiempo con esas preguntas. Está vestida con un traje sastre rojo que hace juego con su muy corto y también rojizo cabello, por alguna razón me recuerda a Tom Wolfe con su traje blanco y su sombrero de ala ancha, en combinación de blancos. Miros inclina su silla hacia atrás como para tomar impulso y arremete de pronto a la pregunta: «Miren, yo ya les he expresado en más de una ocasión que he sido amenazada por la gente del municipio de Chínipas, porque de allá soy originaria y sé quién es quién, las amenazas supongo que están registradas y esto también se lo he comunicado al gobernador Javier Corral, así que están avisados por si algo me pasa. Con su permiso, me tengo que ir porque tengo una entrevista». Y Miros se levanta, toma su libreta y se va. Es la primera y la última vez que la veré.

\*

Es el 23 de marzo de 2017. Miroslava sale de su casa cerca de las 7 a. m. para llevar a su hijo a la escuela, lo espera en la camioneta y de pronto es abordada por la muerte. Un sujeto se acerca a pie y descarga ocho disparos a quemarropa. La leyenda forense no oficial señala que Miroslava, al ver a su sicario aproximarse, levantó el dedo medio de su mano, para como coloquialmente se dice, mandarlo a chingar a su madre. Una vez más, no podemos creer

lo que acaba de suceder. Miros, la reportera valiente originaria de Chínipas, corresponsal de *La Jornada*, ha sido asesinada afuera de su casa con una facilidad aterradoramente. La primera idea del móvil son los reportajes que escribió sobre la conexión entre políticos de Chínipas y el grupo delictivo de «Los Salazar», una de las tantas ramificaciones que sufrió el Cartel del Sinaloa desde el 2008 cuando comenzó la «guerra contra el narco». Si a Miros le sucedió esto, ¿qué pueden esperar el resto de periodistas que se dedican a cubrir el día a día de Chihuahua?

\*

En los días posteriores al asesinato de Miroslava, hablo con Jimmy Armendáriz, periodista de El Diario de Chihuahua y compañero de la Red Libre Periodismo. Me platica que antes de su asesinato había conversado con Miros sobre el oficio del periodismo, esto a propósito de la muerte del excolaborador de César Duarte, el operador financiero Carlos Hermosillo, acontecida el 21 de marzo del 2017. En el edificio de Congreso del Estado de Chihuahua, Miros le compartía a Jimmy que a sus 54 años estaba pensando en dejar el periodismo, porque ya no «dejaba» para vivir, porque si moría, ¿qué iba a ser de su familia? Carlos Hermosillo, diputado federal y destacado priista [lo que sea que esto quiera decir], había muerto en un accidente vial, en la total y tranquila impunidad por desvío de recursos durante la administración del gobernador César Horacio Duarte Jáquez, estrategias en beneficio del PRI. «¿Qué nos espera a nosotros, los simples periodistas?», se preguntaba Miros en la incertidumbre de un oficio coartado por los partidos políticos, la impunidad y la violencia.

\*

Ha pasado un mes desde que asesinaron a Miroslava, la información sobre el crimen es poca y muy oscura. Paty Mayorga, al haber sido colaboradora de Miros en las coberturas que hacían juntas como forma de protección, ahora está implícitamente amenazada y ha salido de emergencia de Chihuahua: ahora es una exiliada. Y es que se especula que el motivo del asesinato fueron las investigaciones de Miroslava sobre los «Los Salazar», grupo perteneciente al Cartel de Sinaloa y asentado en Chínipas, municipio donde nació y creció la periodista, por ello no le fue tan difícil elaborar una radiografía de los estrechos vínculos entre el narcotráfico y la política de aquel lugar en la sierra.

Me reúno junto a un pequeño grupo de periodistas en la Plaza de Armas para hacer una manifestación y recordar a Miroslava. Hay unas cuantas pancartas, una manta a medio colgar y una bocina con un micrófono listo para que alguien hable, sin embargo nadie se atreve a tomarlo; y es que ninguna de estas personas está acostumbrada a ser protagonistas de la noticia, se siente extraño el manifestarse, idear una consigna, poner exigencias de justicia por escrito; hay miedo y preocupación en el ambiente. «Hubiéramos asistido a un curso de colgar mantas en El Barzón», bromea Jimmy para relajar un poco la tensión, como es su buena costumbre. Hay que reír un poco para camuflar el dolor.

\*

Desde antes del asesinato de Miroslava ya asistíamos a cursos de seguridad para periodistas y personas defensoras de derechos humanos, sobre protocolos de cuidado y para aprender a usar herramientas de seguridad digital. Sin embargo, cuando uno asiste a esos cursos jamás piensa en que realmente tenga que ponerlos en práctica; y es que para seguir en la cordura y sin miedo, es mejor

no pensarlo. Pero desde el 23 de marzo se volvió rutina pensar en el cuidado, en los límites entre estar alerta o caer en la paranoia. Resuenan las palabras de uno de los cursos de seguridad impartido por Jorge Luis Sierra: «Aislarse es uno de los mayores riesgos del periodista: el quedarse solo». Miroslava sólo se acompañaba por Paty, pero más allá de eso, estaba sola. «Condición blanca», le llaman los asesores de seguridad a cuando eres asesinado en situación de franca vulnerabilidad, así como se la hicieron a Miros. «Cuando te agarran en la baba, relajado. En esta profesión no podemos estar relajados en ningún momento», resuenan las palabras del otro instructor de prácticas de seguridad en contextos de guerra, Bernardo. El periodismo en Chihuahua está solo, desprotegido, está en condición blanca.

\*

Hoy es viernes y toca reunión del Mecanismo. En simples palabras, esto quiere decir reunirse para dar seguimiento a una alerta emitida hace catorce meses para Chihuahua, la cual debería estar funcionando hace tiempo aunque, en esencia, no debería existir, pues nadie debería amenazar o asesinar a personas defensoras de derechos humanos ni a periodistas, así de simple. De ahí nace el saludo que se acostumbra en estas reuniones entre quienes han llegado a entablar relaciones de amistad de tanto encontrarse en ellas. «Qué gusto verte...», entonces se hace una pausa, un momento de legítima incomodidad de quien profundiza en lo que acaba de decir, «...es decir, qué bueno verte... aunque sea en estas circunstancias», un saludo fraterno que semeja a cortesías de funeral.

En la mesa de hoy se encuentra Ricardo Nájera, a la sazón procurador de la Fiscalía Especializada en Delitos contra la Libertad de Expresión, la FEADLE. Es uno de estos viejos trajeados del

Gobierno Federal, un arquetipo que parece rebasar cualquier afiliación política. Te mira un poco desde arriba, es decir, inclina su cabeza hacia atrás y mira hacia abajo, desde atrás, un paso siempre atrás, para delinearte, auscultarte y leerte en su beneficio y el de la institución que representa. Te mira a través de sus lentes de monturas invisibles, una moda que en los últimos años han adoptado los políticos y funcionarios que buscan transmitir una imagen de limpieza y transparencia.

Nájera —pienso— es uno de estos hombres escaladores que han sabido «moverse» en la política federal hasta «ganar» puestos que quizá nada tienen que ver con su formación, sino que les han sido encargados para ser vigilados por alguien de confianza; esto sólo lo intuyo, lo siento al sentarme frente a él y ver su lenguaje corporal, mas no lo sabría de cierto. Todos los sabemos: puedes escalar hasta puestos de dirección si te portas bien con el partido, si pagas y haces favores en los momentos justos para tu carrera política.

Pero el procurador no está en esta mesa para escuchar, ¡no, señor! Eso es inconcebible para cierto estatus de funcionarios. Él ha venido a hablar interminablemente, hacer recomendaciones y puntualizar detalles para abrir los temas siempre un poco más... Vaya, para problematizarlos, estirar el círculo de diálogo más allá, siempre más allá, hasta nunca ponernos de acuerdo o fincar responsabilidades concretas. Nájera es, pues, un divisor.

Al escucharlo hablar se reduce mi tiempo de vida a un ritmo de cinco años por minuto: «Miren, las cosas están así: ustedes —y se encarga de enfatizar con la mirada— deben considerar la elaboración de un diagnóstico, primeramente —alza su dedo índice— de las condiciones del periodismo, pero en toooooo el estado; si no —sonríe y se echa de nuevo para atrás—, ¿cómo saben lo que necesitan de nosotros?», sentencia don procurador. Habla como si

las personas presentes en la mesa no llevarán años registrando agresiones al gremio de periodistas del estado de Chihuahua, eventos que van desde la censura y la precariedad laboral hasta el desplazamiento forzado y asesinatos perpetrados de forma sistemática.

Pero Nájera no viene a escuchar, viene a hablar. Cinco años me roba por minuto. Ahí va la casa que siempre quise construir en el campo, ya no hay tiempo para eso. «Nosotros en la FEADLE hemos trabajado puntualmente en las carpetas de investigación... desgraciadamente, es muy difícil delimitar los delitos de la libertad de expresión, porque, a fin de cuentas, ¿qué es el ejercicio periodístico en estos tiempos?». Nájera me ha chupado otros cinco años de vida. Adiós, clases de chachachá y doctorado en La Sorbonne. Debe parar de hablar o pronto me fundiré en bilis sobre mi asiento. Mis plegarias son escuchadas por la moderadora de la mesa, Alejandra Nuño, consultora del Centro de Derechos Humanos de las Mujeres y parte del Consejo de Sociedad Civil del Mecanismo. Ella es el contrapeso para los hombres grises de traje y corbata. De sus ojos grandes y claros pareciera lanzar un rayo desintegrador al procurador, pero es cordial y certera como siempre. «Disculpe, pero su tiempo terminó; debemos agilizar esto para poder llegar a acuerdos concretos». Gracias, Alejandra.

\*

La condición blanca: cuatro días antes del asesinato de Miroslava, el también periodista Ricardo Monlui Cabrera fue asesinado en Yanga, Veracruz. Tres disparos desde una motocicleta cuando Ricardo salía de un restaurante acompañado de su familia. Los sicarios fueron certeros, un trabajo de precisión profesional, pues con sólo tres balas lo mataron, sin que nadie más resultara herido, al menos físicamente; no hablemos del horror que anida entre la mirada y la

sangre del testimonio. Al igual que Miroslava, Ricardo apenas tuvo tiempo de reaccionar, siquiera para percatarse de su propia muerte. Crímenes pragmáticos, utilitarios, no hay mensajes para la persona ejecutada, sino que la ejecución en sí misma es el mensaje para el resto de periodistas y sociedad: no le busquen o esto les sucederá. En el caso de Miroslava, hubo una cartulina que los asesinos habrían dejado junto al cadáver: «Por lenguona». Ni Ricardo ni Miroslava contaban con protección alguna, a pesar de haber externado públicamente antecedentes de sendas amenazas.

Pienso en Patricia Mayorga, ella se ha protegido de otras formas, no sólo con la pulcritud de su trabajo y el respeto a sus fuentes, también ha sabido confiar en las personas que le rodean, ha tejido redes de confianza desde lo local hasta lo internacional. Pero aun con todo eso, no ha sido suficiente. Cuando un gran jefe ordena un acto violento contra una periodista, puede no importar red de confianza alguna. Por eso, los cursos y talleres de autoprotección juegan un papel primordial en la supervivencia del periodismo. Paty ha sabido aplicar los consejos, las herramientas y la respuesta en situaciones de prevención y reacción; a quienes le hemos conocido en el camino, nos ha compartido su experiencia en el oficio, sus fuentes y métodos, siempre abierta y franca, generosa con otras personas que tienen el brillo de la curiosidad en la mirada. Y aun con todo esto, ahora Paty está lejos de Chihuahua, en un exilio dictado por las nulas condiciones para ejercer el periodismo crítico y de investigación en México.

\*

Desde hace un par de meses, durante las noches, he soñado de nuevo con escenarios de violencia, miedo y paranoia. Alguien me vigila afuera de mi casa desde una motocicleta deportiva de color amarillo. Intento reportar por teléfono, pero la línea está muerta. Temo

por mi seguridad y la de mis amigos periodistas, quiero saber de su bienestar, pero la línea sigue muerta y el vigilante sigue afuera, inmutable, sin quitarse el casco. A diferencia de mis pesadillas de violencia recurrentes en la universidad, en este sueño no hay balazos ni persecuciones. Ya no hay sicarios apuntándome a la cara, ni despierto sudando justo en el momento en que jalen el gatillo. Estos nuevos sueños del miedo, calladas pesadillas, sólo muestran al vigilante de semblante tranquilo, seguro y confiado de su posición. Y el teléfono sigue sin responder y algo me impide enfrentar al de la motocicleta. Despierto con un dolor en el pecho y la nariz constipada por el aire oscuro y enrarecido de estas nuevas pesadillas. Sé que todo eso fue una amenaza, pero ésta no puedo reportarla a ningún mecanismo de protección.

\*

«Estoy convencida de que no me quiero ir, porque mucha gente ha depositado su confianza en nosotros para generar un periodismo... no un periodismo como el de los grupos de poder que quieren beneficiarse de estas situaciones. Un periodismo ético».

—Paty Mayorga.

\*

Anoche he soñado, finalmente, que necesitaba un arma. La buscaba en el mercado negro hasta conseguirla. Era una pequeña, de precaución y proximidad, una 9 mm. La sentía en mis manos y pensaba que su tamaño no revelaba su verdadero peso, como los objetos en Tlön. ¿Contra quién utilicé la pistola? Eso ya no lo recuerdo. Quizás así es como los sicarios van olvidando a sus víctimas, hasta convertirlas en un cúmulo de neblina en la memoria.



**2020**

Este libro se publicó en formato digital en las plataformas web del programa editorial municipal.

**[www.pech.icm.gob.mx](http://www.pech.icm.gob.mx)**



PRIMERA EDICIÓN

*AÑO 2020-2021*



# *La escuela del resentimiento*

JESÚS HERNÁNDEZ OLIVAS

A medio camino entre la crónica urbana, la crítica cultural y el ensayo de la memoria, *La escuela del resentimiento* se posiciona en su propio género, estilo, deformación literaria. Estos son alegatos, invectivas, *rants* —si acaso usted gusta de los anglicismos—, dardos envenenados que en más de una ocasión terminan clavados en la mano que los arroja.

